



*Renegados de*  
NUEVA YORK 1

*La Virgen*  
CODICIADA  
POR LA MAFIA

LENORA WILDE

SEGUNDA OPORTUNIDAD DOMINACIÓN FEMENINA ROMANCE MAFIOSO

# LA VIRGEN CODICIADA POR LA MAFIA

Segunda oportunidad  
Dominación femenina  
Romance mafioso

[Renegados de Nueva York 1](#)

Lenora Wilde

Copyright © 2024 por Lenora Wilde.

Todos los derechos reservados. Este ejemplar está destinado únicamente al comprador original del libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica, incluida la grabación, sin el permiso previo por escrito del editor, salvo breves citas en una reseña del libro.

# Contenido

[Prólogo - Morgan](#)

[Capítulo I - Morgan](#)

[Capítulo II - Alex](#)

[Capítulo III - Morgan](#)

[Capítulo IV - Alex](#)

[Capítulo V - Morgan](#)

[Capítulo VI - Alex](#)

[Capítulo VII - Morgan](#)

[Capítulo VIII - Alex](#)

[Capítulo IX - Morgan](#)

[Capítulo X - Alex](#)

[Capítulo XI - Morgan](#)

[Capítulo XII - Alex](#)

[Capítulo XIII - Morgan](#)

[Capítulo XIV - Alex](#)

[Capítulo XV - Morgan](#)

[Capítulo XVI - Alex](#)

[Capítulo XVII - Morgan](#)

[Capítulo XVIII - Alex](#)

[Capítulo XIX - Morgan](#)

[Capítulo XX - Alex](#)

[Capítulo XXI - Morgan](#)

[Epílogo - Morgan](#)

## Prólogo - Morgan

Me abracé las rodillas y espí la fiesta entre los barrotes de la barandilla. Había tanta vida y energía en la habitación de al lado que era difícil creer que me estuviera escondiendo de algo tan atractivo.

Pero debía hacerlo. Era el día de Leo, hoy cumplía dieciocho años, y lo último que quería era que mi mal rollo arruinara la diversión de mi hermano. Se merecía pasar una noche genial. Porque por eso me estaba escondiendo, ¿verdad?

Si mi ansiedad no hubiera estado por las nubes, quizás me hubiera unido a las celebraciones. Podría haber participado de ese buen momento, en lugar de esconderme y esperar que nadie se diera cuenta de que eso era, exactamente, lo que estaba haciendo. Me hubiera gustado no haber estado tan nerviosa, pero... ¿cómo evitarlo si sabía lo que estaba pasando?

Retrocedí un poco hacia las sombras cuando mi padre salió de la cocina, con una cerveza en la mano y el ceño profundamente fruncido. No sabía exactamente qué le sucedía, pero, a juzgar por su expresión, no era nada bueno. Había escuchado un intercambio de palabras duras entre él y Gregor temprano en la mañana, pero no conocía más detalles. El vínculo que alguna vez mantuvo a mi familia estrechamente unida se desvanecía momento a momento.

Tenía algo que ver con los hábitos de juego de papá, de eso estaba segura. Su afición a las apuestas había causado problemas en nuestras vidas desde que tenía memoria, pero nunca tantos como en los últimos años. Era como si nos hubiera visto a nosotros, sus hijos, crecer y convertirnos en personas independientes, y eso hubiera desencadenado algo en él, algo que lo impulsaba a desear recuperar el control a cualquier precio. Incluso si perdía más de lo que ganaba, incluso si era obvio para todos en su entorno que lo último que tenía era control. Quizás Gregor había intentado disimular sus pérdidas durante un tiempo, pero cuanto más tiempo pasara, más difícil le iba a resultar seguir haciéndolo.

Y yo no quería ni pensar en qué iba a pasar cuando se le acabara la paciencia con mi padre.

Para mi alivio, mi padre ni siquiera levantó la vista en mi dirección y, por tanto, no me vio sentada en los escalones. Lo vi reunirse con el resto de la familia, darle una palmada en el hombro a Leo y esbozar una rápida sonrisa. Observé a mi hermano,

preguntándome si había aceptado ese gesto como genuino, aunque solo fuera por un segundo. Era difícil creer que no se diera cuenta de que papá estaba representando una farsa; era probable que Leo simplemente hubiera elegido simplemente ignorar la verdad por un momento para disfrutar de su cumpleaños.

Alex se acercó a Leo para unirse a la conversación. El corazón me dio un vuelco cuando entró en mi campo visual. Joder, si había una persona que realmente quería que se fijara en mí en esta fiesta, era Alex. Pero él nunca se hubiera fijado en alguien como yo... Nunca se le hubiera ocurrido prestarme la más mínima atención. No era más que la hermana pequeña de su mejor amigo, una niña molesta que lo llevaba a poner los ojos en blanco cuando se veía obligado a reconocer mi existencia.

Pero yo lo veía, siempre le prestaba atención. Desde que era pequeña, desde que le conocí hace tantos años, Alex había hecho que algo en mi pecho se encendiera, que algo brillara en mi corazón. A medida que fui creciendo, ese sentimiento se había convertido en algo más... intenso.

Estaba del todo consciente de que nunca pasaría nada entre nosotros. Alex era de un mundo diferente, de una familia diferente –la familia Caroni–, y yo no era tan estúpida como para no entender lo que eso implicaba. Sabía que eran gente de la mafia, aunque no estaba muy segura de qué significaba eso exactamente ni de cómo le afectaba a él personalmente. Todo esto implicaba que tenía que mantener la distancia de la mejor manera posible, porque involucrarme con alguien así habría sido un problema desde el día uno y hasta el fin de los tiempos.

Mi madre salió corriendo de la cocina y se puso las manos en la cadera cuando me vio sentada en las escaleras.

–¿Qué haces aquí? –me preguntó, sacudiendo la cabeza y regañándome–. ¡Deberías estar celebrando con los demás!

Intenté sonreír, pero me salió un gesto un poco torpe. Mi madre se daba cuenta tan claramente como yo de que algo estaba pasando, pero intentaba disimularlo por Leo. Era así de dulce y cariñosa, siempre dispuesta a hacer lo que fuera por sus hijos, aunque las acciones de papá no iban exactamente en la misma dirección. No era justo que ella hubiera tenido que sufrir tanto por sus problemas con el juego, aunque él le había jurado por todos los santos la semana anterior que ya no apostaría más. Yo estaba del otro lado de la puerta de la cocina, escuchando la conversación y deseando con toda mi voluntad creerle.

–Vamos –me dijo, haciéndome señas para que bajara–. Tu hermano debe estar preguntándose dónde estás.

–Realmente lo dudo –respondí, y ella arqueó las cejas.

–Deberías estar en la fiesta –añadió–. Necesitas divertirte, Morgan. Antes de que te des cuenta, habrás crecido y tendrás toda la ansiedad de los adultos sobre tus hombros.

–Eso no suena para nada divertido –rezongué mientras ella asentía.

–Razón de más para que bajes y disfrutes mientras puedas.

No tenía sentido discutir con ella. Me puse en pie, alisándome la falda del vestido de fiesta deslumbrante que había elegido para la noche. Quería estar ahí para mi hermano. Quería que se divirtiera en su fiesta de cumpleaños, pero era difícil continuar ignorando los nubarrones que se cernían sobre mi cabeza en aquel momento.

O lo que podía ocurrir cuando finalmente estallase la tormenta.

## Capítulo I - Morgan

Agarré con tanta fuerza el ramo de flores que tenía en las manos que las espinas de las rosas se me clavaron en la carne. No me podía creer lo que estaba haciendo.

No me podía creer que no tuviera elección.

La música del órgano abarrotaba la iglesia, resonando en mis oídos hasta convertirse en el único sonido que podía distinguir. Sentí un millar de ojos clavados en mí cuando todo el mundo se dio la vuelta para verme caminar hacia el altar. El tafetán susurraba apenas audiblemente a mis pies, y el corsé me apretaba los pulmones y me negaba la respiración profunda que ahora necesitaba.

Aunque, corsé o no, lo de respirar profundo no se me hubiera dado muy bien en ese momento.

Y allí, junto al altar, estaba el hombre con el que me iba a casar, sonriéndome como si yo fuera un pez nadando hacia sus fauces abiertas; él, el depredador y yo, la presa. Y tenía que caminar derecho hacia la trampa por voluntad propia.

Pestañeeé para contener las lágrimas que me mordían los ojos y meforcé a dar los primeros pasos. Tenía que recordar por qué estaba haciendo esto: por mi familia. Para proteger a la familia que me quedaba. Si hubiera habido otra forma de salir de esta situación, hubiéramos elegido ese camino en vez de que me viera obligada a hacer esto. ¿Pero qué otra opción teníamos? Había que hacer esto, había que considerarlo un hecho consumado.

Aunque yo solo quisiera arrojar las flores al suelo y salir corriendo gritando, tenía que permitirles que me casaran con Gregor Mazuri.

Eché un vistazo a la multitud y capté la mirada de mi madre; estaba sentada al final de una de las filas de bancos de la magnífica catedral que hoy era mi prisión. Vi lágrimas brillando en sus ojos, pero no eran de alegría; no eran la clase correcta de lágrimas que tenía que soltar la madre de la novia. Eran lágrimas de pena, de dolor y de miedo, las mismas lágrimas que había derramado cuando me vio por primera vez con aquel vestido y supo que realmente no había forma de que yo lograra escapar de aquella pesadilla.

Todo, todo, era culpa de mi padre. Nos había heredado unas deudas de juego tan enormes que, cuando se quitó la vida, a Gregor no le había bastado con perdonarlas y cerrar la cuenta. Nos dijo a mi madre y a mi hermano que tendríamos que reunir el



dinero o, si no, iba a tener que hacer algo con nosotros.

Obviamente, también ofreció una solución alternativa. Una solución que me tenía a mí como protagonista. Me recorrió un escalofrío al recordar ese momento y la forma en que me había mirado cuando había hecho su propuesta como si fuera lo más natural del mundo.

Quería casarse conmigo.

No me lo podía creer. Me había reído en su cara la primera vez que dijo esas palabras en voz alta. Imposible que no me diera risa. Casi me triplicaba en edad y había sido amigo de la familia durante años. Yo era, en el mejor de los casos, una especie de sobrina para él, no una esposa en potencia. Pero en ese momento él me miró con esos ojos fríos y serios, y yo sentí, aterrorizada, que lo decía en serio.

Quería casarse conmigo.

Realmente intentamos reunir el dinero. Mi madre trató de rehipotecar la casa, mi hermano hizo turnos extra en el trabajo, inventamos otras cosas, pero ya era demasiado tarde. No podíamos hacer nada. Además, nadie me quitaba de la cabeza que, aunque hubiéramos reunido hasta el último céntimo que mi padre debía, Gregor habría encontrado la manera de obligarme a que me casara con él. Había decidido que yo tenía que ser de su propiedad y no había nada en este mundo capaz de interponerse en su camino.

Y ahora iba a lograr su objetivo. Había organizado una boda enorme y había invitado a prácticamente toda la ciudad de Nueva York, o al menos así lo parecía. Como si quisiera asegurarse de que todo el mundo supiera que yo ahora le pertenecía, de que todo el mundo lo tuviera totalmente claro. Detenerme a considerar que tanta gente iba a pensar que yo había accedido voluntariamente a casarme con él no hacía más que llevar mi humillación a límites desconocidos. Que pensaran que me había enamorado de un hombre tan retorcido y enfermo como él hasta el punto de estar dispuesta a entregarme así. Quería gritar, arrancarme mechón por mechón mi cabello perfectamente peinado, pero no tenía ninguna otra opción que avanzar.

Seguí caminando, conteniendo las lágrimas y forzándome a ejecutar la caricatura de una sonrisa. Por fin llegué al altar donde iban a dictar mi sentencia.

Conseguí sobrevivir a la ceremonia a fuerza de dissociarme. Apenas me salieron esas palabras de la boca, y me pareció que había transcurrido apenas un segundo cuando el sacerdote anunció que éramos marido y mujer, y Gregor se inclinó para

besarme. Conseguí mover la cabeza en el último momento y su beso, que comenzó triunfante, no hizo más que aterrizar en mi mejilla.

–Pronto vas a tener que acostumbrarte a mucho más que eso, cariño –murmuró en voz tan baja que nadie más en la iglesia pudo escucharlo. Las rodillas me traicionaron y tuve que agarrarme de él para no desplomarme en el acto. Sabía que tenía razón; sabía lo que se esperaba de mí en aquella noche de bodas, y me ponía enferma de solo pensarlo. Ahora era su esposa y él iba a ser el primer hombre en...

Ni siquiera podía pensar sobre esa noche. Nunca había sido muy romántica, pero al menos esperaba compartir aquella experiencia con alguien que me importara de verdad, alguien que despertara mi pasión y me hiciera sentir segura y querida. No con alguien que casi me había comprado, que me había obligado a meterme en su cama porque sabía que no tenía otra opción.

Me cogió la mano y me apretó con fuerza mientras caminábamos juntos por el pasillo. Percibí que la sala se llenaba de aplausos, pero no logré distinguir nada con precisión. Era incapaz de apartar los ojos de mi madre. Ella era la razón por la que estaba haciendo esto, ella y Leo. Para mantenerlos a salvo de la ira que desataría Gregor sobre ellos si yo no hubiera accedido a su propuesta. Pensar en la seguridad de mi familia me trajo algo de paz. Me había casado con Gregor por una razón, lo había hecho porque sabía que mi familia lo necesitaba. Era importante recordarlo.

Porque esta verdad era lo único que me ayudaría a sobrevivir la noche infernal que tenía por delante.

El banquete se celebró en un lujoso hotel, abarrotado de personal corriendo de un lado a otro y haciendo todo lo posible por atenderme. No estaba acostumbrada a este tipo de trato. Nunca habíamos tenido mucho dinero en casa. Supuse que ahora tendría acceso a todo el lujo del mundo, si así lo deseaba.

¿Pero a qué precio? Eso era lo que realmente me aterrorizaba. Me senté a la larga mesa de los principales invitados a la boda, todos desconocidos para mí porque Leo se había negado a participar en esta farsa. Gregor puso su brazo alrededor mío sobre el respaldo de la silla mientras yo resistía el reflejo de apartarme. Si no interpretaba bien mi papel, me castigarían o, peor aún, castigarían a mi familia. No había llegado hasta aquí para permitir que ahora les hicieran daño. Tenía que hacer todo lo posible por protegerlos, me costara lo que me costara, por mucho que mis instintos me gritaran que pusiera la máxima distancia posible entre ese hombre y yo.

–¿Champán? –preguntó uno de los camareros, acercándose con una bandeja llena de copas espumosas. Dudé antes de coger una. No estaba segura de que beber fuera una buena idea. Podía acabar por bajar la guardia y manifestar abiertamente mis verdaderos sentimientos sobre todo este horror.

–Por supuesto –respondió Gregor–. Estamos de celebración. ¿Verdad, cariño?

Cuando me trataba de *cariño*, sentía que el pecho se me apretaba de horror y, sobre todo, de asco. Detestaba la forma en que esas palabras sonaban al salir de su boca, como si yo le perteneciera, como si me conociera o yo le importara en lo más mínimo. Solo había estado esperando una oportunidad para abalanzarse sobre mí y no pude evitar preguntarme qué tan atrás en el pasado se remontaban sus retorcidos deseos. ¿Cuándo me había mirado y había decidido que me iba a convertir en su esposa de un modo u otro? ¿Había fomentado el juego de mi padre a sabiendas de que acabaría con una deuda tan grande que jamás podría pagar? ¿Mi padre había siquiera considerado la posibilidad de que estaba apostando con mi vida?

Mientras Gregor se zampaba una copa de champán tras otra, me di cuenta de que estaba un poco achispado. Hmm, quizás podía sacar ventaja de esto. Podía pretender que había sido él quien había decidido que no consumiríamos nuestro matrimonio en la noche de bodas. Le hacía señas al camarero en cada oportunidad, fingiendo que estaba entusiasmada por brindar por mi nuevo matrimonio, y después me deshacía del champán a la primera oportunidad mientras Gregor se lo bebía de un trago. No era el mejor plan del mundo, pero era una forma de navegar esta situación sin perder del todo la cabeza.

Me quedé sentada allí, intentando mantener mi sonrisa farsante mientras seguía dándole a mi nuevo marido una copa tras otra. El anillo que me había puesto en el dedo brillaba como un grillete de lujo. Me costaba creer que esta boda fuera un hecho, pero ahora que estaba metida en esta película de terror, tenía que encontrar la forma de sobrevivir... o al menos de pasar la noche. Aunque era consciente de que no podía aplazar lo inevitable para siempre, quería al menos ganar algo más de tiempo antes de tener que... No, ni siquiera podía pensar en ello.

Mi madre me abrazó con fuerza antes de partir; me apretó como si no quisiera dejarme marchar.

–Te quiero, Morgan –susurró con voz temblorosa–. ¿Verdad que lo sabes?

–Sí, mamá –le respondí, rezando para que no se pasara la noche en vela preocupada por lo que me estaba pasando. No sabía si ya había vertido suficiente alcohol en la garganta de Gregor, pero seguiría haciéndolo hasta estar segura.

Hasta estar segura de que no iba a ser capaz de ponerme una mano encima.

Pronto los invitados se marcharon y Gregor volvió a centrar su lasciva atención en mí, pero, mientras se me acercaba, vi que su mirada era sombría. Me tendió la mano y yo la cogí, luchando contra el impulso de apartarme.

–Deberías irte a la cama –le dije, intentando mantener mi voz lo más neutra posible–. Te ves muy cansado.

–Te vienes conmigo –balbuceó, rodeándome la cintura con un brazo y guiándome hacia las escaleras. Hice un gesto de asco, consciente de que no podía verme. ¿Realmente tenía tantas ganas de llevarme a la cama incluso sabiendo que yo nunca hubiera consentido voluntariamente? ¿No le importaba este hecho en absoluto?

Llegamos a la habitación y se desplomó en la cama.

–Voy a cambiarme –le dije, corriendo al baño y cerrando la puerta. Cerré con la traba tan silenciosamente como pude para ganar algo de tiempo.

Me miré en el espejo mientras me arrancaba todas las horquillas del pelo y las tiraba sobre la encimera. No podía creer lo que había hecho. Estaba tan... estaba atrapada. Ya no tenía escapatoria; mi marido estaba sentado al otro lado de la puerta y no podía huir de él para siempre...

Un hombre de ese tipo, envuelto en tanta oscuridad, nunca me dejaría escapar. Era un miembro de la mafia, dirigía su propio y poderoso negocio que se extendía a cada rincón de esta ciudad, y todo el mundo lo sabía. No había ninguna posibilidad de que dejara escapar a alguien como yo. Demasiada gente trabajaba para él y estaba dispuesta a encubrirle, dispuesta a hacer lo que hiciera falta para obligar a su esposa forzada a volver a su cama.

Me lavé la cara y me senté en el borde de la bañera, esperando que llegaran sus ronquidos a través de la puerta. Me quité el vestido y la delicada lencería de noche de bodas que llevaba debajo y cogí un pesado albornoz del hotel para envolverme. Esta noche tendría que dormir a su lado, pero al menos no tendría que hacer nada con él...

Abrí la puerta lo más silenciosamente que pude y meforcé a mirar al hombre que estaba tendido en la cama frente a mí. El hombre que ahora era mi marido. Casi sesentón, con el pelo canoso y ralo, y un traje caro que no le disimulaba la barriga. Pronto tendría que acostumbrarme a su presencia; acostumbrarme incluso a algo más que a mirarlo, en realidad, por muy enferma que me pusiera siquiera pensar en eso.

Había un pequeño sofá junto a la ventana; no sería una noche cómoda y tendría que meterme en la cama antes de que se despertara, pero me las arreglaría. Cualquier cosa con tal de poner distancia entre ese hombre y yo, al menos durante un tiempo más.

Me acurruqué en el sofá, abrazando las rodillas contra mi pecho con fuerza. No iba a dormir mucho esta noche, pero con intentarlo era suficiente.

Aunque tuviera que despertarme a la mañana siguiente todavía atrapada en esta pesadilla de la que deseaba con todo mi corazón despertar.

## Capítulo II - Alex

–¿Se casó?

Las palabras flotaron en el aire entre nosotros mientras miraba fijamente a Paulo. Se encogió de hombros y asintió.

–Así parece –respondió–. Sacudí la cabeza, intentando asimilar lo que acababa de escuchar.

–Pero... ¿con Gregor? –añadí, y alcé la mano para pararle en seco–. Eso no puede ser normal. Tiene casi sesenta años. ¿Qué edad tiene ella ahora?, ¿veinte años?

–Veintiuno– me corrigió Paulo.

Paulo, el consejero de mi padre, había sido una sólida fuente de información desde lo que conocía, sobre todo desde que mi padre había fallecido y yo había quedado al frente del negocio familiar. Pero no podía creer lo que me estaba contando ahora. Esa boda era inconcebible.

¿O no lo era?

Paulo sacó un periódico del maletín que siempre llevaba consigo y lo empujó hacia mí sobre el escritorio de madera barnizada que había en el centro de mi despacho. Dio un golpecito en una foto de la página en la que estaba abierto y yo la miré con los ojos entrecerrados.

Y, efectivamente, allí estaba el anuncio de la boda, con una foto de Morgan junto a Gregor. El brazo de él alrededor de ella, con una sonrisa radiante, como la del gato al que le han dado su tazón de leche. La sonrisa era mucho menos clara en el rostro de ella y casi parecía que intentaba contener algo.

O tal vez solo estaba proyectando, viendo lo que quería ver, porque no podía siquiera imaginarme qué podría haber visto ella en un hombre así.

–¿Cuándo fue la boda? –pregunté. No me lo podía creer. No estaba seguro de lo que estaba pasando, pero algo en esta escena despertó una duda en mi mente, planteó una pregunta cuya respuesta no necesariamente quería averiguar.

–La semana pasada– respondió Paulo, doblando el periódico y guardándolo en su maletín.

–¿No son muchos cambios en muy poco tiempo? –comenté–. Ian murió hace cuánto..., ¿dos meses?

–Justo después de año nuevo.

–¿Su muerte tendrá algo que ver con esto? –pregunté. Era posible que estuviera exagerando, pero empezaba a convencerme de que aquí había algo más de lo que parecía a primera vista. De ninguna manera, ni en un millón de años, una mujer como ella se habría casado con un hombre como Gregor si hubiera podido elegir...

–No lo sé –respondió Paulo, encogiéndose de hombros–. Pensé que querías saberlo. Eras amigo de la familia, ¿no?

–Años atrás –murmuré, sacudiendo la cabeza de nuevo.

Hacía mucho tiempo que no hablaba con Leo y mucho menos con Morgan, casi siete años. Mi padre había insistido en que tomara distancia cuando Ian había empezado a causar verdaderos problemas con su adicción al juego y a contraer deudas que no podía pagar. Pasar tanto tiempo con una familia que se había puesto un objetivo de tiro en la espalda me hacía ver mal y yo no quería causarles más problemas de los que ya tenían. Dejé de responder los mensajes de Leo y supuse que se había marchado a la universidad, que había hecho todas las cosas normales que hacen los chicos de su edad.

Claro que había echado de menos a mi amigo, pero sabía que él no habría querido que me involucrara en todo lo que le pasaba a su familia. Era orgulloso, siempre lo había sido. Insistía en que no necesitaba ni una pizca de mi ayuda, y yo no iba a presionarlo para que me permitiera auxiliarlo. No le habría dado mucha importancia a todo el asunto, ni a ninguno de ellos en particular, si no hubiera sido por esta boda.

Había estado demasiado ocupado intentando hacerme cargo de los negocios de la familia Caroni desde que mi padre había muerto, algunos años atrás. Había tanto que gestionar que a veces mi cabeza estaba demasiado desordenada para enterarse de nada más. Por mucho que deseara tener algún control sobre mí mismo, pasaban todo el tiempo demasiadas cosas..., demasiadas cosas que exigían mi atención. Disputas territoriales que resolver, rutas de tráfico de drogas que despejar, pequeños altercados entre sicarios que había que solucionar... Si no hubiera sido por Paulo, que conducía todo en la dirección correcta, no hubiera sobrevivido sin perder la cabeza por completo. El fiel consejero había trabajado con mi padre durante años; era paciente y confiable, me guiaba hacia las decisiones correctas y luego me dejaba pensar que había sido yo quien las había tomado.

¿Pero qué hay con esta boda? Enterarme de ella me había detenido en seco. La mirada en el rostro de Morgan me había provocado un escalofrío. Era tan joven, apenas tenía veintiún años. No era posible que realmente quisiera casarse con alguien como Gregor, ¿verdad? Lo recordaba merodeando alrededor de aquella familia incluso cuando yo los visitaba a menudo, así que debía de conocer a Morgan desde hacía años. ¿Siempre había sido este su plan? ¿Pretender seducirla, casarse con ella, obligarla a ser su esposa?

Seguramente no. Gregor era rico y poderoso, la gente lo respetaba en esta ciudad. Podría haber obtenido casi cualquier mujer que deseara.

¿Pero qué pasaba si era a ella a la que deseaba? ¿Qué pasaba si quería a una mujer mucho más joven que él, hermosa, delicada y casi perfecta? Debía de tener un as bajo la manga bastante poderoso contra la familia de Morgan para que ella estuviera dispuesta a hacerle caso...

O quizás yo simplemente estaba siendo cínico. Había visto el lado oscuro de este negocio y sabía hasta dónde era capaz de llegar la gente para conseguir lo que quería, ya fuera una nueva zona de operaciones en Nueva York o una mujer a la que llamar propia. Eso había influido en la lente a través de la cual veía el mundo. Sí, tal vez simplemente se habían enamorado y decidieron que querían probar qué tal les iba juntos.

Pero me costara mucho creer en esa hipótesis. Simplemente no me parecía realista que alguien como él, con una reputación de insensible y cruel, pudiera haber convencido a Morgan de acompañarlo al altar a través de medios honestos.

La conocía desde pequeña, cuando no era más que la hermana pequeña de Leo. Siempre había sido muy tímida, se escondía en su habitación cuando nos reuníamos en su casa y de vez en cuando se asomaba por la puerta para ver qué estábamos haciendo. Aún recuerdo aquellos preciosos ojos azules mirándome fijamente y luego desviándose rápidamente, como si supiera que no debería haber estado mirando.

Por supuesto, me había dado cuenta de la mujer en la que se había convertido; era imposible no notarlo. Yo apenas era unos años mayor que ella y, cuando rompí el contacto con la familia, ya había empezado a convertirse en una criatura de una belleza deslumbrante. Yo nunca habría hecho nada al respecto, por supuesto, dado que era la hermana pequeña de mi mejor amigo, pero sabía que no tardaría en tener a toda la ciudad a sus pies si ella así lo quería.

Y ahora era la esposa de Gregor. ¿Por voluntad propia? ¿Era su plan? Debía de haber pasado por un infierno al perder a su padre a principios de año. Un suicidio –eso



es lo que oí, aunque no asistí al funeral para no causarle problemas a la familia– y una boda. O era una decisión que había tomado cuando estaba en pleno duelo o...

O era algo mucho más oscuro que eso.

Tenía que averiguarlo. Hojeé los contactos en los archivos de mi padre, intentando recordar si él había hecho negocios con Gregor en algún momento en el pasado. Seguramente había antecedentes. Gregor tenía hombres en todos los rincones de la ciudad y mi padre ha de haberse cruzado con él en algún momento.

No tenía realmente un plan, solo sabía que quería ver a Morgan. Necesitaba asegurarme de que realmente estaba haciendo esto por voluntad propia. Puede que ya no estuviera en contacto con su familia, pero si pensaban que iba a olvidarme tan pronto de la amabilidad con la me habían recibido, ahora se sorprenderían.

¿Qué pensaba hacer exactamente si era obvio que ella no quería ser la flamante esposa de Gregor? No tenía la más remota idea. Algo se me iba a ocurrir, algo se me *tenía que* ocurrir. No podía abandonarla en la situación horrible de estar casada con un hombre como Gregor, al que tal vez ella incluso despreciaba.

Tenía que hacer algo. Qué exactamente, lo definiría más adelante. Mi mente ya estaba trabajando afanosamente en un plan y comencé a conectar los pasos de la secuencia que me llevaría hasta la mansión donde Morgan residía ahora, donde podría preguntarle si estaba allí por decisión de ella.

O si estaba pasando algo mucho, mucho peor que yo aún no desconocía.

## Capítulo III - Morgan

Me apoyé en la puerta de la mansión, contemplando el jardín amurallado que la rodeaba; había un laberinto zigzagueante en el centro del immaculado césped verde.

Ojalá hubiera podido perderme allí dentro y no encontrar la salida jamás. Apenas había abandonado la casa en la semana que había transcurrido desde la boda. Gregor había estado alerta para detenerme en cada intento, acechándome por encima del hombro como si supiera que iba a intentar huir a la primera oportunidad.

–Deberías instalarte –me había dicho una noche durante la cena. No tenía apetito, picoteaba la comida y se me revolvía el estómago mientras me preguntaba si esta noche sería *la noche*.

–Estoy bien –le respondí en un tono demasiado cortante. Estaba consciente de que debía tener más cuidado al hablarle, pero no soportaba la forma en que se dirigía a mí. Pronunciaba las palabras lenta y pausadamente, como si yo fuera idiota y, por tanto, incapaz de comprenderle si hablaba como persona normal. Que yo fuera más joven que él no significaba que fuera estúpida, pero él parecía opinar diferente.

–Aún no has desempacado tu ropa en nuestra habitación –me dijo. Los dedos de los pies se me retorcieron de asco debajo de la mesa. No, no lo había hecho y quería seguir sin hacerlo. La idea de tener que sacar mi ropa de las cajas y colocarla en la cómoda frente a la cama que íbamos a compartir era más de lo que podía tolerar. Todavía estaba en negación, haciendo todo lo que podía para fingir que esto no estaba ocurriendo en la vida real. Pero no me olvidaba del hecho adicionalmente cruel de que no podía seguir evadiéndome para siempre.

Con la excusa de que estaba cansada y un poco enferma después de la boda, me había trasladado a una habitación propia durante los últimos días. Como había dado vueltas en la cama durante toda la noche, no me costó mucho convencer a Gregor de que estaba diciendo la verdad, y él se desentendió de mí, claramente porque no quería lidiar conmigo si estaba enferma. Ahí quedaba lo de amarse en la salud y en la enfermedad.

Pero yo sabía lo que realmente quería de mí. Quería que me acostara con él. Que compartiera la cama con él, que me entregara a él, que le diera mi cuerpo... Qué asco, de solo pensarlo se me revolvía el estómago. Incluso en ese momento, mientras contemplaba el jardín, podía imaginármelo y quería gritar en el aire frío de la mañana, liberar la tensión que me dominaba.

Y hubiera podido hacerlo, pero sus empleados me escucharían y luego irían a reportarle a su jefe lo que habían visto. Había ojos en cada rincón de este lugar y cualquier intento para escapar de ellos era en vano: siempre estaban ahí, asomándose en cada esquina, observándome, absorbiéndome con ansias para obtener una pieza nueva de información que pudieran reportar con orgullo. ¿La situación no los afectaba? ¿No veían lo aterradora que estaba, lo mucho que odiaba todo esto?

Sabía, en todo caso, que no eran los culpables, no eran responsables de esto. Todo era obra de Gregor. Seguramente les aterrizaba tanto como a mí, y no era justo esperar que se resistieran a sus deseos cuando después caería sobre ellos el castigo de un puño de hierro.

Oí pasos detrás de mí y supe de quién eran incluso antes de darme la vuelta. Ya me había acostumbrado a él, cosa que detestaba. Se me erizaba el vello de la nuca cuando estaba cerca, como si fuera el villano de las películas de terror que salta desde la oscuridad sobre su víctima.

–Hola, cariño.

Forcé las comisuras de los labios en una sonrisa y me volví hacia él, evitando mirarlo. No podía mirarle a la cara sin revelar cómo me sentía realmente.

–Hola –respondí, fingiendo felicidad. ¿Era suficiente teatro? No lo sabía. No sabía qué podía hacer para convencerlo de que era feliz aquí mientras sentía como si me arrancaran el corazón del pecho cada minuto que pasaba lejos de mi familia. Esta mansión, este lugar enorme y cavernoso, me parecía tan vacío: una prisión en lugar del hogar de lujo que debería haber sido. Hubiera dado cualquier cosa por volver a dormir en el colchón irregular de mi habitación en mi casa de la infancia, donde había vivido hasta esta boda.

Mis padres no habían tenido suficiente dinero para enviarme a la universidad, no después de haber enviado a Leo a estudiar. El torbellino de apuestas y pérdidas de mi padre había estado tan fuera de control que ni siquiera había tenido lo suficiente para dejar la casa de la familia y comenzar mi propia vida. Había trabajado en varios empleos, cualquier cosa con tal de ganar algo de dinero para darle a mi madre, y siempre había soñado con tener un lugar propio, una vida propia.

Ahora nunca tendría eso. Estaba atrapada con este hombre, en esta pesadilla, sometida a su voluntad por el resto de mi vida y sin ninguna salida posible.

Mientras comenzó a acercarse, supe que la situación solo podía empeorar.

–Mi cama se siente muy vacía sin ti en ella –me dijo, poniendo las manos en mi cintura. Me quedé rígida, helada. Lo único que quería hacer era darle un empujón, pero sabía que eso solo empeoraría las cosas.

–Todavía no me siento bien –le dije con voz de autómata–. No quisiera contagiarte.

–Oh, créeme, valdrá la pena –me respondió, alzando las cejas de forma sugerente. Pensar en él encima de mí, dentro de mí, hizo que se me revolviera el estómago de horror. Quería abofetearle allí mismo por ser tan lascivo, pero era mi marido.

Era mi marido.

–Nunca has estado con un hombre, ¿verdad? –me preguntó.

–Nunca –le contesté, negando con la cabeza. Se le escapó un gemido apenas audible, como si la idea le excitara.

–Entonces es normal que estés nerviosa –me dijo, acercándose para acariciarme la mejilla. El contacto de su mano me obligó a apretar la mandíbula para controlar la repugnancia.

–Yo no... No es eso –dije–. Estoy enferma, ya te he dicho.

Mis palabras salieron más agudas de lo que era mi intención. Sus ojos brillaron de ira y sentí un vacío en el estómago. Mierda, si le había cabreado...

–Soy un hombre paciente, cariño –me dijo, con un tono que llevaba su voz a un nuevo nivel de amenaza–, pero no voy a esperar eternamente. Eres mi esposa. Lo recuerdas, ¿verdad?

Asentí para no discutir con él. Sonrió y se inclinó hacia delante para besarme la mejilla. Me hubiera gustado apartarlo de un empujón, pero cualquier otra demostración de mi repulsión podía ser la gota que colmara el vaso y desatara su ira. No quería pensar en qué ocurriría si él decidía que yo no estaba desempeñando mi papel de esposa como debía.

–Porque necesito un heredero –me recordó, apretándome con fuerza, clavándome los dedos en la piel como si quisiera grabarme en la carne esa parte del trato. Había hecho todo lo posible por evitar recordar ese punto, pero estaba claro que él no me iba a permitir olvidarlo.

–Y tenemos que empezar a intentarlo cuanto antes –añadió–. Estoy seguro de que

lo comprendes perfectamente.

Me estaba retando a que le desafiara. ¿Le calentaba obligarme a asentir y a estar de acuerdo con él cuando estaba perfectamente consciente de que yo siempre iba a querer huir de aquí sin mirar atrás? Seguramente. Debía de ser excitante para él obligarme a ceder a sus exigencias, por monstruosas que fueran.

–Muy bien, eres una buena chica –me dijo, pellizcándome la mejilla–. Tu padre estaría orgulloso de ti.

Contuve un sollozo. Mi padre... ¿Qué pensaría mi padre de mí si pudiera verme ahora? Era básicamente una prostituta que se había vendido a un hombre para proteger al resto de la familia. Creía que había hecho lo correcto, pero el asco que sentía ahora mismo me decía lo contrario.

Se dio la vuelta y se alejó de mí, claramente frustrado, y apreté los labios para evitar que se me saltaran las lágrimas antes de que terminara de salir. No quería que me viera llorar. Probablemente se habría excitado, el muy cabrón; parecía justo el tipo de persona que se calienta con cosas de esa índole.

No sabía cuánto tiempo me quedaba antes de tener que darle lo que quería de mí.

Ni tampoco lo que me haría cuando finalmente ocurriera.

## Capítulo IV - Alex

–Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de la familia Caroni –comentó Gregor, mientras le seguía al vestíbulo de su fastuosa mansión. Miré a mi alrededor, intentando localizar a Morgan o alguna señal de ella, pero no había nada.

–Bueno, estoy intentando reconectar con los antiguos socios de mi padre –le expliqué, esperando que sonara lo suficientemente convincente. Gregor alzó una ceja.

–Yo no diría que tu padre y yo hayamos sido socios realmente –respondió. Me crispé ligeramente. Sí, porque mi padre jamás, ni en un millón de años, se habría asociado con alguien como Gregor; es verdad que había sido parte del lado oscuro de este negocio, pero lo que Gregor hacía era mucho peor. La mierda en la que estaba involucrado era mucho más sombría que cualquier cosa que yo hubiera siquiera imaginado hacer. Ya estar aquí me erizaba la piel, sabiendo cómo actuaba y de lo que era capaz..., y consciente de lo que él probablemente pensaba que eran mis razones para esta visita.

–Quiero cambiar eso –le dije, asegurándome de presentarle una buena fachada, de modo que no tuviera motivos para dudar de mis intenciones.

–Una decisión sensata –respondió, poniéndome una mano en el hombro, mientras su móvil emitía un sonido. Lo cogió y leyó rápidamente el mensaje que tenía delante.

–Dame un momento –dijo–. Tengo que coger esto. Ponte cómodo. Hay un mueble bar en la biblioteca. Espérame allí.

–No hay problema –le contesté, y le observé dirigirse hacia el pasillo del fondo del vestíbulo. Esperé a que se perdiera de vista y volví mi atención al resto de la mansión.

Esta era mi oportunidad. Si iba a encontrar a Morgan, tenía que ser ahora. Ya era raro que no hubiera venido a saludarme. Normalmente, cuando gente como Gregor hacía un nuevo acuerdo de negocios, ponían sobre la mesa todo lo que tenían para presumir, y eso incluía a sus esposas. Particularmente si eran jóvenes y hermosas como Morgan. Ella debería haber estado allí, a su lado, pero claramente se mantenía a distancia. ¿Por qué?

La biblioteca, había dicho que me reuniera con él en la biblioteca. Solo tenía que averiguar dónde estaba y cuánto podía alejarme de allí sin llamar la atención. No quería que fuera obvio que la estaba buscando; tenía que actuar de prisa, pero con cautela.

Me apresuré por el pasillo, mirando a mi alrededor en busca de cualquier señal de ella: un mechón de pelo rubio, su risa llegando desde lejos, cualquier cosa. Pero el lugar estaba inquietantemente silencioso. No parecía que allí viviera una pareja feliz de recién casados. La atmósfera era fúnebre.

Y tal vez así se sentía Morgan en esta vida: como si estuviera muerta.

La puerta de la biblioteca estaba identificada en el fondo del pasillo y me dirigí hacia ella, con la intención de tomar un trago para que la reunión fluyera mejor. Empujé la puerta, entré y, cuando vi que había alguien allí, me detuve en seco.

—¿Morgan?

Se dio la vuelta como si la hubieran pillado haciendo algo que no debía, con el cabello rubio ondeando. Abrió los ojos azules como platos al verme, rodeándose con los brazos, como a la defensiva. Cuando se dio cuenta de que era yo, se quedó inmóvil.

—¿Alex? —susurró—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Empujé la puerta para cerrarla tras de mí, con la esperanza de ganar todo el tiempo posible para esta conversación. No sabía cuánto tardaría en volver Gregor, pero no iba a caer fácil, permitiéndole que nos pillara in fraganti. No quería que supiera que conocía a Morgan de antes; cualquier motivo que tuviera para sospechar de mí podría causar problemas, y necesitaba hacer todo lo posible por desempeñar mi papel y mantener la concentración.

—Tengo una reunión con Gregor —le expliqué, mientras daba un paso hacia ella. Se apartó de mí, retrocediendo como si quisiera que me alejara.

—Vale, pues vete a tu reunión —me dijo con voz cortante—. No tiene nada que ver conmigo.

—Me he enterado de la boda —añadí con el tono de voz preciso, intentando que sonara casual, aunque no estaba seguro de que lo creyera, saliendo de mi boca.

—Sí... —respondió ella, bajando la mirada—. Sí, parece... parece que sí. Nos casamos.

—¿No estás segura de haberte casado? —le pregunté—. No pareces muy contenta.

Se mordió la boca y apartó la mirada. No sabía si podía confiar en mí y hacía tanto tiempo que no hablábamos que no podía culparla por ello.

—Enhorabuena —le dije y, en cuanto esa palabra salió de mi boca, vi su rostro contraerse y procuró evitar mi mirada aún más intensamente.

–¿Qué ocurre? –le pregunté, dando un paso hacia ella. Se abrazó con fuerza, intentando protegerse. Parecía tan delgada, tan débil, como si no hubiera comido en semanas.

–Nada –dijo entre dientes–. Cambiemos de tema. No quiero hablar de eso contigo.

–¿De verdad querías casarte con él? –le pregunté. Se volvió hacia mí, con los ojos llenos de ira.

–¡No! –soltó antes de poder contenerse. Se tapó la boca con una mano y negó con la cabeza–. No le digas que dije eso, por favor –me suplicó–. Si se entera de que eso es lo que realmente siento...

–No diré nada. Puedes confiar en mí, Morgan. Te lo prometo.

Las lágrimas caían por sus mejillas y el corazón me dolía en el pecho mientras la miraba. Era la misma expresión que tenía en la foto de la boda, como si las paredes se estuvieran cerrando a su alrededor y no tuviera ni idea de cómo impedir que acabaran por aplastarla.

–¿Por qué...? ¿Qué haces aquí si no querías casarte con él? –pregunté con suavidad, tratando de que me confesara la verdad. Necesitaba saber. No podía quedarme de brazos cruzados viendo a esta mujer atrapada con un hombre tan cruel e insensible como Gregor.

–¿Te parece que yo hubiera hecho algo así porque sí? –me espetó. ¿Cuánto tiempo había estado reprimiendo sus emociones para que estallaran de esta forma? Estaba claro que apenas podía contenerse. Sus ojos ardían con una rabia que las lágrimas no lograban apagar.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste? –le pregunté en voz baja.

–Porque iba a hacerle daño a mi familia si no lo hacía –respondió con ira–. Yo... –se interrumpió de nuevo, sacudiendo la cabeza–. No creo que lo comprendas.

–Ayúdame a entender –insté–. Dime qué está pasando aquí. Quizás pueda ayudarte a salir de esto.

Soltó una risa breve y cínica que sonó más bien como un resoplido.

–No puedes –me dijo sin rodeos–. Así no es como funciona nada de esto, ¿verdad?

–¿Qué quieres decir?

–No te hagas el tonto. Quieres trabajar con Gregor. Sabes de lo que es capaz, lo que



hace para ganarse la vida...

–Es verdad –admití–. ¿Pero por qué le sigues la corriente? Eso es lo que no entiendo.

–Por las deudas que dejó mi padre –confesó, bajando la mirada–. Él... Él nos dijo que, si no podíamos pagarlas, nos haría daño. Les haría daño a mi madre y a mi hermano. Este matrimonio... fue la única opción que nos dio para pagarle.

–Eso es enfermizo –protesté, y ella alzó los ojos. Había resignación en su mirada.

–¿Crees que no lo sé? –murmuró–. ¿Crees que mi familia y yo no intentamos pensar en otra forma de salir de esto? Si hubiera habido algo, cualquier cosa, que hubiéramos podido hacer para reunir ese dinero y evitar que esto sucediera...

Se señaló a sí misma y el anillo que llevaba en el dedo brilló bajo la luz. Noté entonces las manchas oscuras debajo de sus ojos, habían pasado semanas desde la última vez que había dormido bien.

–Siempre puedes divorciarte –la insté–. Llama a la policía; diles que has sido víctima de un chantaje...

Soltó una carcajada.

–¿De verdad crees que eso serviría de algo? –preguntó, con los ojos fijos en los míos–. Después de todo lo que ha pasado, ¿crees que eso serviría para algo?

Tenía razón. Este hombre, si realmente había hecho aquello de lo que ella le acusaba, no iba a echarse atrás solo porque ella le amenazara con la policía. Y, considerando su línea de trabajo, no había duda de que también tendría a algunos policías en su nómina. No la iba a dejar escapar tan fácilmente. Si él había decidido que ella le pertenecía, entonces iba a seguir siendo así.

Mierda. No podía simplemente dejarla aquí. ¿Cómo pudo su familia permitir que esto sucediera? Se me vino a la mente el recuerdo de la muerte de su padre. Si Ian hubiera sabido lo que le iba a pasar a ella, ¿se habría suicidado? ¿Habría seguido adelante? ¿O se habría contenido para protegerla?

Gregor podría haber sido quien le empujó a ello, quien le fue guiando disimuladamente hacia ese final para conseguir lo que quería: Morgan. Sabía lo profundo que podía ser el pozo una vez que empezaba la caída y lo fácil que las personas se dejaban arrojar en él cuando no eran conscientes de lo que estaba pasando.

–¿Por qué hizo esto? –murmuré.

–Porque quiere un hijo –respondió ella, sin rodeos– y espera que yo sea su madre.

La miré fijamente, dudando de si la había oído bien. El matrimonio era una cosa, ¿pero un hijo? ¿Gregor quería que ella tuviera un hijo suyo?

–¿Hablas en serio? –pregunté–. ¿Te... te has acostado con él?

–Eso no es asunto tuyo– respondió ella, con las mejillas enrojecidas.

–Si te obliga a ello, es asunto mío, joder –murmuré, mirándola fijamente. No podía quedarme de brazos cruzados y permitir que algo así sucediera, sin importar quién fuera él o qué clase de hombre dijera ser. Ya sabía que era un enfermo, un total y absoluto enfermo, ¿pero obligarla a acostarse con él? Eso era más de lo que podía tolerar.

–Todavía no lo ha hecho –confesó–. Pero... no sé cuánto tiempo podré evitarlo. Él espera que yo... que yo cumpla con mis deberes de esposa.

Cerré los ojos al oír esas palabras salir de su boca. Gregor, siempre lo había sabido, era uno de los hombres más crueles de este mundo, uno de los tipos más desagradables con los que se podía tratar en este tipo de negocio. ¿Pero esto? ¿Obligarla a ser su esposa y a actuar también como su amante? ¿Cómo una madre para su hijo? Una aberración imposible de concebir. No pasaría mucho tiempo antes de que Gregor demandara lo que, según él, ella le debía y la idea de que ella tuviera que...

–Ah, veo que has conocido a mi esposa.

Me di vuelta y vi a Gregor entrando en la habitación con una sonrisa mientras se dirigía hacia Morgan. Ella se secó rápidamente las lágrimas mientras él le rodeaba la cintura con un brazo y la acercaba hacia él. Vi cómo todo su cuerpo se ponía rígido ante el contacto con él y el asco se reflejaba de inmediato en su rostro.

–Sí, encantado de conocerte, Morgan –dije, forzando las palabras a salir de mi boca. No podía apartar los ojos de ella ni de la forma en que la sujetaba, como si sintiera que era su derecho hacerlo. Morgan no debería tener que soportar esto.

Un plan empezaba a formarse en mi cabeza. Había que hacer algo para sacarla de allí, cualquier cosa. No me importaba el precio que tuviera que pagar o los peligros que hubiera que enfrentar. No podía quedarme de brazos cruzados.

–Gracias por dedicarme tiempo hoy, Gregor –le dije, manteniendo la voz lo más firme que pude–. Pero ha surgido un problema y debo irme. Pronto te contactaré

nuevamente si lo ves bien.

El rostro de Gregor destelló de fastidio.

–No me gusta que me hagan perder el tiempo –me advirtió. Le miré fijamente. Creo que pensó que me iba a atemorizar, pero lo que obtuvo fue otra cosa.

–No tienes de qué preocuparte –le dije–. Respeto tu tiempo, Gregor.

Y eso vendría a ser todo lo que respeto de ti.

Me marché, echándole una mirada subrepticia a Morgan por encima del hombro antes de salir. Sus ojos azules, fijos en los míos, suplicaban en silencio que encontrara alguna forma de sacarla de esta situación.

No sabía cómo lo haría, pero sabía, con toda seguridad, que tenía que intentarlo.

## Capítulo V - Morgan

Estaba inquieta en el asiento. El vestido corto que Gregor había insistido en que me pusiera esa noche amenazaba con subirse cada vez que me movía.

–Estás preciosa –me dijo Gregor, inclinándose hacia mí para acortar la distancia que nos separaba. Podía percibir la loción de rasurado que llevaba: me ahogaba los pulmones con su fuerte hedor.

–Gracias –respondí. No me podía creer que estuviera aquí esta noche, pero Gregor no me había dado muchas opciones. Me había dicho, a primera hora de la tarde, que iba a cenar con él en Pote's, un lujoso restaurante italiano en el que una chica como yo no hubiera podido conseguir una mesa jamás.

–Te vendrá bien salir de casa –me dijo, mientras se apoyaba en la puerta de la habitación de invitados en la que yo había estado durmiendo–. Bebe un poco de vino, conversa... relájate...

El resto de la frase flotaba en el aire, amenazadora y llena de peligros. Estaba claro lo que Gregor quería de esta noche, no quedaba duda alguna. Ojalá existiera alguna forma de resistirme, alguna forma de evitar lo inevitable, pero llevaba semanas posponiéndolo y cada día que pasaba mi marido se volvía más y más exigente.

Así que me había enviado un vestido ridículamente corto y escotado, junto con unos tacones altísimos que me hacían tambalear peligrosamente a cada paso. No me había molestado en maquillarme para que no pensara que me estaba arreglando para él, y llevaba el pelo suelto y despeinado sobre los hombros.

Con ese vestido me sentía como parte de una exhibición, como si él lo hubiera elegido especialmente porque quería que el mundo viera lo que había obtenido. Me había dado cuenta de que algunas personas miraban en nuestra dirección cuando llegamos, probablemente preguntándose qué hacía alguien de mi edad con ese señor. Pensar en lo que opinaría la gente de mí me hizo querer llorar, pero no tanto como pensar en lo que vendría después de la cena.

Estaba consciente de lo que la gente pensaba de nosotros. Joder, lo había visto escrito en la cara de Alex cuando me vio el otro día. No sabía que se había hecho cargo del negocio de su padre. Se había alejado de la vida de Leo cuando nuestro padre empezó a tener verdaderos problemas de dinero, y supuse que no era más que un amigo

pasajero del que era mejor alejarse, pero tal vez había algo más en él. Quién sabe.

Sin embargo, Alex había actuado como si yo debería estar intentando encontrar una salida de esta situación, como si no les hubiera dado ya un millón de vueltas a las posibilidades en mi cabeza. Si existiera una salida, estaba segura de que ya la habría encontrado. Tenía que seguir adelante con esta farsa, quisiera o no...

Quizás no fuera tan malo como pensaba. Miré a Gregor desde el otro lado de la mesa, intentando convencerme de ello, aunque desde ya mismo me costaba siquiera considerarlo. Quizás no sea tan repulsivo, quizás alguna vez fue guapo...

Pero, mientras lo veía beber un largo sorbo de vino, supe que mi repugnancia hacia él no tenía que ver exactamente con su aspecto. Tenía que ver con la persona que era, la persona que había demostrado ser: dispuesto a causar daño y a hacer cualquier cosa para conseguir lo que quería, dispuesto a manipularme a su antojo y a arrinconarme para obtener su capricho. Ningún hombre decente haría algo así. Ningún hombre que tuviera mi aprecio me hubiera tratado así. Gregor era un monstruo, y yo solo estaba reaccionando como lo haría cualquier otra persona ante una criatura como él.

Cogí temblorosamente la copa de vino tinto que estaba junto a mi plato. No quería comer esa noche. Sabía que estaba perdiendo peso, pero mi esperanza era que, estando débil, no pudiera quedarme embarazada. ¿El cuerpo funcionaba así? Nunca había estado con nadie; en realidad, nunca había tenido motivos para investigar estos temas.

Quizás hubiera sido más fácil quedarme embarazada. Entonces, no hubiera existido ninguna razón para que me volviera a poner la mano encima. Podría escapar de sus garras, decirle que estaba enferma y que no me apetecía..., pero tendría que ser la madre de su hijo. Traer al mundo a un heredero de su fortuna de orígenes más que dudosos. ¿Cómo podía hacer algo así? Había pensado en tener hijos, claro que sí, pero con alguien a quien amara y deseara, no con un monstruo que haría cualquier cosa por someterme a su voluntad.

–Deberías comer –me ordenó secamente–. Necesitarás mantener tu energía para esta noche.

Me estremecí. ¿Se habrá dado cuenta? ¿Le importaba? Me había observado ponerme tensa cada vez que había mostrado interés por mí. No podía ser tan estúpido; no podía pensar realmente que existía la remota posibilidad de que yo estuviera realmente interesada en él. Pero estaba claro que a una parte de él le gustaba eso, le gustaba saber que estaba haciendo esto contra mi voluntad. Yo no tenía ningún control y

él disfrutaba detentando el control total. Realmente gozaba viendo los escalofríos que me recorrían cuando pensaba en sus manos sobre mi cuerpo.

Cogí el tenedor y revolví un poco la comida en el plato, fingiendo que comía algo con la esperanza de que eso bastara para que se callara. No era que realmente le importara si comía bien o estaba sana. Su único objetivo era dejar claro que no había forma de que me librara de esto, ya había tolerado mis evasiones durante demasiado tiempo y venía a cobrar lo suyo.

El camarero se acercó a rellenar mi copa. Cerré los ojos con fuerza y recé en silencio. Ni siquiera estaba segura de quién era el destinatario de mi plegaria; cualquiera... cualquiera que me escuchara en ese momento. Nunca había creído en todas esas cosas espirituales, pero en aquel momento estaba tan al límite de mis fuerzas que habría aceptado cualquier tipo de ayuda.

Cuando cerré los ojos, solo se me vino a la cabeza una persona: Alex. Era la primera persona de mi antigua vida que había visto en tanto tiempo que parecía como si se hubiera grabado a fuego en mi cerebro. Su recuerdo, el flechazo que tuve con él cuando era adolescente, estaba tan fresco en mi cabeza que era imposible ignorarlo. Ahora era mayor, claro, pero seguía teniendo algo especial: sus rizos iban bien con sus ojos oscuros, su piel oliva parecía brillar casi como el oro bajo la luz que entraba en la biblioteca. Cuando le miraba, sentía un destello de lo que sabía que había que sentir por un marido de verdad: un deseo real, una necesidad innegable.

Pero ahora mismo estaba atrapada con el hombre que tenía enfrente. Iba a tener que encontrar la manera de sobrevivir la noche sin perder la cabeza, de una forma u otra.

Los platos fueron retirados y sustituidos por el postre demasiado pronto para mi gusto. Se me revolvió el estómago al pensar en probar un bocado del tiramisú que tenía delante. Había procurado beber vino con la esperanza de emborracharme, pero solo obtuve un fuerte dolor de cabeza. Gregor, que no quería cometer el mismo error que el día de nuestra boda, tomó el suyo muy despacio, observándome todo el tiempo.

Sus ojos recorrían mi cuerpo, deteniéndose particularmente en la profunda V de mi escote. Era horrible estar en exhibición para él. Una cosa era arreglarse para alguien a quien realmente deseabas, pero ¿arreglarse para alguien a quien despreciabas? Me daba tanto asco a mí misma que quería que mi mente abandonara mi cuerpo ahí, a su suerte.

Una vez terminado el postre, Gregor pagó la cuenta, asegurándose de que yo viera

el valor, como si eso fuera a impresionarme. Estaba segura de que incluso algo así era calderilla para él. En todo caso, me enfurecía aún más saber que podía haberse desentendido tan fácilmente del dinero que mi padre le debía. Le podría haber hecho la vida mucho más fácil a mi familia, pero decidió no hacerlo, porque estaba claro que le gustaba el poder que tenía sobre nosotros.

Lo excitaba saber que yo no podía decir que no.

–El coche está esperando –dijo, ofreciéndome el brazo. Fingí no verlo y me agaché para ajustarme ligeramente los zapatos. Quería ganar el mayor tiempo posible. Cuando volví a ponerme en pie, me encontré con que una de las camareras me miraba con simpatía, como si supiera lo que iba a pasar. Quise llamarla, rogarle que me sacara de esto de alguna manera, suplicarle que me liberara de esta puta pesadilla. Pero ella no podía hacer nada, nadie podía hacer nada.

Me abrió la puerta para que avanzara y salí, temblando de frío con la brisa del atardecer. No había pensado en llevar un abrigo. El coche estaba aparcado a pocos metros, y Gregor nos guio hasta él y después me abrió la puerta.

Dudé por una fracción de segundo, recorriendo con la mirada la calle de arriba abajo mientras intentaba calcular las posibilidades que tenía de salir corriendo antes de que me alcanzara. Pero no se trataba de lo lejos que pudiera correr; se trataba de lo fácil que le habría resultado alcanzarme, por mucha distancia que pusiera entre nosotros. Dejé escapar un largo suspiro y di un paso adelante, resignándome a lo inevitable...

Y entonces lo sentí. Una mano en mi brazo me echó hacia atrás. Grité por reflejo, pero, antes de que pudiera emitir otro sonido, una bolsa negra se cerró sobre mi cabeza y me taparon la boca. Le di un débil pisotón a quienquiera que estuviera detrás de mí, aparentando resistencia, pero, en realidad, quería que me llevaran.

Porque lo que me tuvieran reservado los secuestradores no podía ser peor que el destino que tenía mi marido para mí.

## Capítulo VI - Alex

Pisé a fondo el acelerador y me alejé del restaurante en medio de la confusión, antes de que Gregor empezara a perseguirme. Con los cristales tintados y el pasamontañas tapándome la cara, dudaba de que me hubiera visto, pero no me iba a quedar para averiguarlo.

Morgan no se resistió en absoluto. Se desplomó en el asiento trasero del coche como si no pudiera terminar de entender lo que estaba pasando. ¿Estaba bien? ¿La habían lastimado? Miré hacía donde estaba ella, con un guardia a cada lado para evitar que intentara lanzarse por una de las puertas del coche.

El corazón me golpeaba las costillas con fuerza mientras nos acercábamos a la mansión. En medio del caos, Gregor no había podido ordenarles a sus hombres me persiguieran tan rápido. Les llevábamos ventaja, al menos por ahora, y yo la iba a aprovechar al máximo.

–Vigilad –les ladré a los hombres de atrás–. Díganme si alguien nos sigue. Puede que tengamos que despistarlos.

Uno de ellos asintió bruscamente y vi que Morgan levantaba la cabeza por debajo de la bolsa: había reconocido mi voz al instante. Tal vez no debería haber venido yo en persona, podría haber enviado a alguno de mis hombres a encargarse de esto en mi lugar, pero tratándose de ella, no era tan fácil. No podía arriesgarme. Tenía que asegurarme de que salía de esa situación entera, costase lo que costase.

Pasara lo que pasara.

Me detuve en la parte trasera de la mansión de mi padre y les hice un gesto a los hombres para que sacaran a Morgan del coche. Tropezó en sus tacones de aguja y estuvo a punto de caerse, pero alcancé a sostenerla.

–Oye, oye, todo está bien –le murmuré–. Estás a salvo.

–¿Alex? –susurró, como si apenas pudiera atreverse a albergar esperanzas.

–Tienes que entrar –le dije, apartando un poco la bolsa para que pudiera respirar. No quería que viera exactamente dónde estábamos, por si le daba información a Gregor por un sentimiento de lealtad fuera de lugar, pero seguramente se estaba sofocando adentro de la bolsa.



La condujimos al interior de la casa y la llevé a mi estudio, donde la esperaba el fuego de la chimenea. Con cierta vacilación, le quité la bolsa de la cabeza. Después de respirar profundo se volvió hacia mí, completamente conmocionada.

–¿Qué cojones está pasando?

–Tienes que sentarte –le dije, guiándola hasta un gran sillón de cuero frente al fuego–. Aquí...

–¡No me toques! –dijo, apartándose–. ¿Qué está pasando, Alex? ¿Qué cojones está pasando?

–Estás a salvo –prometí sonriendo–. No tienes nada de qué preocuparte. Gregor no puede atraparte aquí...

–¿Estoy a salvo? –me interrumpió–. ¿Estás escuchando lo que dices? ¡Acabas de secuestrarme! ¡¿Cómo cojones voy a estar a salvo?!

–Porque yo no voy a obligarte a hacer nada que no quieras –dije–. Si quieres volver con Gregor ahora mismo, puedes hacerlo. Eres libre de irte. Sal por esa puerta, delátame, dile que fui yo quien te secuestró y vuelve a ser su esposa.

Se quedó callada un momento. Podía estar enfadada conmigo, pero pasaba a segundo plano comparado con el terror que reveló su rostro cuando le sugerí volver a la mazmorra de Mazuri.

Se hundió en el asiento y apoyó la cabeza en las manos.

–No sabes lo que acabas de hacer –alegó, sacudiendo la cabeza. El vestido que llevaba era ridículamente corto, apenas le llegaba a los muslos y desde lejos se le notaba la piel de gallina. Cogí una manta de la silla que había junto a ella y se la coloqué sobre los hombros. Se aferró a ella con fuerza, apretándola como si fuera lo único que la mantenía a salvo en aquel momento.

–Sé que te alejé de él –le dije, poniéndome en cuclillas delante de ella–, sé que no tienes que dormir en una cama con él esta noche. No tienes que pasar otro día fingiendo ser la esposa cariñosa de ese psicópata.

Alzo la vista para mirarme. Me di cuenta de lo confundida que estaba. Porque, sí, había salido del peligro, al menos por ahora, pero ¿a qué precio?

–Yo no te pedí que lo hicieras –replicó entre dientes–. No tenías para qué involucrarte...

–Ya sé que no estaba obligado –respondí–, pero tenía que hacerlo. Cuando me enteré de lo que te estaba haciendo, de lo que esperaba de ti, yo... Yo no podía permitirlo. Conozco a tu familia desde hace mucho tiempo, Morgan; te conozco a ti desde hace mucho tiempo. No iba a quedarme de brazos cruzados y dejar que ese hombre hiciera lo que quisiera.

–Apenas me conoces –replicó–. Yo solo era la hermana pequeña de Leo para ti. Apenas me dabas la hora del día...

–Porque Leo se hubiera cabreado –aclaré–. No porque no me cayeras bien. Y aunque no te conociera de nada..., ¿de verdad crees que podría permitirle a Gregor que te hiciera eso? ¿Forzarte de esa manera? No podría vivir conmigo mismo. Mi padre no me educó así.

Morgan hundió la cabeza en el pecho nuevamente.

–No sabes los problemas que acabas de causar –murmuró–. Cuando se entere...

–Si se entera –la corregí. Se me quedó mirando un momento, sin poder creerse lo que estaba oyendo.

–¿De verdad crees que es cuestión de si se entera? Te consta cuánto poder tiene. Hay ojos a su servicio en cada rincón de esta ciudad. Y cuando descubra que fuiste tú, él...

Se interrumpió. No hacía falta que me lo explicara; conocía los riesgos de lo que acababa de hacer y estaba dispuesto a correrlos. Lo había estado planeando desde el primer momento en que la vi allí. Sabía que el tiempo apremiaba, que no teníamos mucho margen antes de que él la sometiera a su voluntad, y no podía mirar hacia otro lado y simplemente dejar que ocurriera. Mi padre había sido muchas cosas, pero jamás el tipo de hombre que hubiera permitido que forzaran a una mujer de esa manera si podía hacer algo para evitarlo.

Y mucho menos a una chica que había conocido desde pequeña. La había visto cuando era niña y la idea de que le pasara algo así... No existía la más remota chance de que hubiera permitido que algo así le ocurriera. Haría cualquier cosa para evitarlo. Cualquier cosa.

Incluso si eso significaba ponerme en la línea de fuego de uno de los hombres más peligrosos de la ciudad.

–Le hará daño a mi familia –continuó, con los ojos desorbitados al darse cuenta–.

Ay, Dios, Alex, va a lastimar a mi familia...

–Haré lo que sea necesario para mantenerlos a salvo –le prometí–. Asumiré la culpa de todo. No les pasará nada.

–¿Cómo puedes estar seguro de eso? –dijo, volviendo la cabeza hacia mí–. ¿Cómo puedes estar seguro? Quizás ya tiene a mi madre o a mi hermano en sus manos. Yo no...

Sacudió la cabeza y las lágrimas empezaron a caer de sus ojos de inmediato.

–No puedo dejar que les pase nada –susurró–. Hice todo esto porque pensé que sería la única manera de protegerlos, y si algo les pasa ahora, yo...

–Oye –le dije, tomándole las manos para interrumpirla antes de que cayera del todo en la espiral del miedo. Sus ojos estaban nublados y distantes por el pánico, como si no pudiera acabar de asimilar todo esto–, préstame atención: te prometo que a tu familia no le va a pasar nada. ¿Me crees?

–No –murmuró–. No creo que nadie pueda protegerlos, no realmente. No de él.

–Yo sí puedo –y lo dije en serio. Haría lo que fuera necesario para asegurarme de que Gregor no volviera a ponerle las manos encima, costara lo que costara. Claramente, a Morgan le iba a resultar difícil creer que esto era verdad, pero tenía que intentarlo. Tenía que tratar de convencerse de que había una vida sin Gregor, una vida que estaba muy lejos de la pesadilla por la que había pasado.

Me miró fijamente, con una mueca rígida en los labios.

–Vas a tener que hacerlo –me dijo, y cruzó los brazos sobre el pecho, mirando fijamente al fuego. El reflejo de las llamas parpadeó en su cara y supe que ya había aceptado la nueva situación como un hecho consumado.

Yo empezaba a preguntarme si había hecho lo correcto o si acababa de arrastrarla a un lío del que tal vez nunca iba a poder salir.

## Capítulo VII - Morgan

Cuando me desperté a la mañana siguiente, tardé un momento en recordar dónde estaba exactamente.

Me senté de golpe en la cama, alejando rápidamente las suaves sábanas que me habían arropado esa noche. ¿Dónde estaba? No era la habitación de invitados de la casa de Gregor, eso estaba claro. ¿Había pasado la noche con él?

Pero entonces, cuando mi mente en pánico empezó a despejarse, la realidad empezó a calar de nuevo. Exhalé un largo suspiro, tratando de aferrarme al momento y no dejar que el miedo se apoderara de mí, por muy tentador que hubiera sido permitir que eso sucediera. Había una parte de mí que quería gritar contra la almohada del puro terror de pensar en lo que Gregor iba a hacerle a mi familia en cuanto tuviera la oportunidad, pero, al mismo tiempo, me sentía tan aliviada de estar lejos de él que apenas podía mantener la cabeza en su sitio.

Gregor no estaba aquí. No estaba en ningún lugar de esta mansión. Y probablemente no tenía ni idea de dónde me encontraba yo. No sabía durante cuánto tiempo esto iba a ser así, pero, por el momento, estaba más que dispuesta a disfrutarlo al máximo. Estaba segura de que solo era cuestión de tiempo que me localizara y me arrastrara de vuelta a la vida que me esperaba al otro lado de esta aventura, pero, por ahora, me había ganado un respiro de lo que había parecido inevitable la noche anterior.

Levanté las piernas de la cama y vi una pequeña pila de ropa en la silla de enfrente. La revisé tímidamente y elegí un jersey y unos vaqueros sencillos. Me había sentido tan expuesta la noche anterior que solo quería prendas que me cubrieran, que me proporcionaran un lugar donde esconderme mientras intentaba averiguar qué iba a hacer a continuación.

Podría haberme marchado anoche, haber vuelto con Gregor antes de que se diera cuenta de que me había ido; quizás hubiera sido lo más inteligente. Podría haber vuelto a la mansión y haber hecho pasar esto por un juego enfermizo de Alex, en lugar de la realidad: una forma de salir, una forma de escapar de la pesadilla. Regresando a la cárcel como una buena esposa habría protegido a mi familia y garantizado su seguridad, pero yo...

No podía hacerlo. No sabiendo lo que él esperaba de mí. Una noche era todo lo que hacía falta: una noche juntos, me quedaría embarazada y estaría atada a él durante el

resto de mi vida. No podía soportar la idea. Que me tocara, que se acostara conmigo, eso era una cosa, pero que plantara su semilla dentro de mí y me obligara a traer al mundo a la siguiente generación de su familia... Era demasiado retorcido, demasiado enfermizo para siquiera pensar en ello.

¿Y cómo me sentía aquí? Aquí estaba a salvo. No sabía cuánto duraría esta situación, pero no tenía que lidiar con Gregor y eso valía la pena. Solo era cuestión de tiempo antes de que enviara a sus hombres a buscarme a mí o, peor aún, a mi familia, para intentar asustarme y obligarme a volver, pero quería absorber con todo mi ser cada momento de libertad mientras pudiera.

Libertad. Resultaba extraño llamar a esto libertad, dado que había sido secuestrada, arrebatada en la calle por un hombre que era prácticamente un extraño para mí. Puede que Alex y yo nos conociéramos de pequeños, pero había una gran diferencia entre lo que habíamos compartido de jóvenes y lo que éramos ahora. Ahora era el jefe de todo un imperio mafioso, por el amor de Dios, no el chico divertido que yo había conocido hacía tantos años.

Y yo..., yo también era diferente. Estaba marcada por el dolor de lo que mi padre le había hecho pasar a nuestra familia. Durante toda mi vida adulta había tratado de aferrarme a una porción ínfima del control que deseaba tener mientras mi padre hacía todo lo posible para despojarme de él. Habría hecho cualquier cosa por tomar las riendas de mi vida, pero nunca había tenido la oportunidad de hacerlo. El matrimonio con Gregor fue lo más cerca que estuve de ello, aunque fuera tan retorcido y horrible. Al menos sacrificarme por mi familia fue decisión mía.

¿Pero qué ocurriría ahora? Ni idea. ¿Estaba atrapada de nuevo? Podía sentir una punzada que comenzaba en la base de la columna y recorría mi cuerpo hasta las palmas de las manos mientras intentaba comprenderlo. ¿Y si Alex no me dejaba marchar? La noche anterior me había dicho que quería mantenerme a salvo y alejarme de Gregor, pero él formaba parte de este mundo tanto como Gregor. ¿Cómo podía estar segura de que lo decía en serio? ¿Cómo podía saberlo con certeza?

Salí del dormitorio y eché un vistazo a la mansión; estaba silenciosa, ninguno de los empleados andaba husmeando por allí como en casa de Gregor. Me había acostumbrado tanto a su presencia constante que me resultaba casi extraño que no hubiera nadie merodeando, vigilándome.

No sabía qué debía hacer mientras estuviera aquí. Podía intentar huir, pero estaba

segura de que Gregor ya tendría a sus hombres sobre el terreno, buscándome, listos para apresarme y llevarme a su cama en cuestión de segundos. Aunque este lugar no era exactamente mi hogar, era lo más cercano que tenía a la seguridad ahora mismo, y no iba a hacer nada para arriesgar este refugio.

Me encaminé sigilosamente hacia la cocina, o al menos hacia donde creía haber visto la cocina cuando llegué la noche anterior. Mi estómago gruñía, todo el apetito que había estado suprimiendo durante todo este tiempo empezaba a surgir y a reclamar mi atención. Tenía que comer algo. Tenía que comer *mucho*. No sabía si iba a meterme en problemas por buscar comida así, pero si Alex realmente quería ayudarme como decía, debería alegrarse de que volviera a alimentarme.

Llegué a la cocina, mirando furtivamente a mi alrededor, casi esperando que hubiera alguien allí decidido a pillarme in fraganti. Miré el frigorífico como si fuera una amenaza y me abalancé en su dirección. Estaba prácticamente repleto de comida; había tantas opciones que no sabía por dónde empezar. Cogí un plátano del frutero que había encima y empecé a masticarlo, y, joder, creo que nunca había probado una fruta tan buena en mi vida...

–Ah, te has levantado ya.

Di un respingo y me volví al oír la voz. Mis mejillas se sonrojaron cuando vi quién era. Alex. Con mayor precisión: era Alex recién salido de la ducha, según parecía, desnudo de la cintura para arriba y con un pantalón de chándal negro, el pelo un poco húmedo y desordenado, enroscado alrededor de las orejas.

–Ah, yo... –balbuceé. No sabía lo que intentaba decir. Me sentí como si, en efecto, me hubieran pillado haciendo algo en lo que ni siquiera debería haber pensado.

Y, por Dios, verlo así, con tan poca ropa, me estaba... desconcertando. Un manchón de vello oscuro cubría su pecho fuerte y tonificado, y sus hombros eran más anchos que los del adolescente que había conocido hacía tantos años. Podía ver la barba incipiente en su barbilla y algunas arrugas alrededor de sus ojos, y eso hizo que mi corazón diera varios saltos dentro de mi pecho. Mi enamoramiento adolescente con él había sido platónico pero intenso, y ahora parecía que todavía habitan dentro de mí restos de ese sentimiento.

–¿Estás bien? –me preguntó, mirándome mientras iba a prepararse un café. Asentí con la cabeza.

–Perdona, solo tenía hambre –añadí enseguida. Me miró con el ceño fruncido.

–¿Por qué te disculpas? –dijo, confundido.

–Pues debería haberte preguntado antes de...

–Puedes comer lo que quieras contestó, llevándose la taza a los labios y sin apartar los ojos de mí ni un momento. Joder, estaba tan guapo. Quizás incluso más que cuando era adolescente. Ahora parecía tan seguro de sí mismo, tan en paz con su forma de comportarse. Tenía que admitir que me gustaba.

Lo que realmente quería ahora mismo, si confesaba la verdad, era a él.

–Vale –murmuré, cogí lo que quedaba del plátano y salí corriendo hacia mi habitación antes de que pudiera ver la mancha rojo intenso en mis mejillas. ¿Tenía idea de lo enamorada que estaba de él cuando era pequeña? ¿Se daba cuenta de que ese sentimiento seguía estando bastante presente? Imposible saberlo.

Pero lo que sí sabía era que hacer algo al respecto hubiera sido un error enorme. Era virgen y Gregor contaba con ese hecho; si permitía que otro hombre tomara mi virginidad, toda esta situación empeoraría... si eso era posible.

Además, estaba segura de que Alex había estado con muchas mujeres en su vida. Él esperaba a alguien que realmente supiera lo que estaba haciendo y yo ni siquiera tenía idea de lo que quería cuando se trataba de sexo. Quedaría como una idiota; lo último que necesitaba en este minuto era que mi ego resultara magullado por un enamoramiento de juventud solo porque no podía controlarme.

Llegué al dormitorio que me habían preparado y me apoyé en la puerta para recuperar el aliento. Todo esto era un lío y no sabía si iba a ser capaz de ordenarlo. Sentía que ya estaba perdiendo la cabeza y solo llevaba aquí una noche.

Gregor me encontraría pronto y sabe Dios cómo iba a reaccionar en ese momento. Quizás estaba convencido de que todo esto había sido idea mía. Era posible y no me habría sorprendido que así fuera. Después de todo, estaba destinada a pertenecerle, a ser suya hasta la médula. Tenía la sensación de que encontraría alguna forma de culparme por esto, aunque yo no lo hubiera planeado.

Pero ahora estaba aquí, a salvo, y tenía que intentar aprovechar mi seguridad al máximo durante todo el tiempo que pudiera. Pronto volvería a estar en las garras de mi malvado marido.

Y, cuando eso ocurriera, no me iba a dejar volver a escapar tan fácilmente.

## Capítulo VIII - Alex

Me apoyé en la puerta del salón, observándola sentada frente al fuego. Tenía una copa en una mano y un libro en la otra, y no le prestaba atención a ninguna de las dos cosas.

Pensé en llamarla por su nombre, pero estaba seguro de que solo conseguiría asustarla. Habían pasado casi tres días desde su llegada y estaba tan nerviosa como en la primera noche. Cada ruido, cada movimiento, la hacía sobresaltarse, y parecía hacer todo lo posible por evitarme, aunque yo intentara cuidarla.

Le había ordenado a la cocinera que le llevara la comida todos los días y, al menos, había estado comiendo. Estaba tan delgada cuando llegó que era evidente que se había estado muriendo de hambre por el estrés de estar atada a aquel hombre. Quería hablar con ella de eso, pero no sabía qué hacía falta para que me contara sus experiencias con honestidad.

Cuanto más supiera sobre Gregor y sobre lo que le había estado haciendo, más fácil sería evadirlo cuando viniera a buscarla. Iba a tener que estar preparado para jugar con cualquier cosa que Gregor lanzara en mi dirección y, cuanta más información pudiera darme ella, mejor. Pero Morgan había estado escondida en su habitación o en la biblioteca casi todo el tiempo que llevaba en la mansión Caroni. Nos quedaba poco tiempo para que me contara algo útil.

Ya me había enterado por rumores de que Gregor había desplegado a sus hombres por toda la ciudad para buscarla; hasta ahora no habían podido conseguir mucha información sobre quién se la había llevado, mis contactos estaban alineados, pero solo era cuestión de tiempo hasta que alguien se quebrara, hasta que a alguien le dieran una razón lo suficientemente convincente para delatarme.

Paulo se había desentendido de todo esto, dejando claro lo estúpida que le parecía la situación y lo peligroso que era para mí involucrarme en ella, pero no había forma de que me detuviera. Comprendía que Paulo solo quería lo mejor para mí, pero a veces había que hacer lo correcto, aunque no fuera lo mejor para uno. Y sacarla de ese lío era lo único que tenía sentido para mí.

Balanceé mi peso en el mismo sitio y el suelo crujió. Con la hipersensibilidad ante cualquier tipo de ruido que había desarrollado en su lujosa cárcel, Morgan volteó la cabeza de inmediato. Me miró fijamente un momento y luego cerró el libro y lo dejó



sobre su regazo.

–¿Qué haces? –preguntó.

–Veo cómo te encuentras.

–Estoy bien –me dijo rápidamente, y yo solté un suspiro. Sus ojos se entrecerraron–. ¿Qué pasa? –preguntó–. ¿Ocurrió algo?

–No, nada –respondí, y ella sacudió la cabeza, sin apartar su mirada de la mía.

–Algo ocurre. Dime qué pasa. ¿Gregor ha...?

–No tiene nada que ver con Gregor –le aseguré mientras daba un paso hacia ella, acortando la distancia que nos separaba.

–Entonces, ¿qué es? –preguntó, con la mandíbula apretada mientras me miraba, como retándome a decir otra cosa.

–Estoy preocupado por ti –le dije–. Has estado... de los nervios desde que llegaste.

Levantó las cejas, incrédula.

–Tú me secuestraste –me recordó con voz fría–. ¿Qué creías que iba a pasar?

–Ya lo sé –suspiré–. Pero yo... necesito saber que he hecho lo correcto, Morgan. Necesito saber que esto es mejor para ti que lo que estaba pasando con Gregor. De lo contrario...

No era necesario terminar esa oración. Me preocupaba haberme convertido en el mismo tipo de villano que Gregor, eligiendo su camino por ella, sin dejarle otra opción que aceptar lo que yo quería, le gustara o no.

Ladeó lentamente la cabeza, pensando en lo que acababa de oír.

–De lo contrario, eres el mismo tipo de monstruo que es él –terminó lo que yo dejé a medias.

–Algo así –murmuré en señal de acuerdo.

–¿Qué quieres que te diga? Quiero decir, me alejaste de él. Tomaste esa decisión por mí. Te dije que no quería irme y asumiste que tú podías decidir mejor que yo.

–¡Me dijiste que te iba a obligar a ser la madre de su hijo! –protesté–. ¿Qué opciones tenía?

–Podrías haberme dejado controlar la situación –me espetó–. Yo sabía lo que

estaba haciendo. Aquí, en cambio, no lo sé. No cuando eres tú el que lleva la voz cantante.

–No estoy intentando controlarte, Morgan –le prometí–. Intentaba ayudarte, eso es todo.

Me dirigió una mirada imposible de descifrar.

–Vale, sí –murmuró–, pero no estoy segura de que lo hayas hecho.

–¿Qué hace falta para que te des cuenta de que quiero arreglar esto? –le pregunté. Tenía que saber qué pasaba por su cabeza, qué le impedía ver las cosas como yo necesitaba que las viera. Obviamente, todo esto no había sido fácil para ella, pero necesitaba algo, alguna garantía de que no era tan desgraciada aquí como lo había sido con Gregor.

–Que yo pueda tener alguna influencia en las cosas que se deciden –me contestó, con voz seca. Había algo en su forma de hablar que era claramente una prueba: quería ver hasta dónde era capaz de llegar. Había estado encerrada durante tanto tiempo, obligada a contenerse por el bien de su marido, de su familia, pero aquí... aquí, había algo más. Algo más salvaje y algo que yo quería conocer mejor.

Caminé hacia ella, vacilante, suponiendo que se iba a apartar antes de que pudiera estar más cerca. Pero ella se limitó a mirarme fijamente, sin romper el contacto visual ni un instante.

–¿Crees que podrás soportarlo? –le pregunté, bajando ligeramente la voz.

–Nunca he tenido la oportunidad de averiguarlo –dijo, encogiéndose de hombros–. No sé si puedo o no.

Acorté la distancia entre nosotros y me quedé de pie junto a donde ella estaba sentada, pero sabía que tenía que ponernos al mismo nivel. Tenía que demostrarle que estaba dispuesto a ceder ante ella, aunque solo fuera por un momento, para demostrarle que no intentaba dominarla como lo había hecho Gregor.

Lentamente, sin dejar de mirarla, me arrodillé frente a ella. Me miró absorta, como si no entendiera mis acciones.

–Aquí mandas tú, Morgan –murmuré–. ¿Me entiendes? Tú eres la que manda. Si quieres irte, puedes irte. Si quieres quedarte...

Me callé de golpe. La forma en que me miraba ahora, esos ojos azules que brillaban

a la luz del fuego, despertaba algo en mí que había intentado ignorar desde que llegó. Porque había tenido que decirme a mí mismo, una y otra vez, que la razón por la que la había traído aquí no tenía nada que ver con el deseo que sentía por ella. Nada que ver con el hecho de que se había convertido en una hermosa mujer.

Apartó la mano de su libro y se acercó a mí. Sus dedos rozaron mi mejilla y pude ver miles de ideas danzando en su mente. El contacto de su mano pareció quemarme la piel, encendiendo algo muy dentro de mí, algo que debería haber intentado contener.

–Nunca... había estado al mando antes –me confesó, dejando caer todo su sofisticado y robusto sistema defensivo. Su dedo bajó hasta mi labio, rozándolo ligeramente, como si me pusiera a prueba. Mis labios se separaron por instinto y sentí el calor de su piel tan cerca de mí, tentadora, prometiéndome más...

En ese preciso momento, se escucharon pasos fuera de la habitación y volvimos a la realidad. Retiró la mano de inmediato y la vi sonrojarse.

Se puso en pie como un autómata; yo me volví y alcancé a ver a uno de mis empleados atravesar el pasillo frente a la puerta. Ni siquiera habían mirado dentro para vernos juntos, pero aun así, el aire parecía pesado, como si nos hubieran encontrado in fraganti.

–Debería irme –murmuró.

–Morgan, espera... –imploré sin éxito: ella ya se dirigía hacia la puerta, buscando poner la mayor distancia posible entre los dos. Aún podía sentir el calor de su mano contra mi piel, pero el momento ya había pasado.

Y no sabía si había alguna forma de recuperarlo.

## Capítulo IX - Morgan

Me serví una copa de vino del mueble bar de la cocina, intentando tranquilizarme después de lo que acababa de ocurrir.

Podía sentirlo, la aspereza de su barba incipiente al tacto, la presión de su cara bajo mis dedos, la forma en que me miraba como si apenas pudiera creer lo que estaba pasando. Mi cabeza estaba hecha un lío, y mi cuerpo aún más, mientras intentaba comprender lo que acababa de ocurrir.

Verlo de rodillas frente a mí así era... embriagador. Apasionante. Sentí un calor en mi interior que nunca había sentido antes en mi vida, era más que un simple flechazo: deseo, deseo puro y duro. No sabía cómo manejarlo, cómo controlarlo, si es que se podía, pero iba a tener que encontrar la manera si quería quedarme aquí más tiempo.

Joder. ¡Joder, joder, joder! Me había prometido a mí misma que no iba a dejar que los restos de mi enamoramiento se apoderaran de mí, pero, por la forma en que me había mirado, supe que ya no me veía como la molesta hermana pequeña de su amigo. No, me veía como la mujer que era ahora. Y esa mujer... Esa mujer lo deseaba. Y mucho.

La disyuntiva era tremenda. Había estado allí, delante de mí, ofreciéndome el control que tanto había deseado durante tanto tiempo. Después de que me empujaran y tiraran de mí durante toda la vida, en ese momento todo me había quedado claro. Yo podía tomar las decisiones. Podía elegir cómo seguir. Sabía que él habría hecho cualquier cosa que yo le hubiera pedido, cualquier cosa, y deseaba tener el valor de averiguar hasta dónde llegaba eso, pero...

Pero era demasiado peligroso. Si me acostaba con él, si me acercaba así a él, todo se complicaría un millón de veces más. Si Gregor lo descubría –cuando lo descubriera, porque siempre me parecía capaz de hacerlo–, destruiría a Alex. Quizás a mí también. Y a mi familia.

Y, sin embargo, mi cuerpo lo pedía a gritos de una forma que nunca antes había sentido. De maneras que tal vez nunca volvería a sentir. Era posible que nunca volviera a tener la oportunidad de estar tan cerca de otro hombre, no cuando Gregor volviera a ponerme las manos encima. ¿Realmente quería dejar pasar la oportunidad? Esta podría ser mi única chance de ceder al deseo que palpitaba en mi interior. Había perdido tanto, sacrificado tanto, renunciado a tanto por todos los que me rodeaban. ¿No podía ser egoísta solo esta vez, solo esta vez?

Bebí un sorbo de vino, y su sabor penetrante y pleno se apoderó de mi lengua mientras pensaba cuál era la mejor forma de actuar. En realidad, si quería ser sensata, debería haberme ido a la cama, envolverme en las sábanas y dormirme, y despertarme mañana por la mañana sin recordar nada de lo ocurrido y dejar atrás de una vez por todas la intensa necesidad que tenía de aquel hombre.

Pero no iba a desaparecer así como así. Había solamente una manera de sacarlo de mi sistema.

Y si no me arriesgaba ahora, no lo conseguiría nunca.

Bebí varios tragos de vino para infundirme un poco de coraje líquido. Sabía dónde estaba su habitación y tenía que llegar hasta él ya mismo. Sentía que existía un imán en lo más profundo de mí, exigiéndome que lo buscara, que redujera la distancia que nos separaba.

Subí las escaleras levantando el dobladillo del camisón que me habían dejado en el montón de ropa de mi habitación. Me sentía como un fantasma, casi como si me observara desde fuera de mí misma mientras actuaba. Sabía que era peligroso, que era imprudente, pero lo deseaba. Lo necesitaba.

Lo necesitaba.

Llegué ante su puerta y dudé un momento antes de abrirla de un empujón. Era mi última oportunidad de echarme atrás, de olvidar que había venido aquí y escapar, pero no quería... No, no podía. Golpeé la puerta tan silenciosamente que no estaba segura de que él pudiera oírme.

Pero debía de estar esperándome, porque un momento después la puerta se abrió y allí estaba él, de pie al otro lado. Desnudo de nuevo de la cintura para arriba, listo para irse a la cama, con el pelo oscuro suelto alrededor de la cara y los ojos clavados en los míos, como si le costara creer que yo estuviera realmente allí.

–Morgan –murmuró–, ¿qué estás...?

Pero antes de que pudiera pronunciar otra palabra, me acerqué y planté mis labios sobre los suyos.

Ese beso... Oh, ese beso. Fue todo lo que siempre había soñado de un primer beso, un primer beso de verdad, una explosión entre dos personas que se unen porque necesitan hacerlo y un calor imposible los recorre a los dos a la vez. Me agarró con fuerza de la cintura, acercándose a él con un hambre voraz que dominaba también cada

centímetro de mi propio cuerpo.

Me arrastró dentro de la habitación, me cogió la cara con las manos y me miró a los ojos como si no pudiera creer lo que estaba pasando.

–¿Estás bien? –me preguntó, y yo asentí, pasando las manos sobre su pecho vigoroso, maravillada de lo bien que se sentía ahora mismo bajo mi tacto.

–Te necesito, Alex –le confesé y las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. “Necesidad” no parecía una palabra lo bastante fuerte como para explicarle lo que realmente pasaba por mi cabeza, pero era la que tenía más a mano en este momento.

–¿Estás segura? –murmuró, pasándome los pulgares por las mejillas. Volví a asentir.

–Nunca... Nunca he hecho esto antes.

Sorprendido, abrió los ojos como platos.

–¿Nunca? –repitió después de mí, asegurándose de que me había oído bien. Me mordí la boca y negué con la cabeza.

–Nunca –respondí–. Sé que debe parecer raro...

–No es para nada raro –me dijo con resolución. Pude ver algo en su expresión, un halago, tal vez alegría de que hubiera decidido que él iba a ser mi primer hombre, después de toda esta espera, de todo este tiempo. Nada me apetecía más que dejar que por fin ocurriera, pero necesitaba saber que iba a ser yo quien llevara la voz cantante. Había esperado tanto tiempo este momento y quería que fuera exactamente así.

Quería que me mirara como lo había hecho cuando estaba arrodillado en el suelo delante de mí, con sus ojos clavados en los míos, como si hubiera hecho cualquier cosa que le hubiera pedido en ese momento. Eso es lo que necesitaba. Eso era lo que ansiaba, más que nada, y por la expresión de su cara me di cuenta de que estaba dispuesto a darme exactamente lo que quería.

–Dime cómo quieres que sea esto –murmuró mientras cerraba la puerta tras de mí. Mi cabeza daba vueltas con todas las posibilidades. Nunca había estado en esa posición, nunca había tenido la oportunidad de explorar mi deseo tan profundamente. De hecho, había hecho todo lo posible por reprimirlo durante mucho tiempo, por ignorarlo para que no me causara problemas. Pero mi cuerpo me pedía algo, una plenitud que nunca antes había sentido, y tenía la intención de regalársela por fin.

–Quiero... que estés en la cama –susurré, asombrada de lo fácil que me resultaba darle órdenes. Se acostó como si yo estuviera tirando de los hilos de una marioneta, deslizándose sobre las sábanas. Di un paso hacia él, de pie sobre él, mirándolo, comiéndome con los ojos su hermoso cuerpo masculino, que estaba listo para mí, esperándome. Ahora mismo habría hecho cualquier cosa que le pidiera.

Ya podía ver cómo se le movía la polla bajo el pantalón, clara señal de lo excitante que le parecía aquello, de lo mucho que me deseaba. Me mordí la boca, con un arrebato de excitación palpitando entre mis muslos, y me subí a la cama frente a él, cogiendo sus pantalones desde la cintura y bajándoselos lentamente.

Pensé que iba a estar nerviosa al hacerlo por primera vez, pero, para mi sorpresa, desnudarlo me dio una sensación de control que nunca había sentido en mi vida. Por fin era yo la que mandaba. Se terminó de quitar los pantalones de una patada y se quedó acostado delante de mí. Su polla se puso dura mientras yo me arrodillaba frente a él, absorbiéndolo todo.

Dejé escapar un suave suspiro de satisfacción y le pasé las yemas de los dedos por el pecho, rozando la parte superior de sus fuertes hombros y brazos. Llevó sus manos a mis muñecas, rozándome la piel, y sentí una oleada de atracción recorriendo mi cuerpo. Estar tan cerca de él cuando estaba así me excitaba de una forma totalmente nueva para mí. Era como si cada nervio de mi cuerpo finalmente se encendiera por primera vez, enviando todo tipo de señales mientras yo decidía qué hacer a continuación.

–Estás tan jodidamente buena –gimió, mientras me metía una mano en el pelo y me masajeaba el cuero cabelludo. Cogí su mano, entrelazando mis dedos con los suyos, y la empujé sobre la cama con fuerza.

–Esto se hace como yo diga, ¿te acuerdas? –dije juguetonamente. No es que sus caricias no me pusieran a cien, pero para que esto fuera tan perfecto como yo necesitaba que fuera, quería llevar la voz cantante. Sonrió y yo me moví ligeramente hacia delante para sentarme a horcajadas sobre él. Su polla se agitaba contra mí, ansiosa por penetrarme. El corazón me latía con fuerza en el pecho; los nervios y la excitación me recorrían desde la punta de los dedos hasta la planta de los pies.

Me subí el larguísimo camisón y dejé al descubierto la parte de debajo de mi cuerpo desnudo. Dejó escapar lo que pareció un gruñido de placer al verme por primera vez. Sus ojos se deslizaron por mi vientre hacia la pálida mata de pelo de mi pubis. Sentía la resbaladiza humedad en el interior de mis muslos, mi cuerpo ya sabía qué hacer y cómo

hacerlo, y volví a moverme para quedar flotando a unos centímetros sobre él.

Volví a enlazar mis dedos con los suyos para ponerle las manos sobre la cabeza y sostenerlo en esa posición. Me miraba como si fuera una diosa; se hubiera arrodillado para adorarme si se lo hubiera pedido. Y fue con esa idea en la cabeza, con ese pensamiento excesivo, que dejé caer el peso de mi cuerpo sobre él por primera vez.

El dolor de mi cuerpo estirándose a su alrededor me sorprendió al principio, pero un momento después se suavizó y se convirtió en otra cosa. Me moví hacia abajo, balanceando las caderas lentamente mientras me acostumbraba a sentirlo dentro de mí. Era como si mi cuerpo hubiera estado esperando este momento, rogando por él, suplicando por el instante en que él entrara en mí por primera vez. Dejó escapar un profundo suspiro, cerrando los ojos un momento, pero yo no podía soportar no tener su mirada clavada en mí ni un segundo.

–Mírame –exhalé, sorprendida de lo autoritarias que sonaban las palabras que salían de mi boca. Abrió los ojos y los fijó en mí, y empujé hacia abajo los últimos centímetros para recibirlo todo dentro de mí.

–Joder –gimió. Me encantaba oírlo así, oírlo entregarse a mí tan completamente, sabiendo cuánto placer le estaba dando y consciente de que no podía controlarse, de que ni siquiera podía acercarse.

Me quedé quieta allí unos instantes, dejando que la sensación me recorriera, que mi cuerpo se acostumbrara a ella, y luego empecé a moverme, deslizándome hacia arriba y abajo, experimentando cómo se sentía dentro de mí y cómo podía utilizarlo para llegar al límite y a la liberación que tanto ansiaba.

Me miró fijamente, con los ojos oscuros de deseo, y yo me incliné para besarle de nuevo, con mi pelo cayendo sobre su cara y creando un caos en el que los dos nos perdíamos. Separé un poco más las piernas, dejando que nuestros cuerpos se unieran por completo, asombrada de lo bien que parecía encajar en mí, como si hubiera sido hecho para mí, como si hubiéramos sido hechos el uno para el otro.

Volví a colocarme derecha encima de él y el cambio de ángulo alcanzó un punto totalmente nuevo dentro de mí. Grité, la conmoción del placer que me recorría de golpe era de un tipo totalmente nuevo, algo que nunca había experimentado en mi vida.

–Te ves tan jodidamente bien encima de mí –murmuró, y yo lo miré con ojos sombríos, con las manos en su pecho para afirmarme mientras empezaba a moverme encima de él. No intentaba actuar para él, no intentaba hacer lo que creía que debía



hacer. Estaba concentrada en lo que me hacía sentir bien en ese momento, en cuánto deseaba llevarme a mí misma al límite.

Y, a juzgar por la expresión de su cara y los ruidos que hacía, estaba segura de que a él también le estaba gustando. Empezó a moverse dentro de mí, deslizándose hasta el fondo, metiéndose dentro de mí como si no pudiera saciarse. Sentía que el interior de mis muslos empezaba a crisparse ligeramente, mi cuerpo ansiaba llegar al límite y alcanzar la liberación que tanto ansiaba. Los ángulos de mi visión empezaban a nublarse, todo mi sistema se tensaba y apretaba y empujaba, empujaba, empujaba hacia el límite...

Hasta que, finalmente, me golpeó. Grité cuando la conmoción por fin se apoderó de mí y el orgasmo que llevaba tanto tiempo deseando estalló en mi cuerpo. Me aferré a su polla, apretando mis muslos contra él con fuerza, metiéndomela tan hasta el fondo como fuera posible. El placer hormigueaba en todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo y, a pesar de todo, lo único en lo que podía concentrarme era en él: sus ojos, que me miraban como si yo fuera algo sagrado, y la sensación de que se movía cada vez más dentro de mí hasta que alcanzó su propia liberación, enterrado por completo dentro de mí.

–Oh, así –gruñó, agarrándome por las caderas y tirando de mí con fuerza, como si no pudiera saciarse de mí. La plenitud era casi más de lo que podía soportar, pero de la mejor manera posible, mi cuerpo empujó hasta el límite mientras encajaba cada centímetro de él dentro de mí.

Pero fue algo más que la cercanía física, fue algo mucho más profundo que eso. Cuando me desplomé sobre él, supe que le había dado algo que nunca podría compartir con nadie más. Algo que tampoco hubiera querido compartir con nadie más. No podía creer que hubiera sucedido así, pero acababa de perder mi virginidad con Alex Caroni, mi amor de la infancia, el hombre que había despertado en mí el deseo real.

Y me emocionó saber que había tenido el control de todo por completo, aunque solo fuera por un momento. Gregor nunca podría obtener esto de mí ahora, nunca sería el primero. Yo era la que había tomado las decisiones sobre mi propio cuerpo de la forma en que siempre lo había deseado y nada iba a cambiar ese hecho.

Lentamente, se separó de mí y me rodeó la cintura con los brazos. La calidez de su abrazo me devolvió a la tierra de la forma que necesitaba en aquel momento.

–¿Estás bien? –me preguntó con suavidad.

–Más que bien –aseguré, y giré la cabeza para besarle una vez más.

## Capítulo X - Alex

Tardé un momento en comprender qué me había despertado.

¿Morgan? La miré, pero seguía dormida a mi lado, en el mismo lugar donde la había visto antes de quedarme dormido. Su camisón se extendía a su alrededor y su cabello parecía brillar como un halo dorado.

¿Quizás otro ruido en la casa? Forcé mis oídos a prestar más atención, pero no pude distinguir gran cosa. Pensándolo bien, no escuchaba nada. El pánico se apoderó de mí. ¿Silencio en este lugar? No era lo normal. Lo normal era que hubiera al menos algunos guardias hablando, patrullando, haciendo algo.

Y entonces me di cuenta de lo que me había despertado: el fuerte y áspero olor a humo que me ahogaba la nariz. Me incorporé de golpe y miré a mi alrededor. Por debajo de la puerta podía ver la luz parpadeante de las llamas en el pasillo.

–¡Mierda! –salté de la cama, cogí la pistola que guardaba en la mesilla y me puse la camisa y los pantalones. Morgan se despertó con el ceño fruncido.

–¿Qué pasa? –murmuró, pero al instante percibió el humo.

–Tenemos que salir de aquí ahora mismo –le dije con urgencia, tendiéndole una camiseta y unos pantalones de mi armario. Sabía que no eran de su talla, pero eso era lo de menos ahora mismo. Necesitábamos alejarnos cuanto antes de esta habitación. Alguien había atacado la mansión y ya tenía una idea bastante clara de quién había sido.

Se levantó de la cama y yo abrí la puerta de una patada. Junto a una de las ventanas había una botella rota con fuerte olor a alcohol, un cóctel molotov destinado a quemar el lugar desde adentro.

–¡Guardias! –grité con todas mis fuerzas–. ¿Quién está de turno? ¡Pasen lista, ahora!

Pero antes de que llegara la respuesta, se oyó un disparo en el piso de abajo. Corrí hacia la barandilla para mirar el vestíbulo y el espectáculo me dejó helado. Sí, mis guardias estaban allí, pero muertos. Cinco hombres, todos armados y con máscaras antigás, los habían hecho formarme y los habían ejecutado. Este ataque había sido planeado al detalle, y era claro que Morgan y yo no íbamos a poder salir de la casa sin entrar en combate.

¿Pero pensaban que la iba a entregar tan fácilmente? Ah, craso error, no sabían lo que les esperaba. Volví corriendo al dormitorio, donde Morgan me aguardaba temblando.

–Toma, cúbrete la cara con esto –le ordené, dándole una chaqueta que estaba colgada detrás de la puerta–. Aléjate de la puerta todo lo que puedas hasta que te llame, ¿vale?

–Vale..., vale.

–No te va a pasar nada –le prometí, con su cara entre mis manos y mirándola directamente a los ojos llenos de miedo. Le di un beso rápido antes de correr de nuevo hacia la puerta, apoyando la espalda contra la pared más alejada de las llamas, que para entonces empezaban a acercarse al marco de la ventana. Había una salida, al otro lado del balcón que rodeaba el vestíbulo, pero no podríamos llegar hasta allí sin que los hombres del vestíbulo nos vieran.

Había una sola opción: eliminar a cuantos pudiera.

Me escabullí hasta el borde del corredor que daba al primer piso y el calor de las llamas hizo que me cayeran gotas de sudor por la cara. No faltaba mucho para que el fuego se extendiera y consumiera el resto de la casa, pero ahora no tenía tiempo para pensar en eso. Ninguno de mis empleados pasaba la noche aquí, así que al menos no tenía que preocuparme por ellos. La única persona en la que tenía que pensar ahora era en ella.

Comprobé que el arma estaba sin el seguro y cargada, y le apunté al hombre que parecía estar a la cabeza del grupo. Aún no me habían visto, pero en cuanto disparara, les anunciaría mi presencia. Respiré hondo, apunté el arma a la nuca del tío y apreté el gatillo.

El ruido fue ensordecedor, pero le di. El hombre se desplomó en el suelo; un charco de sangre y sesos se extendió por el suelo de madera pulida.

–¡Morgan, vamos! –grité, rogando que pudiera oírme. Teníamos que aprovechar la confusión para salir de aquí. Me agaché mientras llovían balas en mi dirección, y Morgan salió corriendo descalza del dormitorio y llegó a mi lado, manteniéndose agachada.

–Detrás de mí. Mantente agachada y detrás de la barandilla.

Las rendijas entre los balaustres de la barandilla no nos garantizaban seguridad

alguna, pero no nos quedaba otra opción que esperar que el humo y el caos crearan la confusión suficiente para que pudiéramos escapar. Conduje a Morgan lo más rápido y silenciosamente que pude por el borde del corredor, manteniéndonos agachados detrás de los grandes bustos que mi padre había hecho colocar allí; uno de ellos se hizo añicos junto a mi cabeza y Morgan chilló.

–¡Están ahí arriba! –gritó uno de los hombres. Me asomé desde detrás del busto de mármol y lo vi señalar en nuestra dirección, pero ninguno de los otros nos había visto.

–¿Dónde? –respondió otro, pero antes de que pudiera darse la vuelta, apunté la pistola y disparé. No estaba en mis planes darle la oportunidad de que nos descubriera. La bala le dio de lleno en el pecho, haciéndole saltar por los aires y estrellarse contra uno de los pilares que había detrás.

–¡Vamos! –le susurré a Morgan y la cogí de la mano mientras corríamos hacia el otro extremo del balcón. Sentía la adrenalina palpitando en mi pecho, la sangre latiendo en mi cabeza, pero solo podía pensar en una cosa: mantenerla a salvo. Tenía que mantenerla a salvo.

Una bala silbó sobre nuestras cabezas y una segunda astilló la barandilla a nuestro lado, pero logramos llegar al otro lado. Empujé a Morgan delante de mí hasta los escalones que daban al jardín y la envié escaleras abajo, hasta la hierba empapada de rocío.

–¡Vamos, vamos! –dije, señalando la puerta de piedra en el extremo del jardín amurallado. No era fácil detectarla si no sabías de antemano que existía y tenía la esperanza de que fuera nuestra carta de triunfo para salir de aquí.

Miré por encima del hombro hacia la casa mientras corría detrás de Morgan y supe que esta era la última vez que vería esa mansión en pie. El humo se asomaba por varias ventanas; habían lanzado sus bombas incendiarias en todos los rincones para forzarnos a salir. La mansión quedaría reducida a cenizas en cuestión de horas, y estaba seguro de que pasarían mucho tiempo rebuscando entre los restos para confirmar que habíamos estado allí cuando se había derrumbado por fin. No sabía si el castigo iba dirigido a Morgan, a mí o a los dos, pero no me iba a quedar a averiguarlo.

Morgan corrió descalza sobre la hierba hasta que llegamos a la puerta de piedra. La empujé para abrirla y miré a mi alrededor para asegurarme de que no hubiera nadie que pudiera atraparnos antes de salir. No había moros en la costa.

–Tenemos que ir al garaje –le dije apresuradamente–. Allí hay una llave de

repuesto para uno de los coches. Vamos.

Pero ella se había quedado petrificada observando lo que quedaba de la casa. Las llamas se reflejaban en sus ojos desorbitados, vidriosos; claramente, la conmoción comenzaba a golpearla.

–Alex, yo...

–Habla de esto cuando estemos a salvo –le prometí, cogiéndole la mano y apretándosela con fuerza–. Vamos, tenemos que irnos ahora mismo.

## Capítulo XI - Morgan

Apoyé la cabeza en el frío cristal de la ventanilla del coche y me quedé mirando los vehículos que transitaban a toda velocidad por la autopista.

No me podía creer lo que había pasado. Todavía estaba tratando de comprender esta catástrofe imposible. ¿Cómo podía empezar a entender los hechos? Me había despertado con Alex maldiciendo, cogiendo su pistola y sacándome de la cama; el olor a humo me había invadido y luego lo había hecho la imagen de aquellos cuerpos esparcidos en el suelo del vestíbulo. Nunca antes había visto un cadáver, pero esta noche había visto más de los que la mayoría de la gente vería en el transcurso de toda su vida.

Y ahora estábamos huyendo. Hacia dónde, ni la más remota idea, pero teníamos que alejarnos lo más posible de la mansión de Alex. Gregor nos había encontrado, había descubierto la identidad de mi secuestrador. ¿Su plan era matarme esa noche? ¿Se había enterado de que me había acostado con Alex y esta era su forma de castigarme? Siempre había tenido la sensación de que tenía ojos en todas partes y me estremecí ante la idea de que supiera lo que había hecho, aunque estaba segura de que era imposible.

Alex me cogió la mano y se la llevó a los labios para besarla.

–Oye, estás bien, Morgan –murmuró–. Estás bien.

Quería creerle, de verdad, pero no estaba segura de poder hacerlo, no después de lo que había visto hoy. Siempre había sabido que Gregor era un hombre violento, un hombre dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguir lo que quería, pero, al mismo tiempo, nunca había imaginado que llegaría tan lejos. ¿Incendiar una casa con gente dentro? ¿Ejecutar de esa forma a los guardias de Alex? No quería ni pensar lo que podría haber pasado si todos sus empleados hubieran estado allí porque el horror me estremecía. Se suponía que no debía permitir que estas muertes me afectaran, pero ¿cómo evitarlo?

Si Alex no se hubiera enterado de la boda, si no hubiera descubierto que me había casado con Gregor, nada de esto habría ocurrido. Todo era culpa mía, no cabía duda, y eso me horrorizaba. Yo era la razón de toda la violencia, de todas las muertes, y estaba segura de que este no era el último episodio del horror.

El shock fue tremendo después de la emoción intensa con la que me había quedado dormida, después de haberme entregado por fin a Alex. Esa noche había sido mejor de

lo que me había imaginado, mejor de lo que podría haber pedido, y quería volver a sumergirme en la sensación de apoyar la cabeza contra su pecho, embriagarme con su olor y perderme en la intensidad de esa cercanía.

Fui ingenua al pensar que ese placer iba a durar un solo instante más. Alguien como Gregor nunca iba a dejarme escapar tan fácilmente, por mucho que yo quisiera que me dejara en paz. Él había decidido que yo le pertenecía y eso significaba que haría cualquier cosa para arrastrarme de nuevo a sus garras.

Había perdido la noción de cuánto tiempo llevábamos conduciendo; ya empezaba a ver el cansancio en los ojos de Alex. No creo que fuera capaz de siquiera imaginarme lo terrible que había sido para él ver la casa de su familia destruida de esa manera. ¿Empezaba a arrepentirse de haberse hecho el héroe, de haber acudido en mi auxilio? ¿Le había valido la pena? Quería preguntárselo, pero no estaba segura de querer saber la respuesta. Quizás me resultara demasiado dolorosa.

A un lado de la autopista, a las afueras de Nueva York, apareció un motel de mala muerte con un cartel de vacante parpadeando sobre el aparcamiento. Alex detuvo el coche y me ayudó a salir mientras yo me aferraba a él con todas mis fuerzas.

–¿Crees que estaremos seguros aquí? –le pregunté nerviosa. Parecía demasiado expuesto, demasiado cerca de la carretera. Cualquiera hubiera podido vernos entrar.

–Es la mejor opción que tenemos por ahora –me respondió, apretándome la mano para calmarme. Qué hubiera hecho si él no hubiera estado allí conmigo. Aunque me había casado con Gregor, yo no formaba parte de este mundo, no realmente, y enfrentarme a tanta violencia sangrienta me había llenado de un terror tan intenso que me tenía petrificada. Si antes pensaba que perder a mi padre había sido difícil, esa sensación apenas se registraba comparada con lo que sentía en ese momento.

Alex reservó una habitación, pagando en efectivo. En el coche llevaba una bolsa de emergencia, con un teléfono y algo de dinero, para sobrevivir durante algunos días. Yo no hubiera pensado en hacer preparativos de esa índole, pero supuse que tenía sentido que él estuviera listo para escapar en cualquier momento.

Llegamos a la pequeña y destartada habitación a la que íbamos a llamar hogar en el futuro inmediato, y Alex cerró la puerta tras nosotros, comprobando dos veces que la llave estaba echada. Apenas percibía mi propio cuerpo cuando me senté en el borde de la cama; era como si estuviera flotando fuera de mí misma, mirándome desde el exterior mientras intentaba averiguar cómo me sentía realmente.



–¿Estás bien? –preguntó Alex acercándose. Se agachó entre mis piernas y me puso las manos en las rodillas. Su contacto me trajo de nuevo a la realidad y mi mente empezó a recobrar algún sentido. Abrí los ojos muy grandes y negué con la cabeza.

–Necesito hablar con mi familia –dije de pronto–. Joder, mi madre, mi hermano... ¿Y si Gregor los ataca? ¿Y si ya lo ha hecho?

Alex me apartó el pelo de la cara con un gesto tierno y cariñoso.

–Puedes llamarles. ¿Te sabes el número de memoria?

–Claro que sí –le contesté. Me pasó el teléfono y marqué el número de mi madre con manos temblorosas. Me lo acerqué al oído, rezando en silencio por que alguien me respondiera. Por favor, por favor, por favor...

Después de que sonara varias veces, mi madre respondió con voz somnolientas.

–¿Hola?

–¡Mamá!

–¡Morgan! –exclamó asombrada–. ¿Eres tú? Cariño, ¿estás bien?

–Estoy bien –le dije, con un nudo en la garganta.

–¿Dónde estás? ¿Qué pasa? Gregor nos dijo... Vino y nos dijo que te habías ido. Que alguien te había secuestrado. ¿Qué...?

Podía percibir el miedo en su voz y odiaba que se hubiera preocupado tanto por mí, pero no había forma de compartir con ella más información de la que ya tenía. Conocía a mi madre y lo mucho que quería ayudar, y si creía que tenía información que podría mantenerme a salvo, la habría compartido con Gregor sin pensarlo, por mucho que detestara al tipo.

–Estoy bien, mamá. Estoy a salvo. Eso es todo lo que necesitas saber.

–¿En serio? –presionó–. Suenas... asustada.

Me mordí la boca con fuerza, conteniendo las lágrimas. Siempre se daba cuenta de que me pasaba algo; no tenía sentido intentar ocultárselo.

–Estoy bien –repetí, con la esperanza de que esta vez me creyera–. Sé que han pasado muchas cosas y... perdona que no pueda contarte más.

Alex se sentó a mi lado y me pasó un brazo sobre los hombros. Ojalá pudiera decirle a mamá que estaba con él; siempre le había caído bien Alex y probablemente se

habría alegrado de saber que estaba involucrado en todo esto.

–Júrame que estás bien –me dijo–. Júramelo, cariño. Necesito escucharlo de tu boca.

–Estoy bien, mamá –contesté, y ella soltó un largo y tembloroso suspiro. No la estaba convenciendo del todo, pero algo era algo. Un comienzo, al menos.

–Necesito que me escuches –le dije apremiante–. Tienes que salir de la ciudad, de Nueva York. Tú y Leo. Tan pronto como podáis, ¿vale?

–¿Qué dices? –preguntó confundida.

–No importa adónde vayas, pero debes salir de la ciudad por un tiempo. Algunos días, tal vez. ¿Puedes hacer eso por mí?

–Tienes que decirme por qué –replicó, terca como siempre. Al igual que yo, llevaba demasiado tiempo escuchando las excusas de mi padre como para confiar de buenas a primeras en cualquier cosa que le decían y siempre exigía una razón para actuar.

–Porque me preocupa que Gregor pueda ir a por ti y Leo –le confesé–. Él... Él me está buscando. Y he visto... he visto lo suficiente para saber que va a hacer lo que sea para conseguir lo que quiere.

–Pero no sabemos nada.

–Eso no va a detenerle –le advertí, con una punzada en el pecho al pensar en lo aterrador que tenía que ser esto para ella. Como si no hubiera pasado ya por bastante...

Respiró hondo con un temblor y la estática se apoderó de la línea. Me di cuenta de que estaba tratando de serenarse, buscando una manera de lidiar con esta situación. Al menos estaba segura de que me creía, de que me tomaba en serio.

–Bueno, nos iremos de la ciudad –me prometió–. Lo haremos, cariño.

–Gracias –respondí, exhalando un largo suspiro de alivio al oír esas palabras salir de su boca. Tenían que permanecer a salvo. Nunca habría sido capaz de perdonarme si le sucedía algo a cualquiera de los dos porque yo había elegido no volver con Gregor.

–Pero dime una cosa –insistió–, antes de cortar.

–Lo que quieras.

–Estás... Estás mejor sin él, ¿no? Lejos de él, quiero decir.

–Muchísimo mejor. Lamento haber tenido que causar todos estos problemas...

–Si estás feliz ahora, no son problemas. Sabes desde siempre que nunca quise que tuvieras que pasar por esa boda. Te mereces tu propia vida. No una en la que tengas que intentar enmendar constantemente todo el daño que hizo tu padre.

Apreté los labios, conteniendo las lágrimas de nuevo. Quería darle un abrazo gigante y que me dijera que todo iba a salir bien, aunque ninguna de las dos lo creyera realmente. Ella era la única persona que podía hacerme sentir así de segura, pero ahora era ella la que tenía que depositar su confianza en mí y estaba muy agradecida de que estuviera dispuesta a hacerlo.

–Tengo que cortar, pero te llamaré de nuevo tan pronto como pueda, ¿vale?

–Vale, cariño. Te quiero.

–Yo también te quiero –le susurré, y colgué el teléfono antes de que me oyera soltar todo el llanto acumulado.

## Capítulo XII - Alex

Me tumbé en la cama, mientras escuchaba el agua de la ducha correr en el cuarto de baño, intentando recuperar mínimamente el aliento después de todo el caos que había traído ese día.

Todavía estaba intentando dimensionar los alcances de todo lo que había ocurrido. Aún me parecía una locura, una de esas que carecen totalmente de sentido. El ataque a la casa, sacar a Morgan de allí, ver a mis hombres muertos en el suelo y saber que quien estaba detrás de todo esto probablemente seguía pisándonos los talones... Era mucho que asimilar, mucho en lo que pensar.

La televisión estaba encendida, pero apenas podía prestar atención a lo que estaban pasando. En mi mente se repetía una y otra vez la conversación que Morgan había mantenido con su madre, sus súplicas para que se pusiera a salvo. Yo había perdido a mi madre hacía años, cuando era niño, y no podía imaginarme lo duro que debió de ser para ella saber que su familia estaba en peligro por haber tomado la decisión de alejarse de Gregor en lugar de darle a ese monstruo lo que quería.

Desde el momento en que había decidido rescatarla sabía que no iba a ser fácil. No soy estúpido y conocía a la perfección las “habilidades” de Gregor, de lo que era capaz. Estaba al tanto de las historias que circulaban en el mundillo de la mafia, pero nunca había ponderado la posibilidad de que el tipo desatara toda su ira contra mí.

Supongo que una parte de mí no podía entender la realidad de lo que Gregor quería obtener de Morgan, hasta dónde estaba dispuesto a llegar para conseguirlo, a pesar de a que ella claramente le daba asco la idea. ¿Cómo era posible que un hombre ejerciera violencia de esa forma sobre una mujer para someterla a su voluntad? ¿O acaso le calentaba saber que ella no tenía más remedio que aceptarlo? Me resultaba totalmente repugnante imaginarlo.

Mi intención había sido que Morgan escapara de esa situación, pero ¿a qué precio? Esa era la pregunta que tenía que hacerme. ¿Y era un precio que estuviera dispuesto a pagar? Sentía una conexión real, algo en ella me atraía. Y era algo que iba más allá de la mera atracción física, era más profundo que eso. La conocía desde hacía mucho tiempo; sentía que era mi deber protegerla y alejarla de la pesadilla en la que se había visto envuelta. Se merecía algo mejor. Siempre se lo había merecido.

Pero ¿y el precio que posiblemente pagara también su familia? Morgan tenía razón

cuando decía que Gregor podía lastimar a su madre o Leo. Ese monstruo era capaz de cualquier cosa a su alcance para someterla y, si eso significaba atacar a su familia, pues mala suerte. Morgan actuaba correctamente negándose a darles más información de la estrictamente necesaria, pero, al mismo tiempo, no tendrían nada que ofrecerle a Gregor si llegaba a interrogarlos. Y qué iba a hacer él ante esa negativa...

Mi mente se llenó de preguntas, pero no habría respuestas pronto. El agua silenció su murmullo y, unos instantes después, Morgan salió envuelta en una toalla y con una expresión extraña en el rostro.

–¿Cómo te encuentras? –le pregunté mientras se empezaba a secar el cabello.

–Un poco mejor, ahora que me he quitado el olor a humo del pelo.

Suspiró, se sentó a mi lado en la cama y cogió el cepillo que había en la mesilla. Se lo quité de las manos.

–A ver, déjame –le dije, y ella dudó un momento antes de dejarme empezar a peinarla. Me tomé mi tiempo para cepillarle el pelo húmedo lentamente y percibí cómo la tensión empezaba a desaparecer de sus hombros.

Por Dios, era tan jodidamente hermosa que casi dolía estar tan cerca de ella y no intentar seducirla. Pero, a juzgar por nuestro encuentro de la noche anterior, todo funcionaba mejor cuando era ella la que tenía el control. Y entendía perfectamente por qué. Llevaba tanto tiempo siendo arrastrada de un lado a otro, obligada a desempeñar los papeles que otros querían que desempeñara, que por supuesto necesitaba un terreno donde pudiera mandar.

Y, si he de ser sincero, me encantó hacerlo así. Había algo en la forma en que me controlaba que me excitaba como ninguna otra cosa lo había hecho antes. Me había acostado con muchas mujeres a lo largo de mi vida, por lo general nunca habían sido nada serio, y nada se acercaba a lo que habíamos compartido la noche anterior. Verla usarme así, tomar exactamente lo que quería de mí, y ver la forma en que su rostro se transformaba de pleno placer... Podría haberme quedado mirándola gozar un día entero con sus veinticuatro horas.

La deseaba de nuevo, claro que sí, pero no iba a tentar la suerte en una situación tan intensa como la actual. No quería que se sintiera presionada, que sintiera que tenía que hacer algo que no quería. Soltó un breve suspiro cuando le pasé el cepillo por el pelo y vi que se le ponía la piel de gallina.

–Eso se siente muy bien –murmuró, mirándome por encima del hombro. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas y con solo observarla me di cuenta de su estado de ánimo.

–¿Sí? –respondí, pasando mis dedos por su pelo.

–Sí –susurró, dándose la vuelta para mirarme de frente. Me llevó la mano a la mejilla y me pasó el pulgar por el labio inferior, como había hecho la noche anterior.

–Yo... sé que esto es un poco loco –susurró, sacudiendo la cabeza–, pero no puedo dejar de pensar en lo que pasó anoche. No en el incendio, quiero decir en lo que pasó antes de eso, cuando... estuvimos juntos.

Sonreí y un sentimiento cálido se extendió en mi pecho. De modo que no era únicamente yo el que estaba obsesionado con lo que había pasado la noche anterior.

–Yo tampoco –admití.

–No puedo creer que por fin perdí mi virginidad –soltó una risita y, de repente, fue como si el estrés hubiera desaparecido de ella; como si lo único que le importara fuera estar aquí conmigo, ahora, sintiendo este calor y esta atracción entre nosotros.

–Todavía no puedo creer que fuera tu primera vez. Tienes un talento natural para esto, ¿sabes?

–¿Tú crees? –preguntó, agitando las pestañas. Bajé ligeramente la mano por su espalda, quitando la toalla que la envolvía de mi camino. Su piel suave y pálida se veía tan deliciosa que necesité toda mi fuerza de voluntad para no inclinarme y darle un mordisco.

–Sí –respondí, y ella se volvió hacia mí, deslizándose sobre mi regazo y rodeándome los hombros con los brazos. La miré y la absorbí con los ojos por completo, su pelo cayéndole sobre la cara y sus ojos azules fijos en mí.

–Estás jodidamente buena así, sentada encima de mí –murmuré, y ella inclinó la cabeza hacia un lado, sonriendo.

–Ya lo sé –soltó una risita y se acomodó encima de mí. Yo ya estaba empezando a excitarme y mis vaqueros se esforzaban por contener mi polla.

–Te estás poniendo chula –comenté, alzando las cejas.

–Tú me lo pones fácil –me contestó mientras levantaba lentamente la mano y apartaba la toalla. La vi dudar un poco y me di cuenta de que tal vez era la primera vez

que se mostraba a alguien completamente desnuda. La noche anterior se había dejado puesto el camisón, claramente nerviosa de que la viera desnuda por completo. Pero no tenía por qué preocuparse. La deseaba, cada parte de ella, más de lo que hubiera sido capaz de expresar.

Cuando por fin dejó caer la toalla, solté un largo gemido, con la polla ya doliéndome debajo los vaqueros. Respiró profundamente, apretándose contra mí, de modo que pude sentir las suaves curvas de sus pechos contra mí.

–¿Te gusta?

–Lo amo –exhalé apenas–. Esa palabra me pareció peligrosa, pero no había otra forma de explicar cómo me sentía mirándola ahora mismo: intoxicado, borracho, obsesionado. Habría hecho cualquier cosa que ella me pidiera, cualquier cosa.

–Quiero... follarte otra vez –dijo, y las palabras sonaban aún más sucias saliendo de su boca pequeña e inocente.

–Eso suena como un excelente plan en este momento –respondí, y ella se echó hacia atrás, inclinando ligeramente la cabeza en mi dirección.

–Quítate la camisa –me ordenó con voz juguetona pero segura– y desabróchate los pantalones.

Me quité la camisa sin dejar de mirarla. Me comió con los ojos como si estuviera muerta de hambre, recorriendo mi pecho con su mirada hasta llegar a mis pantalones y siguiendo los movimientos de mis manos mientras me los desabrochaba y me agarraba la polla, cada vez más dura. Sonrió apenas, con los ojos brillantes, como si la estuvieran invadiendo un millón de ideas en ese momento.

Bajó las manos para agarrarme la polla y dirigirla hacia su vagina. Podía sentir el calor que emanaba de ella incluso antes de penetrarla y su humedad prácticamente brillaba a la luz del cartel del motel. No me quitó los ojos de encima mientras se colocaba lentamente encima de mí, como había hecho la noche anterior, pero esta vez estábamos mucho más cerca, su cuerpo a escasos centímetros del mío, nuestros ojos clavados los unos en los otros, ambos incapaces de apartar la mirada o cortar el hilo por un segundo.

–Oh, joder –jadeó al sentir cómo la penetraba. Su calor y su humedad envolviéndome fueron casi suficientes para que me corriera en el acto, pero apreté las sábanas con las manos para distraerme y logré contenerme.

Se balanceó sobre mí despacio, tomándose su tiempo, como si estuviera saboreando cada momento. No podía dejar de mirarla ni un instante. Quería grabar en mi memoria para siempre la expresión de su cara para no olvidarla nunca más. Su expresión en ese momento estaba hecha de pura lujuria: quería devorarme a mordiscos, lo que más quería en el mundo era tenerme adentro de ella.

Me agarró las manos y se las llevó a las caderas, dándome permiso para tocarla, algo muy necesario, porque me estaba muriendo por tenerla entera. Agarrarla, sentir su cálida piel, era lo más cerca que podía estar de saciar ese deseo.

La agarré con fuerza y la mantuve firme mientras ella empezaba a balancearse sobre mí, como si estuviera probando lo que se sentía tenerme adentro de esta manera. Me rodeó la cintura con los brazos y nos acercó, apretando su pecho contra el mío para que pudiera sentir el constante latido de su corazón junto al mío.

–Se siente tan bien así –gimió en voz baja, llena de deseo. Cuando sabías que nunca antes había hecho algo que la excitara de esta forma, su pasión aparecía como algo puro y primitivo, potente. No estaba actuando a partir de sus experiencias en sus muchos otros encuentros; simplemente se estaba entregando a mí por completo, no en cuotas, y sin esconderse.

–No sabes lo bien que se siente, Morgan –murmuré, y ella se inclinó para besarme, metiéndome la lengua en la boca con voracidad. Le devolví el beso, saboreándola con los labios mientras sentía su cuerpo moverse contra el mío y los músculos de su interior empezaban a apretarme con más intensidad a medida que ella se acercaba cada vez más a la cima.

Me estaba estrujando con necesidad desesperada, llevándome cada vez más adentro hasta que sentí que ya no quedaba ni un centímetro de espacio entre nosotros. Deslicé las manos hacia su cintura para acercarla. Apoyé la cabeza en su hombro e inhalé su aroma. Quería perderme en ella, en lo jodidamente bien que se sentía.

Jadeó en mi oreja cuando se corrió, su cuerpo se convulsionó sobre el mío durante una fracción de segundo, cuando llegó al clímax y se liberó, y yo me enterré dentro de ella, manteniéndome firme para sentir su coño palpitando alrededor de mi polla. Su respiración se entrecortaba con cada jadeo, con breves gemidos que se escapaban de su boca como si no pudiera contenerlos. Y fue eso lo que me hizo correrme.

La penetré hasta el fondo y me mantuve allí, inclinando la cabeza hacia atrás para sentir la emoción de verla llegar y sentirme acabar dentro de ella. Me arañó la espalda; si



quedaban cicatrices, no me podían importar en lo más mínimo. Quería que me marcara. Quería un recordatorio de por vida de que esto era real, de que lo que teníamos era lo más real que existía en el mundo. Daba igual lo que pasara después, daba igual si alguien o algo intentaba interponerse entre nosotros; aquí, ahora, ella era mía y no iba a dejar que se me escapara de las manos.

La abracé mientras volvía a la tierra, consciente de que aún quedaban muchas cosas en el mundo real con las que teníamos que lidiar, pero también sabiendo, con la misma claridad, que lo que había entre nosotros era más importante que todo eso.

## Capítulo XIII - Morgan

Miré al hombre que dormía a mi lado y me mordí la boca.

No sabía si era buena idea hacer todo esto con él. No me ponía de acuerdo conmigo misma. Mi cerebro era un caos, un millón de pensamientos galopando a mil por hora. No tenía mucha claridad sobre la situación y me era imperioso encontrarle un sentido a todo esto.

Alex dormía a mi lado, su pecho subía y bajaba lentamente, y me pregunté cómo podía descansar tan plácidamente con todo lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor. Daba por sentado que estaba igual de asustado que yo, ¿o no? O tal vez no era tan así. Tenía mucho menos en juego que yo, mucho menos de lo que preocuparse, y no iba a pasar la noche en vela preocupándose por ello.

Yo tenía dudas sobre básicamente todo. Ojalá me atreviera a hacerle preguntas, pero no sabía ni por dónde empezar a expresar todo lo que había en mi mente. Tal vez por eso había vuelto a sentir ese deseo intenso por él, porque mi cerebro solo intentaba evadirse de la realidad: era más fácil acostarse con él que reconocer lo que se me pasaba por la cabeza.

Porque había una parte de mí, una parte de mí más dominante de lo que me hubiera gustado admitir, que me estaba diciendo que me levantara y me fuera ya mismo. Alejarme de Alex, volver con Gregor y someterme otra vez. Claramente, no deseaba hacerlo, pero sabía que este intervalo de libertad tarde o temprano llegaría a su fin: Gregor me encontraría y, cuando me volviera a encerrar en su casa, me haría pagar por cada minuto que había permanecido lejos de él.

O se cobraría esta nueva deuda con mi familia. Esa era la parte que más me preocupaba. Tenía que confiar en que mi madre me hubiera tomado en serio cuando le dije que abandonara la ciudad, pero ¿cómo podía asegurarme de que me había obedecido? Es más, incluso si lo había hecho, ¿cómo podía tener la certeza de que se hubiera ido lo bastante lejos y a la velocidad necesaria como para que Gregor no la siguiera? Era posible que ya la hubiera atrapado, que los hubiera atrapado a los dos. Y si eso había ocurrido...

No quería ni pensar lo que les haría. Los hombres ejecutados en la casa de Alex me habían forzado a ver en directo de lo que Gregor era capaz y me volvía loca la idea de que a mi familia pudiera ocurrirle lo mismo.

Si había aceptado casarme con ese monstruo, había sido para protegerlos. Porque no veía otra forma de mantenerlos a salvo del infierno al que él los arrojaría si no conseguía lo que quería. Y ahora Gregor había perdido el objeto de sus maquinaciones; ahora yo me le había escapado de las manos. ¿Qué posibilidades tenía mi familia de salir ilesa de esto? Gregor les haría pagar no solo por lo que había hecho mi padre, sino también por mis acciones...

Cerré los ojos con fuerza, tratando de alejar esos pensamientos de mi mente. Necesitaba pensar con claridad. Miré a Alex y le pasé la mano por sus suaves rizos. Sentí mis labios curvarse en una sonrisa antes de que pudiera evitarlo.

Me tumbé a su lado, observándole mientras dormía, con la luz parpadeante del cartel del motel bailando sobre su cara. No podía creer que realmente estuviera tumbada a su lado en la cama. Me gustaría poder volver atrás en el tiempo y enseñarle esto a mí yo más joven, decirle que al final sí que lo conseguimos. Nunca se me habría ocurrido que él deseara a alguien como yo y saber que lo hacía, saber que su deseo era real, era adictivo.

¿Y si le contara a esa versión más joven de mí todo lo demás que había pasado para que llegáramos a este punto? ¿Qué opinión tendría esa niña de mí? Apenas me atrevía a pensar en esa parte. Miré el anillo de boda que aún llevaba en el dedo. No me había atrevido a quitármelo, temerosa de lo que Gregor pudiera hacerme si me encontraba sin él. No merecía la pena correr el riesgo.

Pero simbolizaba que seguía encadenada a él. Atrapada con este hombre con el que no quería tener nada que ver. Mi vida robada; toda mi existencia dedicada a hacerle feliz. Lo detestaba más que a nadie que hubiera odiado en mi vida. Había tenido problemas con mi padre, por supuesto, pero al menos había sido capaz de ver que era un adicto que no pensaba con claridad cuando cometió todos los errores que destrozaron nuestra familia.

Pero Gregor pensaba con total frialdad. Sabía lo que hacía cuando me obligó a casarme con él. De hecho, lo disfrutó. Le encantaba saber que yo nunca me habría siquiera acercado a él si hubiera tenido la elección. Quería arrebatarme el control, que no tuviera más remedio que hacer lo que él mandaba.

Y era a eso a lo que volvería si decidía dejar esto de lado. Si me alejaba de Alex, que era la única persona que parecía capaz de protegerme del monstruo. ¿Podía hacerme algo así a mí misma después de todo lo que había pasado?

Follando con Alex, había empezado a darme cuenta de lo mucho que me gustaba tener el control. Cuando estaba encima, mirándole a los ojos, su mirada expectante mientras esperaba que le ordenara lo que podía o no podía hacer, era algo más que excitación lo que me recorría el cuerpo. Era mucho más que eso, algo más profundo, que no podría obtener de nadie más. Era la emoción de la libertad, de saber que yo tomaba las decisiones y de aprender cómo se sentía hacerlo después de haber estado tanto tiempo atrapada en un mundo comandado por otras personas y por lo que ellas creían que era lo mejor para mí.

Algo se agitó en mi pecho, una certeza que nunca antes había sentido. No podía dejar pasar esta oportunidad. No podía arrastrarme hasta Gregor y someterme nuevamente a su control. Ya no tenía la fuerza de voluntad para hacer algo así, no después de haber llegado tan lejos, no después de haber pasado por tantas cosas. Tenía que seguir luchando. Tenía que forjarme una vida, por difícil que fuera, por intimidante que me pareciera.

La cabeza me daba vueltas con las posibilidades que tenía ante mí. Había tantas cosas que podía hacer que apenas sabía por dónde empezar. Me había empeñado tanto en hacer lo que me habían exigido que ni siquiera me había permitido soñar con cómo sería mi vida si eligiera algo diferente. ¿Cómo iba a soñar? Hubiera sido demasiado peligroso dejar que mi mente se desviara hacia allí.

Pero aquí, ahora, casi podía saborearla: una vida que pudiera vivir a mi manera, una vida que no estuviera encorsetada por todo lo que la gente esperaba de mí. Eso era lo que quería, eso era lo que necesitaba. Me debía a mi misma elegir ese camino, vivir esa vida, y no otra.

Y, más que nada, le debía a mi familia asegurarme de que mi necesidad de vivir a mi manera no afectara su seguridad. Eso era lo más importante para mí en este momento.

Alex abrió los ojos un momento y sonrió somnoliento, tumbado a mi lado.

—¿Estás bien? —murmuró, con la voz un poco carrasposa por el sueño.

—Sí —murmuré después de un momento. Me di cuenta de que le estaba diciendo la verdad—. Sí, creo que sí.

—Qué bueno —respondió, y me estrechó entre sus brazos, apretando la cara contra mi cuello e inhalando profundamente, como si quisiera perderse en mi aroma. Le rodeé con los brazos y cerré los ojos con fuerza, prometiéndome a mí misma que encontraría la

manera de superar todas mis dudas por la mañana.

## Capítulo XIV - Alex

Regresamos a la ciudad en silencio, el aire fresco que entraba por las ventanillas disimulaba el caos que íbamos a encontrar a la vuelta.

Morgan se mordía la boca de nervios mientras miraba por la ventana, esperando que yo dijera algo. Había propuesto que volviéramos a la ciudad para echarle un vistazo a la mansión y hacernos una idea del nivel de destrucción al que nos enfrentábamos, pero ella se había mostrado reacia, intentando inventar razones para que no regresáramos tan pronto.

–¿No deberíamos esperar hasta que sepamos que Gregor ha dejado de buscarnos?

–No va a dejar de buscarnos –le había dicho con suavidad, apretándole la mano– y no podemos esperar eternamente. Necesito saber qué tal van las cosas, ¿vale?

–Vale –cedió, y salimos del motel barato en el que habíamos pasado desapercibidos durante algunos días y emprendimos el camino de vuelta a la mansión de mi padre. O, mejor dicho, a lo que quedaba de ella.

No habíamos hablado mucho sobre lo que iba a pasar cuando volviéramos a la ciudad; nos habíamos distraído con el sexo, el romance, la sensación de su cuerpo contra el mío, y todo eso. No había nada más que decir que lo que nos contábamos con nuestra cercanía, al menos durante un tiempo. Su familia se había trasladado a un piso franco que mi padre tenía en las afueras de Nueva York. Era difícil que Gregor fuera a buscarlos allí, de modo que solo teníamos que preocuparnos de nosotros mismos.

–Todo va a salir bien –le dije, con escasa certeza de que me creería. Estaba claro que ya había decidido que esto iba a convertirse en un gran desastre y la verdad es que no podía culparla por ello. Lo que estaba en juego era mucho más importante para ella. Si la atrapaban, la arrastrarían de vuelta a casa de Gregor, donde él no perdería tiempo en someterla y castigar a su familia por lo que ella pensaba que era su culpa. ¿Y yo? Yo solo tenía que preocuparme de mi vida. No era un tema menor, pero mi carga no era tan pesada como la que se desplomaría sobre Morgan si las cosas salían mal.

Razón de más para asegurarme de que iban bien. Tenía que protegerla. Estos dos últimos días no habían hecho más que reafirmármelo: le habían asegurado un lugar en mi corazón de una vez por todas. No podía evitar sentirme culpable por todo lo que había pasado su familia. Si hubiera ignorado a mi padre y hubiera seguido siendo amigo

de la familia, podría haberles ayudado a salir de este lío cuando comenzó. Pero esa oportunidad ya había quedado atrás y lo mejor que podía hacer ahora era ayudarla a superar las consecuencias de esa situación.

Acerqué el coche a la calle donde había estado la mansión. Me demoré un momento en percibir la diferencia y de pronto la realidad me golpeó. La luz que normalmente era bloqueada por los tres pisos de la mansión de mi padre lo inundaba todo.

Ya no había nada en su camino.

Avancé hacia los restos de la casa. No había más que cenizas empapadas por las mangueras de los bomberos. No me lo podía creer. Era surrealista estar de pie allí, mirando lo que quedaba de la casa en la que había crecido, del lugar al que había llamado hogar durante tanto tiempo, el sitio que con tanto trabajo mi padre había construido para mí. Era una pesadilla hecha realidad.

Respiré hondo temblorosamente, tratando de recomponerme, y detrás de mí oí a Morgan soltar un quejido. Me volví hacia ella, agradecido por la distracción momentánea.

–Lo siento mucho, Alex –dijo, con los ojos muy abiertos mientras miraba lo que quedaba de aquel lugar–. Lo siento muchísimo...

–Está bien. No es culpa tuya.

–Sí, sí es mi culpa –protestó ella, sacudiendo la cabeza–. Esto no habría pasado si no hubieras intentado ayudarme...

–Esa decisión fue mía –respondí, atrayéndola entre mis brazos, allí mismo, junto a la puerta de piedra por la que habíamos huido días atrás. Sabía que era arriesgado volver aquí porque los hombres de Gregor aún podían estar vigilando el lugar, pero me merecía la oportunidad de despedirme de esta casa, por muy difícil que fuera hacerlo.

–Si no hubiera estado aquí, esto no habría pasado –susurró, mirando fijamente los restos de la mansión–. No puedo...

–Escúchame –le dije, cogiendo su cara entre mis manos–. Nada de esto fue culpa tuya, ¿vale? Gregor lo hizo. Él eligió hacer esto. Eligió forzarte a ese matrimonio. Eligió hacer que esto sucediera. Es culpa suya. Todo es culpa suya.

Morgan sacudió la cabeza y me di cuenta de que seguía sin tomarme en serio. Se había echado todo esto sobre sus hombros, se decía a sí misma que ella era la culpable.

¿Cuántas otras cosas en su vida habían sucedido de la misma manera? ¿De cuántas otras cosas se había echado la culpa sabiendo que no era responsable? Era tan joven, solo tenía veintiún años, pero no podía evitar pensar que cargaba un peso mucho mayor al que era normal a su edad.

–Debería dejarte solo –dijo–, no debería estar aquí...

–No quiero que te vayas, Morgan –repliqué con firmeza, mirándola a los ojos llorosos–. Te quiero aquí conmigo. No voy a obligarte a quedarte si no quieres, pero no quiero dejarte marchar. No quiero que todo esto haya sido en vano.

Bajó un momento la mirada y dejó escapar un largo suspiro.

–Va a volver a atacarte –me advirtió–. Va a volver intentar lastimarnos a los dos.

Me armé de valor. Ya sabía que eso era cierto. No tenía ni idea de qué forma iba a adoptar el nuevo intento de Gregor por destruirnos, pero seguramente no iba a ser nada agradable.

–Sé que lo hará –murmuré–, pero voy a estar preparado para cuando venga. Los dos lo estaremos, ¿vale?

No estaba muy convencida y era normal que no lo estuviera. Después de todo lo que había pasado y de las cosas que había visto, ¿qué esperanzas podía tener de que las cosas empezaran a ponerse más fáciles?

Quizás “fáciles” no era la palabra adecuada. No, no iban a ser fáciles. Iban a ser... *posibles*. Iban a ser superables. Gregor lanzaría todo lo que tenía contra nosotros para intentar que nos derrumbáramos, pero dependía de mí sostener mi posición y demostrarle que no podía tomar todo lo que quería sin considerar consecuencia alguna. Gregor iba a tener que aceptar que no estaba al mando, que no controlaba la vida de todos los que tenían la mala suerte de cruzarse en su camino.

Y menos la vida de Morgan. Cuando la miraba, podía ver esa fuerza en ella, esa necesidad de retomar el control de su vida, el que le habían arrebatado desde que era pequeña por tener que lidiar con todo lo que su padre le había hecho pasar a la familia. Se merecía la oportunidad de vivir a su manera, aunque esa vida no me incluyera a mí. Eso no era relevante. Estaba haciendo lo correcto, liberándola de las garras del hombre que la había forzado a la situación más oscura que podía imaginar.

–Vale –dijo con voz temblorosa. Era un comienzo. Con esto se podía trabajar, trabajar para convencerla de que confiara en todo lo que salía de mi boca en este contexto. Era cuestión de probarlo, de demostrarle que Gregor no podía volver a



atraparla. No le iba permitir que me la arrebatara.

Me incliné hacia ella y le planté un beso en los labios, sellando este momento entre nosotros, diciéndole en silencio que no tenía nada más que temer.

Con la esperanza de que iba a poder hacer algo para demostrarlo.

## Capítulo XV - Morgan

Cuando nos detuvimos frente al piso franco, miré hacia todas las direcciones con miedo.

–Nadie conoce este lugar –dijo Alex, notando lo nerviosa que estaba–. No tienes de qué preocuparte.

–¿Seguro que no quieres entrar conmigo? –le pregunté esperanzada, pero él negó con la cabeza.

–Tengo que hablar con mi asesor, Paulo. Necesitamos organizarnos, saber cuál es nuestra situación en términos de activos y aliados en este momento. Tú ve a hablar con tu familia. Deben de estar preocupados por ti.

Me mordí la boca. No quería entrar allí sin él, aunque no sabía muy bien por qué. Me había llevado al piso franco, al otro lado de la ciudad, y no podía evitar preguntarme qué pensarían mi madre y Leo cuando entrara allí sola.

Abrí la puerta del coche y me bajé. Sentí de inmediato una punzada de calor en la nuca, como si alguien me estuviera observando, pero no le di mucha importancia; llevaba días sintiéndome así, desde que salimos del motel, como si Gregor y sus hombres estuvieran a punto de saltar sobre mí en cualquier momento. Tenía que controlarme, aunque era difícil hacerlo con esta sensación constante de que se iba a ir todo al demonio en cualquier momento.

–Volveré dentro de una hora –me dijo Alex, bajando la ventanilla del coche– y me puedes llamar si necesitas algo antes, ¿vale?

–Vale –respondí, intentando sonreír. No quería que se preocupara por mí, aunque lo haría de todos modos. ¿Cómo no se iba a preocupar si yo estaba crónicamente aterrorizada? Nos habíamos alojado en una casa pequeña de su padre, aislada en las afueras de Nueva York, pero estaba segura de que nos vigilaban. Gregor no nos iba a dejar escapar tan fácilmente...

Alejé esos pensamientos de mi mente y subí los escalones hasta el piso de aspecto anodino donde me esperaba mi familia. Me sentía tan aliviada de que hubieran aceptado la oferta de Alex de mudarse al piso franco. Me preocupaba que se resistieran, que intentaran oponerse, sobre todo Leo, pero al parecer había dejado de lado su terquedad para dejar que las cosas fluyeran.

Levanté la mano para llamar a la puerta y no había alcanzado a golpear cuando se abrió súbitamente. Al otro lado me esperaba mi madre, con la cara desencajada y los ojos muy abiertos.

–Morgan –dijo con alivio y me abrazó con fuerza. Cerré los ojos y sentí que de inmediato se me quitaba un peso de encima. Daba igual la edad que tuviera, o las cosas que habían ocurrido, siempre existiría una parte de mí que anhelaría nada más que el calor del abrazo de mi madre.

–¿Estás bien? –le pregunté mientras me apartaba, la miraba de arriba abajo y cruzaba el umbral. Asintió con la cabeza.

–Estamos bien los dos –respondió, apuntando a la otra habitación, donde me esperaba Leo. Se levantó para saludarme y me abrazó como si no quisiera dejarme marchar nunca más.

–Qué bueno –respondí. Cada instante me había aterrorizado la idea de que Gregor se fijara en ellos, que les hiciera daño para vengarse de mí. Aunque mientras se quedaran aquí, era imposible que eso ocurriera. Gregor no conocía este lugar y yo tenía toda la intención de que siguiera sin saberlo.

–¿Quieres un café? –preguntó Leo, casi con indiferencia. Esa había sido siempre su forma de superar las situaciones difíciles, concentrándose en las minucias, distrayéndose con lo ordinario. Asentí con la cabeza.

–Me encantaría una taza de café –respondí y me hundí en el sofá un tanto incómodo del salón, con mamá a mi lado, mientras Leo se ponía a prepararnos el café en la cocina.

–Mamá, me alegro mucho de verte –le dije, cogiéndole la mano y dándole un fuerte apretón. Ya me sentía mal por tener que marcharme tan pronto, pero al menos podía aprovechar al máximo el tiempo que todavía teníamos.

–Yo también –contestó mamá. No nos habíamos visto desde el día de la boda. No había querido invitarla a casa de Gregor, no había querido contagiarle la frialdad y la crueldad de ese sitio. No había pensando en cómo se darían las cosas si seguía adelante con lo del embarazo, pero eso no era una preocupación ahora. Nunca iba a ser la madre de su hijo.

–Alex se ha portado muy bien rescatándote de esa casa –dijo mamá con una expresión que revelaba los millones de preguntas que quería hacerme.

–Sí, Alex se ha portado muy bien –dije y no pude evitar sonreír. Me costaba creer que Alex hubiera hecho lo que hizo, que se hubiera metido en medio de aquella pesadilla y me hubiera sacado de ella. No podía pensar en muchos hombres que hubieran decidido correr un riesgo tan grande solo por hacer lo correcto, pero saber que él había estado dispuesto a asumirlo por mí... significaba mucho.

–Nunca quise que te casaras con ese hombre horrible –continuó, sacudiendo la cabeza, con una voz que parecía atrapada en el fondo de la garganta–. Siempre odié la idea de que estuvierais juntos. Si hubiera podido hacer algo para evitarlo...

–Lo sé, mamá –le dije con dulzura. No quería que se martirizara cuando era evidente que no había habido nada que ella pudiera hacer para evitar ese infierno de boda. Todo lo que había pasado con mi padre la había agotado por completo, y no había forma de que hubiera sido capaz de enfrentarse a Gregor o de reunir el dinero para pagarle. De cualquier manera, sospechaba que Gregor hubiera seguido inflando los números, presionando hasta el punto de no retorno, hasta que ella no hubiera tenido otra opción que entregarme.

–Él... Él no te... forzó, ¿verdad? –preguntó, como si el mero hecho de pensarlo la pusiera enferma. Negué con la cabeza.

–Nunca tuvo la oportunidad –respondí–. Alex llegó antes de que pudiera hacerlo. Me secuestró en la calle, delante de sus narices...

–Lo sé –respondió mamá–. Gregor nos lo contó. Vino a casa a buscarte, pensó que podríamos haber sido nosotros los que te habíamos secuestrado...

–Lo lamento –le dije en voz baja. La idea de que hubiera intentado sacarle información a mi familia me resultaba detestable. Me sentía tan protectora de ellos, hasta el día de hoy. No quería que les pasara nada ni que les hicieran daño, y sabía que Gregor habría utilizado todas sus tácticas de intimidación para obtener cualquier dato. No quería ni imaginarme cuánto había presionado, cuánto los había asustado.

–No tienes nada por lo que disculparte –respondió con firmeza, levantando la mirada para encontrarse con la mía una vez más–. En primer lugar, nunca deberías haberte casado con ese hombre. Si tu padre no hubiera sido tan imprudente...

Se interrumpió, sacudiendo la cabeza y apretando los dientes, como si la ira amenazara con vencerla. Sabía lo difícil que le resultaba navegar sus recuerdos de él: lo bueno superpuesto a lo malo, las cosas horribles que había hecho mezcladas con lo buen marido y padre que había sido durante tanto tiempo.

–Hice lo que tenía que hacer para protegerte a ti y a Leo. Lo tienes claro, ¿verdad?

–Sí, por supuesto –murmuró–, y te estoy muy agradecida por ello, Morgan. Pero... pero eres mi hija. No quiero que tengas que pasar tu vida luchando con lo que hizo tu padre. No es justo. Te mereces vivir la vida a tu manera, sin tener que lidiar con las consecuencias de todo lo que él estropeó cuando aún estaba con nosotros –sacudió la cabeza–. Quiero que tengas la vida que desees, no la que estés obligada a vivir por el bien de nosotros.

Dejé que esas palabras calaran hondo, que se asentaran en mi mente. No sabía cuánto necesitaba oírlas hasta que ella las dijo en voz alta. Me resultaba tan difícil creer que era digna de una vida propia después de haber hecho todo lo posible por mitigar el daño de la adicción de mi padre, de haber tenido que aceptar un matrimonio con ese ser malvado para mantenerlos a salvo.

–¿Cómo crees que será, cariño? –me preguntó, sonriendo esperanzada–. ¿Cómo va a ser una vida que vives solo para ti?

Vacilé antes de responder, con la mente desbocada mientras intentaba encontrar una respuesta. Había dejado de lado mis propios deseos durante tanto tiempo que ni siquiera sabía cómo clasificarlos, cómo resolver las preguntas sobre cómo sería mi futuro si decidía vivir según mis propias condiciones.

–Creo que... Creo que me gustaría estar con... con Alex.

Ahí estaban, por fin, las palabras que hasta ahora me había puesto demasiado nerviosa decir en voz alta. Admitirlo me parecía muy peligroso, como si me estuviera exponiendo. Pero, de entre todas las personas de este mundo, con mi madre podía ser sincera, ¿o no?

Me sonrió.

–Sabes, siempre me cayó bien Alex –comentó, echándose hacia atrás en su asiento y mirando al vacío como si estuviera reflexionando sobre el tiempo que habían compartido en el pasado–. Su padre no tanto, pero Alex siempre me pareció un poco... un poco diferente al mundo en el que se había criado. Más sensato, ¿sabes?

–Sí –acepté, sonriendo–. Y lo es. Realmente lo es.

–¿Y lo que quieres es a él?

Recordé todo el tiempo que habíamos pasado juntos: sus manos sobre mí, su mirada, sus palabras en mis oídos, la forma en que me hacía sentir que me quería, que

me cuidaba, no solo que me controlaba y me obligaba a obedecerle. Asentí con la cabeza.

–De verdad –confesé. Era extraño decirlo en voz alta, pero no sabía de qué otra forma explicarlo. Sabía que era hasta peligroso plantearme una vida diferente a la que me había resignado a tener con Gregor, pero tal vez, solo tal vez, tenía la oportunidad de vivirla.

–Deberías luchar por lo que quieres –me dijo suavemente–. Dios sabe que yo no luché lo suficiente en mi tiempo. Dejé que la adicción de tu padre dirigiera mi vida y eso... me llevó a dejar atrás un montón de oportunidades que ya han desaparecido. Un montón de vida que sé que nunca podré vivir. Y si hay una oportunidad para que te pongas al día con todo eso..., bueno, creo que deberías aprovecharla.

–Gracias, mamá –respondí en voz baja, intentando contener las lágrimas que amenazaban con escapar de mis ojos. Escucharlo de ella, oírla darme ánimo, que me dijera lo mucho que deseaba lo mejor para mí, significaba todo para mí, de verdad.

Antes de que pudiera decir otra palabra, Leo apareció en la puerta con las tazas de café en la mano. Me levanté de un salto para quitárselas antes de que las derramara allí mismo. Nunca se le había dado bien llevar bebidas.

–Déjame las tazas –le dije–, siéntate tú.

Leo nos miró a las dos y se dio cuenta de que habíamos tenido una conversación de esas que uno recuerda de por vida. Alzó una ceja.

–¿Va todo bien? –preguntó, y ambas asentimos.

–Todo muy bien –dijo mamá–, más que bien. Vamos, no falta mucho para que tu hermana tenga que irse otra vez. Aprovechemos el momento, ¿vale?

## Capítulo XVI - Alex

La seguí hasta el piso y ella le echó un vistazo a nuestro nuevo alojamiento.

–¿Qué te parece? –le pregunté, pasándole los brazos por la cintura desde atrás y asentando la cabeza sobre su hombro.

–Me gusta –respondió, asintiendo con la cabeza–. Más que la mansión, te diría.

–¿En serio? –respondí sorprendido.

–Sí, parece más... manejable –añadió, volviéndose hacia mí con una sonrisa en la cara. No estaba seguro de qué había cambiado desde la última vez que la vi, pero cuando fui a recogerla al piso franco y la llevé a nuestro nuevo alojamiento, parecía más relajada. Como si algo se hubiera despejado de su mente.

–Qué bueno –respondí, y ella me miró a los ojos un momento. Estaba seguro de ver algo allí, algún tipo de emoción que aún no me había expresado.

–Pasé a comprar ropa nueva para ti –dije, llevándola al sofá, donde había un par de cajas apiladas esperándola.

–Guay –contestó, entusiasmada–. ¿Puedo verla?

Me arrodillé frente a ella mientras se hundía en el sofá y estaba a punto de dirigir mi atención a las cajas que tenía a mi lado cuando sentí que sus ojos volvían a clavarse en mí. La miré por encima del hombro, preguntándome qué estaría pasando ahora por su cabeza.

Se mordió la boca mientras me miraba. Estaba claro que su mente se estaba dirigiendo a un millón de lugares diferentes a la vez. Todos ellos claramente carnales. Le sonreí y me puse frente a ella.

–¿Qué pasa? –pregunté, y ella negó con la cabeza, tratando de recomponerse.

–Nada –respondió, pero pude un profundo rubor inundó sus mejillas, delatándola.

–Te estás sonrojando. Vamos, que me lo puedes decir. ¿De qué se trata?

Se rio y luego se encogió de hombros mientras me miraba.

–Es que... me gusta cuando te pones de rodillas delante de mí –admitió y quedé boquiabierto de la sorpresa.

–Ah, ¿eso era, entonces? –pregunté, acercándome un poco más a ella.

–Supongo que sí –confesó, con la sonrisa curvándose un poco más en sus labios–. Fue la primera vez que... Cuando volvimos a la mansión y te pusiste de rodillas delante de mí... Fue la primera vez que supe que tenía que...

Se interrumpió de nuevo. Me resultaba una mezcla curiosa lo mucho que parecía querer tomar el control cuando estábamos juntos en la cama, pero lo difícil que parecía resultarle expresar ese deseo aquí y ahora. Aunque había algo tentador en esa contradicción, en saber que había una versión de ella oculta bajo la superficie, una versión de ella que podía tomar exactamente lo que quería, capaz de atraer toda la atención y la adoración que merecía.

–No me había dado cuenta de que había empezado así –dije–. ¿Y qué querías hacer conmigo exactamente, mientras estaba de rodillas delante de ti esa noche?

Inclinó la cabeza hacia mí, considerando la pregunta mientras yo me arrodillaba frente a ella, esperando ansioso su siguiente orden. Joder, no había nada en el mundo que no hubiera hecho para complacerla en aquel momento. Era como si me hubiera hechizado para someterme por completo a sus comandos. No me cansaba de ver cómo me miraba cuando estaba así y la necesidad que percibía en sus ojos me provocaba oleadas de excitación.

Lentamente, separó las piernas y se subió el dobladillo de la falda que había cogido al visitar a su madre ese mismo día. Mis ojos se deslizaron entre sus muslos hasta las bragas de algodón que cubrían su coño. Era tan tentadora, tan sexy, que ni siquiera sabía cómo empezar a expresar cuánto la deseaba. Pero sabía que tenía que ser en sus propios términos. Quería que me lo dijera, quería que me lo dijera sin rodeos, para que yo pudiera darle lo que realmente necesitaba.

–Quiero sentir tu boca sobre mí –confesó, con un carraspeo en la voz que le daba a su tono una sensación de mando. Ya podía notar cómo se me movía la polla dentro de los pantalones, pero de ninguna manera iba a prestarle atención, no cuando acababa de emitir un mandato con tanta firmeza, no cuando había dejado tan claro lo que quería exactamente.

Sin apartar mis ojos de los suyos, acerqué mi boca a su muslo, rozando con mis labios su suave piel y observando cómo se retorció en respuesta a mi tacto. Nada me excitaba tanto como ella, como sus palabras cuando me decía exactamente qué hacer. Estaba obsesionado con ella, obsesionado con todo lo que tenía que ver con ella, me



costaba creer que tuviera tanto poder sobre mí. Pero nada me apetecía más que hundirme en el alivio de dejar que ella me diera órdenes.

Se subió un poco más la falda y yo seguí el movimiento del dobladillo por el interior de su muslo, saboreando su dulzura bajo mi lengua, aspirando el aroma cálido y almizclado de su coño mientras me acercaba cada vez más a él. Pronto aterricé entre sus piernas, a escasos centímetros de su coño. Sus bragas aún lo cubrían, pero mi lengua ansiaba su sabor, ansiaba la proximidad que necesitaba en aquel momento.

Me metió una mano en el pelo y me echó la cabeza ligeramente hacia atrás, de modo que quedé frente a ella, como si estuviera pensando qué quería hacer conmigo.

Se apartó las bragas un lado para mostrarme su coño por primera vez. Nunca la había visto así, exhibiéndose delante de mí, ofreciéndose. Me pasé la lengua por los labios con un deseo desesperado de enterrar mi cara en ella y saborearla del todo.

–Quiero que me la chupes –susurró, como si no pudiera creer que lo estuviera diciendo en voz alta. Deslicé las manos hacia sus muslos y apreté la boca contra ella por primera vez, inhalando su aroma, dejando que su sabor se extendiera por mi lengua y llenara mis sentidos.

Joder, qué buen sabor. No pude evitar soltar un gemido al sentir su suavidad aterciopelada bajo mi lengua. Ella gimió desde arriba y me agarró el pelo con más fuerza, acercándose cada vez más, como si quisiera más, mucho más.

Le pasé la lengua ligeramente por el clítoris y sentí cómo su cuerpo respondía, tensándose y apretándose a mi alrededor como si me estuviera sujetando. No estaba pensando precisamente en escapar de allí en este momento. No hubiera sido capaz de hacer el más mínimo gesto de resistencia. La dulzura de su humedad llenó mis sentidos y atraje su clítoris entre mis labios, chupándolo suavemente, aplicando un poco más de presión.

Sus muslos empezaban a apretarme la cabeza y sus caderas se movían contra mí al ritmo de los golpecitos de mi lengua. Subiendo y bajando conmigo, oía su respiración cada vez más acelerada mientras se acercaba cada vez más al límite. Quería apoderarme de ella, quería que se perdiera en el placer, conmigo de rodillas frente a ella, dándole todo lo que quisiera, todo el placer que pudiera soportar.

Sus dedos se clavaban en mi cuero cabelludo, agarrándose con fuerza, como si quisiera que me quedara allí para siempre. Oía su respiración cada vez más agitada, señal inequívoca de que estaba al borde del abismo. Su humedad me salpicaba la cara,

como si me estuviera marcando por completo, tomándome, poseyéndome y controlándome, demostrándole al mundo que yo le pertenecía.

Y yo no quería otra cosa en esta vida.

De repente gritó, sus muslos apretaron mi cabeza y luego se soltaron cuando el orgasmo la alcanzó. No aparté la boca de su coño, le pasé la lengua suavemente por el clítoris y no me di por vencido hasta que me dijo que había terminado.

Finalmente, me apartó de su coño y se inclinó para besarme con fuerza. Con su lengua en mi boca, pude saborear la mezcla de su almizcle y sus labios contra los míos. Mi polla ya no podía ponerse más dura, pero era como si apenas pudiera prestarle atención. Estaba concentrado solamente en ella, en darle exactamente lo que quería de la forma en que ella lo exigiera.

Se separó de mí, apoyó su cabeza en la mía y me miró con ojos brillantes. Y, mientras me miraba fijamente a los ojos, me di cuenta de que un millón de ideas más de lo que quería hacer conmigo ya estaban pasando por su cabeza.

Y yo quería averiguar ya mismo en qué consistían precisamente.

## Capítulo XVII - Morgan

–Gracias –le dije al repartidor mientras tomaba la bolsa de sus manos. Por la forma en que me miraba, me di cuenta de que pasaba algo, pero lo ignoré. No iba a dejar que nadie se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, de ninguna manera. No, tenía que mantener la compostura o alguien iba a enterarse de lo que estaba pasando...

Y entonces iba a estar absolutamente en la mierda. O, mejor dicho, más en la mierda de lo que ya estaba.

Cerré la puerta y me apoyé en ella, recuperando el aliento. Había encargado un montón de cosas en una droguería local, bajo la premisa de que solo iba a adquirir lo necesario para vivir en este piso durante un tiempo, pero la verdad era que se trataba de algo más que eso.

Tenía un plan concreto en mente, había algo que necesitaba saber. Y, mientras rebuscaba en la bolsa y sacaba la prueba de embarazo, sentí un nudo en el estómago.

Joder. No sabía qué iba a hacer si de verdad... si de verdad estaba embarazada. Habían pasado casi seis semanas desde que Alex me había llevado a su casa, desde que habíamos estado juntos por primera vez, y todo había sido tan loco que apenas me había dado cuenta cuando se me había retrasado la regla. Y no había llegado, y no había llegado, y no había llegado... hasta que por fin se me ocurrió que podía haber una razón para ello.

Debería haberlo pensado antes. No era estúpida. Sabía que mantener relaciones sexuales sin protección podía provocar algo así, y Alex y yo habíamos tenido muchas – muchas– desde que llegamos a este piso después del incendio de su mansión. Habíamos hecho todo lo posible por no llamar demasiado la atención de Gregor y, escondidos aquí, no había mucho más que hacer que..., bueno, disfrutar el uno del otro.

Y pasar cada momento con él no había hecho más que afianzar la certeza en mi interior de que eso era lo que yo quería... Él era lo que yo quería. La conexión que sentía con él ardía en mi pecho, mi mente se inundaba de endorfinas cada vez que me besaba. No se trataba solo de deseo; era más que eso: era tener a mi lado a un hombre que no quería controlarme, que estaba dispuesto a dejarme llevar la voz cantante. En el dormitorio, yo era la que mandaba y era francamente embriagador saber lo mucho que le gustaba. No se limitaba a jugar, sino que, por su mirada, me di cuenta de que le gustaba tanto como a mí, y eso no había hecho más que estrechar nuestro vínculo cada

día que pasaba.

Pero esto... Esto lo cambiaría todo. Porque si estaba embarazada, no habría forma de ocultarle a Gregor que Alex y yo habíamos estado juntos. Había una parte de mí que aún intentaba manejar la idea de lo que podría pasar si volvía a ponerme las manos encima, por aterrador que fuera, por difícil que me resultara siquiera pensarlo. Había muchas cosas que podía negar porque no existían pruebas que las demostraran como ciertas, ¿pero esto? Sí, esto lo cambiaría todo.

Y me daría aún más razones para luchar por el futuro que yo quería, en lugar de someterme al que Gregor había dictado para mí.

Nos había estado buscando por todos los rincones de la ciudad, según Paulo, el asesor de Alex, y yo había estado intentando no pensar en lo que eso significaba para nosotros. ¿Cuánto tiempo nos quedaba antes de que finalmente nos localizara? ¿Y qué nos pasaría cuando lo hiciera? Solo podía imaginar su brutalidad después de que lo había desafiado abiertamente. Parecía un milagro que mi familia y yo hubiéramos conseguido mantenernos fuera de su alcance tanto tiempo, pero sabía que esta situación no podía durar mucho más y no quería averiguar qué pasaría cuando por fin terminara.

Leo y mi madre seguían escondidos en el piso franco, pero mi hermano empezaba a inquietarse. Le había advertido que mantuviera la cabeza gacha y no llamara la atención, pero él tenía su propia vida a la que volver, un máster que concluir, y nosotros habíamos congelado todos sus planes por el momento. Mi única esperanza era que aguantara un poco más, que considerara cuán importante era que se mantuviera alejado de los problemas. Nunca sería capaz de perdonarme si le pasaba algo a mi familia, menos después de todo lo que ya habíamos pasado con mi padre.

Me metí al baño, agradecida de que Alex estuviera liberando tensión en el gimnasio en ese momento. Solo necesitaba un poco de tiempo para mí misma para averiguar qué estaba pasando y entonces todo estaría bien, estaba segura de ello. Despejarme la cabeza, llegar al fondo de la cuestión, encontrarle algún sentido al pánico que me atrapaba cada vez que cerraba los ojos.

Abrí la prueba de embarazo con las manos temblorosas y cerré la puerta del baño para asegurarme de que no me iban a interrumpir. Hasta que no supiera con certeza qué estaba pasando, no iba a mencionarle el tema a Alex. No quería que se preocupara sin motivo. Porque él vería, tan claramente como yo, que si esto estaba ocurriendo de verdad, entonces habíamos cruzado por fin esa línea sin retorno.

Me hice la prueba y caminé en círculos por el piso, contando cada paso como un segundo más que pasaba, un segundo más cerca de obtener por fin la información que necesitaba. Ni siquiera había pensado seriamente en tener hijos; no más allá de verme obligada a gestar un hijo para Gregor, al menos, pero eso nunca se había sentido como un hijo mío. Era una cosa más por la que me obligaba a pasar para proteger a mi familia. No sabía cómo me sentiría con ese niño, pero no me había importado, porque estaba muy concentrada en asegurarme de hacer lo necesario para proteger a las personas que amaba.

¿Pero esto? Esto era diferente. Esto era un niño con un hombre que... realmente me gustaba. Que me importaba. Sentía una conexión real con él. Un hombre por el que había sentido algo durante prácticamente toda mi vida, y un hombre que me había demostrado su valía una y otra vez en los últimos meses, cuando había hecho todo lo posible por mantenerme a salvo. Un hombre que estaba dispuesto a ponerse en la línea de fuego si eso significaba hacer lo correcto, que no se lo pensaba dos veces a la hora de involucrarse en la pesadilla de otra persona si con ello lograba mantenerla a salvo. Si no hubiera sido por él, ahora seguiría atrapada con Gregor, haciendo Dios sabe qué solo para mantenerlo satisfecho. Me estremecí al pensarlo.

Pronto se cumplió el tiempo de la prueba de embarazo. Dudé frente a la puerta del baño, intentando pensar en un millón de razones por las que no debía entrar, por las que no debía ver lo que me esperaba, por las que era mejor ir a ver los resultados más tarde. Podría haberme escondido, fingir que no me había hecho el test, dejar pasar un poco más de tiempo para ver si me bajaba la regla...

Pero sabía que eso no me iba a servir de nada. Necesitaba saber la verdad. Había pasado demasiado tiempo de mi vida en ascuas, sin estar segura de lo que ocurría a mi alrededor, y ya estaba harta de eso. Abrí la puerta de un empujón, entrecerré los ojos e intenté reunir todo el coraje a mi alcance, aunque las rodillas me temblaban peligrosamente.

Cogí la prueba, respiré hondo y miré el resultado. Y cuando vi esas dos rayitas mirándome fijamente, me desplomé contra la bañera, con el estómago hecho un nudo.

Positivo.

Estaba embarazada.

## Capítulo XVIII - Alex

Me había dado cuenta de que Morgan estaba rara desde el momento en que volví del gimnasio. Había estado evitando mi mirada toda la tarde, claramente preocupada por algo, algo que le daba vueltas en la cabeza, que le molestaba de una forma que no podía expresar con palabras.

No es que no tuviera mucho de qué preocuparse, la verdad. No la culpaba por estar un poco dispersa, pero quería saber de qué se trataba. Necesitaba que supiera que podía hablar conmigo de cualquier cosa, que no había nada en el mundo que no pudiera compartir conmigo, por difícil que pareciera, por mucho que quisiera guardárselo para sí misma.

La cogí de la mano y levantó la cabeza. Llevaba toda la noche jugueteando con la comida, ignorando la copa de vino que le había servido.

–Morgan –murmuré–, ¿qué te pasa?

Me miró un momento, ponderando sus opciones. Fuera lo que fuese lo que tenía en mente, no estaba segura de poder compartirlo conmigo. No quería presionarla, pero sí estaba pasando algo relevante para nuestra seguridad o nuestra situación, tenía que saberlo. No quería que todo esto se me escapara de las manos justo cuando parecía que por fin las cosas estaban bajo control.

Paulo había redoblado la seguridad en el piso franco de su familia y había empezado a trasladarnos a una nueva propiedad, un sitio que pudiéramos comprar y donde construir la nueva base de operaciones Caroni. Todavía teníamos una significativa cantidad de aliados en la ciudad, o al menos bastante gente dispuesta a alinearse contra Gregor por los problemas que les había causado en el pasado. El enemigo de su enemigo era, sino su amigo, un personaje lo suficientemente útil como para que no hubiera diferencia. Y yo aceptaba ese tipo de simpatía. Nadie nos había delatado, nadie había dicho que habíamos sobrevivido al incendio o que estábamos de vuelta en la ciudad, y era suficiente por el momento.

Pero, ahora mismo, lo único que me preocupaba era ella. Todo lo demás desapareció de mi mente. Quería asegurarme de que estaba bien. Ella era mi prioridad, lo había sido desde que todo esto había empezado. Ella era la razón por la que me había metido en este lío en primer lugar; no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que se viera arrastrada a algo que claramente no quería.

–No sé cómo decirlo –murmuró ella, sacudiendo la cabeza y apretando con fuerza el tenedor sobre la mesa.

–Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? –le recordé–. No me voy a enfadar.

–No puedo... –se interrumpió, buscando las palabras, la forma correcta de decir lo que tenía que decir. Volvió a negar con la cabeza, mordiéndose la boca–. Perdóname –susurró, mirándome–, ojalá hubiera alguna forma de poder...

Cerró los ojos, hizo una pausa, se recompuso. Por un momento, había visto un destello de la chica que había conocido hacía tantos años, la chica demasiado asustada para defender lo que quería. Pero ahora era una mujer diferente, aunque quizás ella no lo veía con tanta claridad como yo. Por muy tentador que hubiera sido para ella esconderse en aquel lugar familiar, donde no tenía que enfrentarse a la verdad, ahora estaba aquí conmigo y necesitaba que fuera sincera conmigo.

–Hay una manera –le dije con firmeza–. Porque, sea lo que sea, puedo manejarlo.

–Estoy embarazada.

Por fin la verdad. Las palabras quedaron flotando en el aire entre nosotros, tan enormes que ni siquiera sabía cómo ordenarlas en mi mente. Estaba... ¿Estaba embarazada? Debería haber sabido que era una posibilidad, pero la realidad de enfrentarse a ello era muy diferente a la mera probabilidad. Esto era... mucho. Demasiado, después de todo lo que ambos habíamos vivido.

Me observó atentamente, tratando de entender mi reacción, tratando de averiguar qué pasaba por mi cabeza. Yo ni siquiera lo sabía, todavía no, la conmoción era demasiado grande para mí. No había pensado mucho en lo de tener hijos, y había estado tan centrado en todo lo demás que había pasado entre nosotros hasta ese momento que desde luego no me había planteado tener hijos con ella...

–¿Alex? –dijo, con voz baja y nerviosa. Me puse en pie, le di la vuelta a la mesa y me arrodillé a su lado: una postura de deferencia, en cierto modo, pero, sobre todo, una postura que nos pondría al mismo nivel. Una que le permitiera ver que hablaba en serio cuando dije que quería que fuéramos iguales en esto.

–Es una excelente noticia.

–No hace falta que digas eso si no lo sientes.

–Eh, mírame –le cogí la cara con la mano y la obligué a hacerlo–, lo digo en serio.

Lo digo en serio, ¿vale?

Me miró fijamente, escudriñándome otra vez, como si buscara alguna prueba de que no quería decir nada de lo que estaba diciendo. Pero, cuando no pudo encontrar evidencia alguna de que mi afirmación no era genuina, se hundió contra mí, dejándose caer en mis brazos con una oleada de alivio.

–Joder, Alex –dijo, aferrándose a mí como a la vida misma–. No sé..., no puedo...

–Todo va a salir bien –le prometí, y me invadió un sentimiento protector mientras la estrechaba entre mis brazos. Ya lo había sentido antes, por supuesto, cuando vi la expresión de su rostro en la foto de su boda, pero ahora era aún más intenso. Ahora se trataba de nuestro hijo, no solo de ella, no solo de mí. La estreché contra mí, la rodeé con mis brazos, la sostuve cerca de mí, asegurándome de que no se me escapara. No iba a dejar que eso ocurriera.

–¿De verdad quieres...? ¿Estás feliz con esto? –me preguntó al apartarse. Asentí con la cabeza y sentí que una sonrisa que no podía contener se me dibujaba en la cara de golpe.

Nunca en mi vida había tenido una relación seria con nadie, pero una parte de mí se había sentido atraída por la idea de sentar cabeza con alguien, formar mi propia familia, como había hecho mi padre cuando tenía más o menos mi edad. Mientras trabajaba para consolidar su imperio, había pensado en un hijo como algo muy lejano en el futuro, un heredero que algún día tomara mi relevo. Pero ahora ese niño podía ser una realidad. Y su madre iba a ser una mujer a la que conocía prácticamente de toda la vida, una mujer de la que me había enamorado perdidamente. Una mujer que sabía que sería la mejor madre del mundo. Era como si todo hubiera salido como tenía que salir.

–Realmente lo estoy –respondí–. ¿Y tú?

Dudó un momento antes de contestarme, como si no hubiera pensado en la respuesta a esa pregunta hasta que yo se la planteé. No podía culparla de ello. Se había pasado la mayor parte de su vida intentando hacer lo correcto para los demás, así que era lógico que le costara considerar sus propias necesidades cuando se enfrentaba con algo así.

–Creo que sí –respondió finalmente, asintiendo con la cabeza, con los ojos iluminados, como si todas las posibilidades se le estuvieran presentando por primera vez–. Yo... yo tenía tanto miedo de tener un bebé antes, ya sabes, cuando hubiera sido Gregor el padre, pero contigo...



Me miró fijamente. Pude ver toda nuestra historia desplegándose en sus ojos en un momento, todo por lo que habíamos pasado, todo a lo que habíamos sobrevivido. No habíamos estado en contacto durante varios años, pero la mirada que me estaba dirigiendo ahora no se podía fingir. Esto era real y ambos podíamos sentirlo.

–Cuando era pequeña, me gustabas mucho –admitió, riendo ligeramente, con las mejillas sonrosadas–. Nunca hubiera pensado... En esa época ni siquiera me mirabas...

–Eras la hermana pequeña de Leo –le recordé–. Se habría vuelto una furia si hubiera sospechado que te tiraba los tejos.

–¿Lo habrías hecho? –preguntó, mirándome con curiosidad–. Si no hubieras tenido que preocuparte por la opinión de Leo...

–No sé –admití–. Mi padre me obligó a alejarme de tu familia, le preocupaban los problemas que podrían causar las apuestas de tu padre y todas las deudas que tenía. Creo que no hubiera sido correcto acercarme a ti en esa época, tú eras muy joven y estaban pasando muchas cosas.

–Tienes razón –aceptó–, es mejor que las cosas se hayan dado así.

–Aunque preferiría que no estuvieras casada con ese puto monstruo –agregué, y ella emitió una risa temblorosa.

–Encontraré la manera de resolverlo. Te lo prometo. No puedo fingir haber sido una esposa fiel si estoy embarazada de ti, ¿verdad?

Llevaba a mi hijo en su vientre. Cuando lo dijo en voz alta, fue como si la enormidad de la situación empezara a calar realmente en mí por primera vez. Puse mis manos sobre su vientre, aunque todavía estaba plano. Aún no se le notaba el embarazo y supuse que eso no ocurriría en mucho tiempo, pero no pude evitar inclinarme hacia delante y darle un beso en la barriga; un beso para nuestro hijo, que crecía en algún lugar de su interior.

–Haré todo lo que pueda para cuidarlos –le juré, mirándola fijamente, con una sinceridad que casi me sorprendió. Nunca había hablado tan en serio en mi vida.

–Gracias, Alex –susurró, y por su forma de hablar me di cuenta de lo mucho que significaba para ella. Solo quería que estuviera bien. Quería que ella y este niño estuvieran a salvo, pasara lo que pasara. *Necesitaba* que lo estuvieran. Mi familia, mi futuro.

Que me asparan si iba a dejar que Gregor se interpusiera.



## Capítulo XIX - Morgan

Gemí mientras me revolvía en la cama, con el malestar retorciéndose en mi estómago. ¿Así iba a ser el resto del embarazo? Me sentía fatal. No sabía cuánto tiempo más podría seguir en este estado sin volverme loca.

–¿Quieres un poco de té? –sugirió Alex en cuanto se dio cuenta de que algo iba mal. Asentí y me pasé una mano por la cara.

–De menta, por favor –le dije–. Algo para calmar mi estómago. Me siento pésimo.

–Quédate acostada– respondió, dejando caer un beso sobre mi frente–. Volveré en un minuto, ¿vale?

–Vale –murmuré, cubriéndome con las mantas hasta la barbilla y cerrando los ojos para que la habitación dejara de dar vueltas. Lo juro, desde que me había enterado de que estaba embarazada, un par de días antes, era como si mi cuerpo se hubiera puesto a toda marcha, acosándome con todos esos síntomas horribles y náuseas matutinas. Sabía que mi madre había pasado sus dos embarazos sintiéndose horrible y supuse que a mí me ocurriría lo mismo.

Aún no le había contado a ella del bebé, pero me moría de ganas de darle la noticia cuando llegara el momento. Estaba segura de que se iba a poner muy contenta. Desde que tengo uso de razón, siempre había querido ser abuela y, sin duda, iba a estar encantada de ayudar a cuidar de nuestro pequeño. Aún nos quedaba mucho por resolver en cuanto a la logística de la situación, pero ahora mismo, aquí mismo, podía centrarme en cómo iba a compartir esta preciosa noticia con ella cuando llegara el momento.

Mi teléfono zumbó en la mesilla de noche y me incliné para ver quién era. Sonreí al darme cuenta de que era mi madre. Ah, ¿quizás podía decírselo ahora? Pero no, quería hacerlo persona, estaba segura de eso.

Igual cogí la llamada y me acerqué el teléfono al oído, ansiosa por escuchar la voz de mi madre. Pero, en cuanto lo hice, se hizo un nudo en el estómago porque la persona que oí al otro lado de la línea no era ella.

–Morgan –me gruñó Gregor a través del móvil–, eres tú, ¿no?

Mi corazón dejó de latir. Joder. ¡Joder, joder, joder! ¿Qué cojones había pasado? Pensé que mi madre y Leo estaban a salvo en las afueras, tan lejos de todo, pero el sonido de su voz fue una advertencia, un recordatorio de que nunca iba a ser tan fácil.

Me tapé la boca con la mano, intentando no dejar escapar el chillido de terror que quería salir con toda su fuerza en ese momento.

–Tengo a alguien que quiere hablar contigo –me dijo burlonamente, y oí cómo el teléfono cambiaba de manos, aunque enseguida supe quién iba a estar al otro lado de la línea.

–¿Morgan? –murmuró mi madre. Era como si estuviera a un millón de kilómetros de distancia, hablándome desde otro reino, desde una dimensión de pesadilla a la que se la había llevado el último hombre que yo quería tener cerca.

–¡Mamá! –exclamé–. Mamá, ¿estás bien? ¿Qué está pasando?

–Yo... estoy bien –me dijo, y enseguida me di cuenta de que estaba mintiendo, se le notaba en la voz. No quería que me asustara, pero ¿cómo no me iba a asustar? Gregor era el único hombre del que había querido mantenerla alejada, la única persona de la que había querido que estuviera a salvo, y él la tenía, ahora mismo, en sus garras. No sabía qué hacer.

–Está bien... por ahora –añadió Gregor, adueñándose del nuevo del móvil–, pero no va a seguir estando bien durante mucho tiempo más, Morgan. ¿Me oyes?

Cerré los ojos con fuerza. Me era imposible concebir qué iba a pasar. Había estado viviendo en esta fantasía, convenciéndome de que podía escapar de todo lo que Gregor me había exigido, pero ahora me enfrentaba a la fría y dura realidad: no tenía escapatoria. Y arriesgaría a mi familia si intentaba hacerlo.

–Ya sabes dónde está el piso franco –insistió. Asentí, olvidando por un momento que no podía verme–. Responde, Morgan –ladró– o a ella le ha llegado el fin. ¿Me oyes? Me la voy a cargar. No me lo pensaré dos veces.

Sentí que las lágrimas me punzaban los ojos e intenté estabilizar mi respiración. No sabía qué hacer. Quería llamar a Alex a los gritos, pero sabía que eso delataría que continuaba implicado en este asunto y Gregor era capaz de asesinar a mi madre a sangre fría solo por venganza. Había visto de lo que era capaz, me había despertado entre el fuego y el humo en aquella casa, y estaba segura de que se cargaría a mi madre sin dudar.

–Te has comportado como una imbécil, pero tienes la suerte de que soy un hombre indulgente –continuó, con una voz casi inquietantemente calmada–. Deberías agradecerme por eso, Morgan; si no fuera paciente, ya te habría ejecutado a ti y a toda tu

familia. Vuelve conmigo y dejaremos todo esto atrás. Pero si te niegas...

Oí el chasquido de un arma al otro lado de la línea. Mi mente gritó de terror y mi cuerpo se entumeció cuando empecé a asimilar la situación.

–Criaremos a nuestro hijo sin abuela –completó la oración–. Reúnete conmigo aquí en una hora. Si no llegas a tiempo, bueno, me encargaré de esto. Y luego te encontraré. ¿Estoy siendo claro?

–Gregor... –le supliqué, pero, antes de que pudiera pronunciar otra palabra, cortó la llamada. Me quedé mirando el móvil durante un momento, completamente en shock.

–¿Morgan?

Levanté la cabeza y vi a Alex en la puerta, con una taza de té en la mano, mirándome como si no supiera qué estaba pasando. Se me desfiguró la expresión sin que pudiera evitarlo y las paredes se derrumbaron sobre mí de una vez por todas.

–Alex, yo... –respiré, y él se acercó de prisa hacia mí y me abrazó.

–Morgan, Morgan, tranquila –murmuró–, ya estoy aquí. ¿Qué ha pasado?

–No puedo estar tranquila –respondí, violentos sollozos sacudiendo todo mi cuerpo–, acabo de recibir una llamada de Gregor.

Su rostro se endureció.

–¿Qué ha dicho? –preguntó con una resolución cuidadosamente controlada.

–Que tiene a mi madre y que... va a matarla a menos que vuelva con él.

Decirlo en voz alta lo hizo aún más real y sentí que iba a vomitar en el acto, y no solo a causa las náuseas matutinas. No podía perder a mi madre, no podía. Sabía que nunca sería capaz de perdonarme a mí misma. En primer lugar, había hecho todo esto para mantenerlos a Leo y a ella a salvo, y si dejaba que mi egoísmo les hiciera daño, tendría que vivir con ello el resto de mi vida. No podía permitir que eso sucediera.

Tenía que volver con él.

Se me rompió el corazón al pensar en ello. Pensar en volver allí, embarazada, criar a este niño como parte de su familia, sin otra opción que olvidar este breve y hermoso periodo que había compartido con Alex. Me había dado permiso para creer, aunque fuera por un instante, que podía haber una vida al otro lado de esto.

–No puedo dejar que le pase nada –dije mientras salía de la cama, ya temblando

como una loca. No quería ir, pero ¿qué otra opción tenía? No podía dejar que le ocurriera nada a mi madre. Era mi deber protegerla. La idea de que Gregor la tuviera de rehén, amenazándola a causa de mis estúpidas acciones, me estaba matando. Me iba a matar.

–No le va a ocurrir nada –respondió Alex, poniéndose en pie, mirando al frente con una actitud de coraje.

–Alex, no, por favor...

Levantó una mano para detenerme. El corazón me latía con fuerza en el pecho. La expresión de su cara me resultaba imposible de descifrar, pero tenía la sensación de que ya había tomado una decisión. Ya había decidido exactamente cómo iba a ir esto.

–No puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que le hagan daño –dijo despacio–. Iris es parte de mi familia ahora. Es la abuela de mi hijo...

–No sabes a quién te enfrentas –respondí, cogiéndole la mano–. No puedo dejar que te hagan daño, no a ti también. Yo...

–No, *él* es el que no sabe con quién está tratando –me corrigió, una sonrisa oscura curvando las comisuras de sus labios–. Si cree que puede meterse en mi vida y causarme problemas así, se va a encontrar con una sorpresa.

–¿Qué quieres decir? –dije casi sin aliento. No era posible... No era posible que estuviera diciendo lo que yo interpretaba, ¿verdad?

–Quédate aquí –dijo, se inclinó y me plantó un beso en los labios–. Volveré tan pronto como pueda.

–¡Alex, por favor, no! –le supliqué, saliendo de la cama para intentar alcanzarle. Pero antes de que lo lograra, ya había salido por la puerta, siempre con la mirada fija al frente, como si ya hubiera decidido exactamente cómo iba a acabar todo esto.

Caí de rodillas, con las lágrimas corriendo por mis mejillas. El mundo se derrumbaba a mi alrededor.

Lo peor era que estaba perfectamente consciente de que la culpa de todo esto era mía.

## Capítulo XX - Alex

Detuve el coche con un frenazo frente al piso franco y cogí la pistola del salpicadero. Sabía que era una imprudencia, que era peligroso, pero que me asparan si iba a permitir que le pasara algo a la familia de Morgan.

La sangre me palpitaba en la cabeza mientras intentaba recobrar la compostura sin mucho éxito: la intensidad de mis emociones me estaba dominando. En cuanto había regresado a la habitación y había visto esa expresión en la cara de Morgan, supe que haría todo lo que estuviera en mis manos para que se sintiera mejor. Y si eso significaba que me tenía que enfrentar a Gregor cara a cara, que así fuera.

Alcé la pistola y me dirigí hacia la puerta del piso franco. Empecé a patear la puerta hasta que se cedió y oí un grito de sorpresa procedente del interior de la casa. Al avanzar, observé una escena tétrica frente a mí.

Gregor estaba allí, con una pistola en la mano, apuntando a la cabeza de Iris, la madre de Leo y Morgan, la mujer que yo había conocido tantos años atrás. Se la veía un poco distinta ahora, más mayor, pero aún podía recordar todas las veces que me había acogido en su casa, ofreciéndome un refugio en el que podía sentirme seguro y aceptado cuando mi padre me presionaba demasiado.

Pero ahora estaba aquí, con una pistola en la sien y el terror escrito en la cara, mirándome fijamente. A su lado, Leo estaba de pie, con todo el cuerpo tenso y las manos atadas adelante con una brida. No tenía idea de cómo Gregor había descubierto este lugar, pero ese no era el problema ahora. El problema era que Leo e Iris salieran de allí sanos y salvos. Y el otro problema era asegurarme de hacer todo lo posible para que Gregor no volviera a ser una amenaza nunca más.

–¡Alex! –Gregor se rio–. Un Caroni, ¿ah? Nunca pensé que tu lastimosa familia se atrevería a causarme tantos problemas...

Alcé la pistola lentamente, apuntándole directamente a la cabeza. No me faltaban en absoluto las ganas de apretar el gatillo, pero lo último que haría antes de morir ese bastardo iba a ser dispararle a Iris. No podía permitir que Morgan perdiera a su madre, de ninguna manera. Ella ya había pasado por muchas cosas y nunca se hubiera perdonado a sí misma si Iris moría a manos de Gregor.

–Suéltala –gruñí, manteniendo mi arma firme– y esto puede terminar aquí.

Se rio entre dientes. Parecía totalmente tranquilo en esta situación; era un verdadero misterio cómo lograba proyectar esa expresión de calma mientras tenía un arma apuntada a la cabeza. ¿Cuántas veces había mirado desde ese ángulo el cañón de un arma en manos de un adversario? ¿Cuántas veces se había enfrentado a alguien que quería matarlo?

¿Y cuántas veces había salido total y absolutamente ileso?

Ahora se le iba a acabar la racha. Tenía que repetirme a mí mismo que iba a suceder de ese modo. Aquí se acababa todo, de una vez y para siempre; ya no habría lugar para que causara problemas o le hiciera daño a la gente a su alrededor.

–Ella no te quiere, Gregor –le dije simplemente–. Nunca te querrá. Y sé que tú lo sabes. Nunca te hubiera puesto una mano encima si tú no la hubieras obligado a hacerlo. ¿Es esa realmente la esposa que quieres? ¿Una esposa a la que tienes que amenazar y violar?

Sus ojos parpadearon ligeramente y me di cuenta de que le estaba afectando. Continué hablando.

–Ella nunca te va a pertenecer y apostarí lo que fuera a que ya lo sabes. Puedes hacer lo que quieras, decir lo que quieras, poner ese puto anillo en su dedo, pero eso no va a cambiar ni un ápice el hecho de que ella no te quiere y nunca te querrá.

–Cierra la puta boca –gruñó, clavando la pistola en la cabeza de Iris. Iris juntó las manos en el regazo y susurró algo en voz baja, quizás una plegaria. Leo la miraba fijamente; quería ayudarla, pero no podía hacer nada en ese momento.

–Puedes quitarle todo esto y no va a cambiar nada –continué–. Puedes matarme de un tiro ahora mismo y ella todavía me querría más de lo que nunca te querrá a ti. Y eso te mata, ¿verdad? Nunca conseguirás que alguien como ella se fije en ti, nunca. No eres capaz de atraer ese tipo de amor.

Movió el arma para apuntarme a mí, tal como yo quería. Tenía que ser yo quien corriera peligro, y no Iris. Lo miré fijamente, sonriendo y presionándolo para que cediera, acorralándolo para que admitiera que no tenía ningún control sobre la situación y que no había nada que pudiera hacer para que Morgan lo quisiera. Era frío, calculador y cruel la mayor parte del tiempo, pero sabía que no podía controlarla tanto como para que lo amara. Obligarla a casarse con él era una cosa, pero un matrimonio en el papel no era suficiente.



–No sabes de lo que estás hablando –dijo, con los ojos llenos de ira. Por primera vez mostraba verdaderas emociones, incapaz de ocultar lo mucho que deseaba a Morgan. No solo como su esposa, como la madre de su hijo, sino también como su amante. Y ella nunca lo vería así, nunca lo miraría como otra cosa que no fuera el cerdo que era.

–¿Tú qué crees? –respondí, comenzando a presionar lentamente el gatillo. Estaba distraído, con el arma ligeramente caída mientras yo hablaba, deseoso de oír lo que tenía para decir, aunque no lo iba a admitir.

–Me lo ha contado todo sobre ti –proseguí–. Me dijo exactamente qué clase de hombre eres. ¿Y sabes qué me dijo también? Me dijo que jamás te iba a querer. Que nunca podría. Que estar casada contigo era como estar en una especie de prisión. Eso es lo que le hiciste, Gregor. Eso es lo que siempre le harás. Aunque me mates ahora, no puedes cambiar eso.

Oía correr la sangre en mi cabeza y todo se reducía a ese momento. Abrió la boca para empezar a discutir, su mano cayó a su lado durante una fracción de segundo, le apunté la pistola al pecho y apreté el gatillo.

El sonido fue ensordecedor, llenando la habitación a nuestro alrededor. Iris soltó un grito y se apartó de él justo cuando Gregor caía de rodillas: la bala le había atravesado el pecho, ligeramente a la izquierda, justo en el corazón, como había sido mi intención. Si es que ese monstruo había nacido con un corazón.

Me interpuse entre Iris y Gregor, y Leo se arrodilló para ayudar a su madre. Disparé dos tiros más directos a la cabeza de Gregor para asegurarme de que estaba realmente muerto. De ninguna manera iba a arriesgarme a que esa bestia volviera a la vida.

Una vez que le hube vaciado el cargador, solté un suspiro largo y tembloroso que había estado conteniendo sin darme cuenta, y el zumbido de mis oídos empezó a disiparse justo a tiempo para oír el ruido de un coche que se detenía fuera. Levanté la vista y vi a Paulo en el asiento delantero mientras Morgan se bajaba y corría hacia la casa.

Cruzó la puerta de un tranco y, cuando vio el caos en el salón, se le desencajó la cara, pero se lanzó sobre su madre, rodeándola con los brazos y apretándola con fuerza.

–Madre mía, madre mía –exclamó–. Pensé que... Pensé...

–Todo está bien, Morgan –respondió su madre, aunque le temblaba la voz. Le solté las manos a Leo y lo saludé con la cabeza. No era exactamente como me había imaginado que volveríamos a vernos después de tantos años, pero estaba vivo y eso era lo que importaba.

Vi a Morgan sollozar en los brazos de su madre y me agaché para deslizar una mano por su espalda, recordándole que yo estaba aquí, que estaba a salvo y que, lo más importante, Gregor nunca volvería a tener la oportunidad de amenazarla a ella o a su familia.

Era libre. Como siempre se había merecido serlo.

## Capítulo XXI - Morgan

–¿Vives aquí? –exclamó Leo mientras miraba a su alrededor, contemplando el piso que yo había estado llamando hogar durante estas últimas semanas.

–Solo hasta que podamos instalarnos en algún sitio nuevo –respondió Alex–. Es un viejo lugar de mi padre, un escondite, en realidad.

–Joder, si esto es lo que llamas un “viejo escondite”, estoy deseando ver cómo va a ser tu casa de verdad –bromeó Leo y Alex le sonrió. Desde que habían vuelto a encontrarse, había sido como en los viejos tiempos, excepto que esta vez no tenía que preocuparme por ocultar mi enamoramiento de Alex.

–Cariño, me encanta este sitio –me dijo mamá mientras la ayudaba a cruzar el umbral. Había estado un poco nerviosa estos últimos días y era entendible por qué.

Aún me costaba creer que todo hubiera terminado: Gregor, mi matrimonio, el poder que había tenido sobre mí todo este tiempo. El terror que sentí cuando Alex salió corriendo a enfrentarse a él fue tan intenso que apenas pude controlarme. Llamé al último número que había marcado en su teléfono y conseguí ponerme en contacto con Paulo, a quien le expliqué la situación lo más rápido que pude. Paulo me había llevado corriendo hasta allí para intentar intervenir antes de que Alex resultara herido, pero cuando llegué, Gregor ya no existía en este mundo.

Cuando hablé con él sobre el tema, me contó cómo se había enfrentado al hombre que me había obligado a pasar por el altar, recordándole que nunca llegaría a importarme de verdad. No habría pensado que Gregor se preocupara tanto por eso, pero parece que realmente le afectó. No sabía si realmente sentía algo por mí o si simplemente estaba seguro de que acabaría cayendo bajo su hechizo cuando lleváramos juntos un tiempo, pero, en cualquier caso, ahora no importaba. La distracción había bastado para que Alex se le echara encima y lo había matado bien muerto, allí mismo, en medio del piso franco.

Paulo había limpiado el desastre y había encubierto la muerte de Gregor. Resultaba que había estado aterrorizando a tanta gente en toda la ciudad que prácticamente no tenía aliados reales, así que las posibilidades de que alguien viniera a atacar a Alex por haberlo matado eran escasas. Había obtenido la ubicación del piso franco amenazando a un viejo aliado del padre de Alex y después lo había matado para que no pudiera delatarlo. A nadie le importaba que se muerto; simplemente se alegraban de haberse

librado por fin de él. El mundo estaba mejor sin un monstruo como aquel y el reinado de terror de Gregor sobre mi familia por fin había terminado.

Por fin, Leo y mi madre estaban a salvo para hacer lo que quisieran. En realidad, era aún mejor que eso: eran libres por fin del triste legado de mi padre. Alex había pagado hasta la última deuda, había cancelado la hipoteca de la casa en la que crecí y había liberado a mi madre de las cadenas heredadas de las apuestas. Podía verlo en la cara de mamá: cuánto más libre se sentía, cómo el mundo se había abierto ante ella. Me moría de ganas de ver qué iba a hacer con su vida ahora que por fin se había liberado de esas ataduras.

Y Leo podría volver a sus estudios, terminar el máster en el que había estado trabajando antes de que todo esto se desencadenara y le obligara a abandonarlo todo. Me sentía muy orgullosa de los dos, pero, sobre todo, me moría de ganas de ver qué iban a hacer a continuación; tenía la sensación de que mi familia nunca se había librado del peso de la adicción de mi padre, pero ahora éramos dueños de nuestro propio destino y eso era lo único que importaba.

Había sugerido que Leo y mi madre vinieran este fin de semana para darles la noticia del embarazo; después de una visita al médico, parecía que todo iba bien. Además, no iba a poder esperar mucho más tiempo sin que se me escapara la noticia. Me hacía mucha ilusión compartirlo con ellos, sobre todo con mi madre. Sabía que sería el empujoncito que necesitaba para volver a adueñarse de su vida, algo que esperaba con ilusión y que le permitiría dejar atrás los horrores por lo que había pasado durante muchos años.

Ya había preparado el café. Había hecho la consulta y podía tomar una taza de café por día, no más que eso. Iba a disfrutar cada sorbo. Todavía me estaba acostumbrando a lo que significaba exactamente para mí estar embarazada, pero sabía que lo iría descubriendo sobre la marcha. Alex me había ayudado en todo momento, hasta dejando su abrigo sobre un charco para que yo lo cruzara sin mojarme. Había intentado decirle que no estaba tan incapacitada, pero no lo aceptó. Quería hacerlo todo por mí y yo tenía que admitir que me gustaba cuando se comportaba así. Saber que estaba dispuesto a hacer todo lo posible para cuidarme me hacía sentir... especial, en cierto modo. Como si yo fuera el centro de su universo.

–Entonces, ¿nos has invitado solo para poder presumir de este sitio? –bromeó Leo mientras sorbía su café, sentado en el sofá de cuero blanco que daba al enorme ventanal que dominaba el salón. Antes de que Gregor desapareciera del mapa, había mantenido

las persianas bajadas, asustada de que el mundo me viera así, pero ahora ya no sentía el mismo tipo de miedo. Las había abierto de par en par para que la luz inundara el lugar.

Además, supuse, era una buena metáfora de lo que estábamos a punto de contarles. Intercambié una mirada con Alex y él se acercó para darme un apretón en la mano, diciéndome en silencio que estaba preparado cuando yo lo estuviera.

Cerré los ojos un segundo y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Quería recordar este momento, grabarlo en la memoria. Miré a mi hermano y a mi madre, respiré hondo y lo solté.

–En realidad, los invité por una razón precisa –confesé–. Quería decirles que... que estoy embarazada.

Mi madre soltó un grito tan fuerte que de pura casualidad no se rompió el cristal de la ventana. Se tapó la boca con las manos y se abalanzó sobre mí para abrazarme con fuerza.

–¿En serio? –dijo–. ¿De verdad estás...?

–Estoy embarazada de verdad –respondí, riéndome de su reacción. Leo se puso en pie y tendió la mano a Alex.

–Bueno, nunca pensé que felicitaría a un tío por dejar embarazada a mi hermanita –bromeó–. Pero visto que alguien tenía que ser...

–¡Leo! –le regañó mamá, pero me di cuenta de que no estaba realmente enfadada. No podía enfadarse por nada ahora mismo. Se sentó a mi lado, sacudió la cabeza y se secó los ojos llorosos.

–Ay, cariño –murmuró–, estoy tan feliz por ti.

–Estoy muy contenta, mamá –le contesté, cogiéndole las manos y apretándoselas con fuerza–. Yo... Yo sé que esto debe ser un shock, pero...

Sacudió la cabeza.

–Para nada –respondió mientras Alex y Leo se dirigían a la cocina a abrir una cerveza para celebrar–. Cuando... Cuando Gregor nos encontró a tu hermano y a mí, y Alex vino a ayudarnos, lo vi escrito en toda su cara. Cuánto te quiere. Lo protector que es contigo. Y supe que tenía que haber algo más que vosotros dos. Lo supe de inmediato.

Al oír esas palabras, mi corazón se llenó de calidez. Me hizo tan feliz saber que otras personas también podían verlo, que otras personas podían ver lo mucho que se

preocupaba por mí. Adoraba a aquel hombre, pero lo que realmente me hacía feliz era sentir, sin lugar a dudas, cuánto me adoraba él también. Nunca había estado con alguien como él, nunca había estado con alguien que fuera tan abierto y feliz haciéndole saber a la gente lo que sentía por mí. No habría aceptado nada menos que eso, ni en broma.

–Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo eso, mamá –le susurré, y ella negó con la cabeza.

–Si es lo que tenía que pasar para que te liberases de ese hombre, que así sea –respondió, apretando los dientes y levantando ligeramente la barbilla–. Fuiste valiente por nosotros cuando lo tuviste que serlo... Nosotros también podemos ser valientes por ti.

La besé en la mejilla y ella me rodeó con los brazos, abrazándome con fuerza.

–Oye, tienes que tener cuidado con ella –bromeó Leo al volver a entrar en la habitación–, está embarazada.

–Estuve embarazada dos veces –le recordó mamá, riendo–. Creo que sé hasta dónde puede aguantar un abrazo.

–Eso lo juzgaré yo –protesté sonriendo. De hecho, no podía dejar de sonreír. Sentía como si todo por fin encajara en su sitio. Hacía unos meses, cuando caminaba hacia el altar para casarme con Gregor, nunca me hubiera imaginado que acabaría aquí. Nunca podría haber imaginado que encontraría un camino hacia el otro lado, hacia a una vida que realmente quisiera vivir.

Una vida que amaba.

Pasamos el resto de la tarde celebrando, mi madre interrogándome sobre nombres para el bebé e ideas para decorar su habitación. Finalmente, Leo y mamá se fueron a casa a pasar la noche, dejándonos a Alex y a mí solos una vez más. Me recosté en el sofá mientras él me llevaba los pies a su regazo, me quitaba los calcetines y me recorría los doloridos arcos con los pulgares.

–He oído que el embarazo puede ser duro para los pies –comentó, y yo solté una risita.

–Creo que eso solo se convierte en un problema solo después de algunos meses de embarazo –señalé, y él se encogió de hombros, inclinándose para plantarme un beso en la planta de los pies.

–Tal vez solo estoy buscando una excusa para estar cerca de ti –respondió

sonriendo.

–No necesitas una excusa para eso –murmuré, hundiendo la cabeza de nuevo en el sofá y cerrando los ojos mientras disfrutaba de la sensación de sus hábiles dedos masajeando mis pies. Por un momento, el silencio flotó en el aire entre nosotros, pero pude sentir que me observaba.

Al abrir los ojos, lo sorprendí mirándome y, por un momento, tuve la certeza de ver de qué hablaba mi madre cuando me describió lo que había visto cuando él había ido a rescatarla. Era su profunda preocupación por mí, como si hubiera hecho cualquier cosa para protegerme, para darme la vida que yo quería.

–¿Qué pasa? –le pregunté con suavidad, y él negó con la cabeza.

–Yo... me alegro de que estés a salvo –murmuró–. Con todo lo que ha pasado, ha sido difícil creer que alguna vez lo estarías.

–Ya lo sé –suspiré–, pero si no hubiera sido por ti, nunca habría salido de ese matrimonio del horror. Todavía estaría atrapada con Gregor...

Me estremecí, pero aparté el pensamiento rápidamente de mi mente. Ya no tenía por qué vivir con ese miedo; de eso se trataba esta nueva vida.

–Ya no importa –añadí, sacudiendo la cabeza–. Se ha acabado. *Él* se ha acabado. Y ahora puedo esperar un futuro. Contigo.

Me sonrió y luego se detuvo un momento, inclinando la cabeza hacia mí como si estuviera considerando algo.

–¿Qué pasa? –le pregunté alzando las cejas.

–Quería hablarte de eso –contestó, apretándome los pies con las manos y subiendo suavemente por mi pierna.

–¿Sobre qué?

–Nuestro futuro.

Me encantaba oírle decir esas palabras, como si fueran lo más natural del mundo. Quería que siguiera siendo así. Nuestro futuro, el que compartiríamos juntos, el que elegiríamos juntos.

–¿Qué pasa con nuestro futuro?

–Quiero que hagas lo que es mejor para ti –me dijo con ojos sinceros–, porque sé que no siempre tuviste esa opción. Con tu padre, y luego con Gregor, tuviste que...

Tuviste que hacer lo que creías que era mejor para los demás. Y no quiero que nunca te sientas así conmigo. Quiero que estés aquí, que tengas este bebé, porque es realmente lo que quieres.

Se me derritió un poco el corazón al oírsele decir en voz alta porque significaba que realmente lo entendía. No estaba conmigo solo porque me quería, estaba conmigo porque veía lo que yo podía llegar a ser. Vio todo el potencial que había desperdiciado a lo largo de los años, todas las formas que el mundo me había forzado a adoptar y sabía cuánto me había matado estar atrapada de esa manera. Él ahora quería más para mí. Quería que de verdad le eligiera a él, a esto, a nuestra vida juntos.

Como si yo hubiera elegido algo diferente.

Me acerqué a él y le cogí la cara con la mano, como la primera noche que estuvimos juntos, cuando se arrodilló a mis pies y me dijo lo que quería para mí. Y lo había demostrado a cada paso; había demostrado que tomaría las mejores decisiones para mí y para mi familia, que se lanzaría al peligro si eso significaba mantenerme a salvo a mí y a las personas que amaba.

–Te quiero a ti –susurré–. Quiero a este bebé. Quiero... Quiero tener una vida contigo, Alex. Yo elijo eso. Siempre lo voy a elegir.

Sus ojos se ablandaron mientras me escuchaba y volteó la cabeza para plantarme un beso en el centro de la palma.

–Te amo, Morgan.

–Y yo te amo a ti –respondí, sin tener que pensármelo dos veces. Le quería. Lo había amado durante mucho tiempo, más del que podía recordar: él era mi hombre y yo, su mujer. Y estábamos empezando a formar una familia juntos, a construir una vida que ambos queríamos, aunque no fuera la que habíamos visto venir.

Me incliné hacia él y lo besé como era debido, nuestros labios se unieron en un suave abrazo que me hizo sentir un hormigueo a lo largo de toda la columna vertebral. No estaba segura de poder acostumbrarme a sentir su boca sobre mí. No quería acostumbrarme; quería que siguiera sintiéndose así de intenso para siempre.

Cuando me rodeó con sus brazos y me estrechó en un abrazo, sonreí, acurrucándome en su pecho. Ya nada podría separarnos. El mundo ya había jugado su mejor carta contra nosotros y había fracasado. Seguíamos juntos.

Justo donde debíamos estar.



## Epílogo - Morgan

–Hola, pequeña –le dije a Isla mientras la sacaba de la cuna y la estrechaba entre mis brazos–. Tu abuela está aquí para llevarte a pasar el día. ¿Cómo lo ves?

Isla me respondió con un balbuceo y yo solté una risita, apretando un beso contra su mejilla regordeta. A sus seis meses no podía hablar, pero eso no importaba. Tenía el resto de su vida para decirme lo que pensaba, y yo la estaba educando para que fuera lo más franca y extrovertida posible.

–¿Está despierta? –preguntó Alex al entrar en su habitación. Esta habitación había sido el primer lugar que habíamos renovado cuando compramos esta casa, una hermosa casa antigua en las afueras de Nueva York; se estaba cayendo a pedazos cuando nos mudamos, pero no me importaba.

–Sí –contesté, y él se acercó para quitarme a nuestra hija de los brazos. Ella se acercó a su papá de inmediato, agarrando un mechón de su rizado pelo oscuro con su pequeña y regordeta mano. Aunque aún no le había crecido el cabello, estaba segura de que iba a tener la misma mata que su padre, a juzgar por los pocos mechones que ya habían empezado a brotar de su cabeza.

–No sé cómo voy a soportar estar lejos de ella todo el día –se quejó Alex, y yo me reí y sacudí la cabeza.

–Encontrarás la manera –respondí–. Ya sabes lo importante que es esto...

Y era verdad. Hoy era un día muy importante, sobre todo para mí. Cuando luché por unirme a la familia Caroni como compañera de Alex –próximamente como esposa, cuando por fin encontramos el momento de casarnos, aunque no teníamos prisa–, quise marcar la diferencia con el poder y la influencia que tenía a mi alcance. Sabía que había muchas mujeres que probablemente se encontraban en la misma situación que yo, obligadas a casarse con un tipo al que odiaban. Era trata de personas, abuso, violación grave, y quería hacer todo lo posible para asegurarme de que nadie tuviera que pasar por lo mismo que yo pasé a manos de Gregor.

Paulo, Alex y yo habíamos estado trabajando estrechamente con otras familias de Nueva York para acabar con este tráfico, rescatar a mujeres de estas relaciones forzadas antes de que pudieran perderse en el sistema legal, atadas a algún hombre odioso en un matrimonio del que no podían escapar. Yo había tenido suerte, pero no era tan tonta

como para pensar que todo el mundo tendría la misma suerte a la hora de escapar de aquella pesadilla. Iba a pasar mucho tiempo antes de que contáramos con toda la infraestructura necesaria para cambiar la realidad, pero cuando la tuviéramos, estaba segura de que íbamos a marcar una verdadera diferencia en la vida de esas mujeres.

Quería que todo el mundo tuviera las mismas opciones que yo, que todo el mundo tuviera el control y la libertad que yo había anhelado durante tantos años. La inmensidad de las oportunidades que tenía ante mí era embriagadora, tanto que apenas sabía por dónde empezar. Pero, con Alex a mi lado, sabía que sería capaz de lograr cualquier cosa que se me propusiera.

Contar con su apoyo me hizo sentir que podía enfrentarme a cualquier cosa en el mundo. Aún me adoraba, aún me trataba como si fuera la persona más importante de su vida. Bueno, aparte de Isla, claro, de la que se había enamorado nada más verla. Tenía tanta curiosidad por la paternidad, estaba tan dispuesto a aceptar cualquier cosa que se le pusiera por delante, y verle criarla había hecho que me enamorara de él otra vez. No trataba de dictar cómo debía ser la vida o la personalidad de Isla; la apoyaba para que se convirtiera en la persona que estaba destinada a ser, como había hecho conmigo.

–Le pondré la ropa de calle antes de que llegue tu madre –ofreció. Le di un beso en la mejilla y luego acaricié la de Isla.

–Hasta pronto, pequeña –le dije, y ella soltó una risita al quedar atrapada entre nosotros, rodeando el cuello de su padre con sus bracitos.

–Por Dios, es tan una niña de papá –bromeé.

–¿Puedes culparla? –respondió, encogiéndose de hombros–. Ya sabes cómo me porto con mis chicas.

–Me consta –concedí, y me dedicó una sonrisa juguetona antes de salir de la habitación. Lo miré mientras se iba. Aún me costaba hacerme a la idea de que era realmente mío, después de todos estos años. Mi salvador, mi amante, mi mejor amigo, el padre de mi hija, mi compañero en todo.

Y la persona que me había permitido convertirme en la mujer que siempre había querido ser. Esa era la parte por la que siempre estaría más agradecida.

## Acerca de Lenora Wilde

Hola, soy Lenora, la típica alma reservada y tranquila durante el día que se convierte en una malvada contadora de historias bajo el encantador resplandor de la luna. ;)

Mi corazón está dedicado a crear historias románticas al rojo vivo, relatos que enciendan las páginas. Tanto si buscas un subidón de adrenalina como una escapada relajante, estoy aquí para crear historias que cautivarán tu mente y te llegarán al corazón. Bienvenido a un mundo donde las posibilidades son tan ilimitadas como tu imaginación.

Si te ha gustado este libro, me gustaría invitarte a que estés pendiente de los próximos lanzamientos serie de los [Renegados de Nueva York](#).

Tu opinión sincera es muy valiosa para mí. Haz clic [AQUÍ](#) para compartir tu reseña sobre este libro.

**Gracias.**